

A man in a brown suit and tie is shown from the chest up, standing over a city skyline. The skyline is filled with numerous skyscrapers, including the Willis Tower. The man's suit is a textured brown, and he is wearing a dark tie. The city below is a dense urban landscape with many buildings of varying heights and styles. The overall tone is serious and dramatic.

SEDUCIDA POR EL ENEMIGO

AVA AVERY

Seducida por el enemigo

EL TRATO MILLONARIO

LOS IRRESISTIBLES ABOGADOS MULTIMILLONARIOS DE NUEVA YORK
LIBRO DOS

AVA AVERY



Índice

[Libro y Capítulo Gratis Para Ti](#)

1. [Violet](#)
2. [Landon](#)
3. [Violet](#)
4. [Landon](#)
5. [Violet](#)
6. [Landon](#)
7. [Violet](#)
8. [Landon](#)
9. [Violet](#)
10. [Landon](#)
11. [Landon](#)
12. [Violet](#)
13. [Landon](#)
14. [Violet](#)
15. [Landon](#)
16. [Violet](#)
17. [Landon](#)
18. [Violet](#)
19. [Landon](#)
20. [Violet](#)
21. [Landon](#)
22. [Violet](#)
23. [Violet](#)
24. [Landon](#)
25. [Violet](#)
26. [Landon](#)
27. [Violet](#)
28. [Landon](#)

[Epílogo - Violet](#)

[Resumen de la serie](#)

[Mis novelas de un vistazo](#)

[Libro y Capítulo Gratis](#)

[Antes de partir](#)

Primera edición en español: mayo 2024
Copyright © Ava Avery
Cover/Portada del libro: Gráficos con licencia de depositphotos.com

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser copiada, de manera física o digital, sin el permiso de la autora. En ningún caso se entenderá que se confiere el derecho de duplicación, traducción, distribución o acceso público.

Esta novela es una obra de ficción. Los sucesos y personajes que aparecen en ella son ficticios. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Consigue tu libro GRATIS:

[HAGA CLIC AQUÍ](#)

Social Media:

Instagram: avaavery.autorin

Facebook: avaavery.autorin

Ava en TikTok: @avaavery.books

LIBRO Y CAPÍTULO GRATIS PARA TI

Suscríbete a mi boletín y recibe **la precuela** de la serie Colorado College **e un capítulo extra del segundo volume** di questa serie, como agradecimiento. Esto no se puede comprar en ningún sitio, sólo en el boletín.

Suscríbete aquí y empieza a leer ahora:

[HAGA CLIC AQUÍ](#)

o escanea este código QR:



CAPÍTULO 1

Violet

—VI, cariño, ¿tienes un minuto para mí? —sonó a mi espalda la brillante voz de mi ayudante y mejor amiga, Aubree.

Me giré en la dirección de la voz y encontré a Aubree sonriendo y apoyada en la puerta de nuestro despacho. Su sonrisa parecía forzada y nerviosa.

—Va todo bien?

Preocupada, di un paso hacia ella y miré sus dedos entrelazados, que amasaba con inquietud.

—¿Podemos hablar en el despacho?

Bajó la voz y miró discretamente alrededor del vetusto pasillo de la escuela de danza.

—Sí, claro —respondí, frunciendo el ceño con ansiedad.

Seguí a Aubree hasta el despacho, donde cerró la puerta con cuidado y me puso una carta delante de las narices.

—Lee esto, Vi.

—¿Por qué? ¿Qué es?

Aubree se pasó una mano por el pelo rubio oscuro, ya despeinado.

—Léela, Vi.

—Vale —respondí, estirándome.

Le cogí la carta y tiré descuidadamente el llamativo sobre que contenía sobre el escritorio.

Mientras seguía leyendo, Bree comenzó un monólogo de reproche que sólo escuché a medias. Estaba demasiado preocupada por el contenido de la carta, que se difuminaba en un mar opaco de tinta negra ante mis ojos con cada línea que leía.

—Te he dicho cientos de veces que tienes que responder, Vi. ¿Y tú? Te limitaste a negar con la cabeza y a descartarlo como alarmismo. Ahora mira esto. ¿Sigues pensando que exagero cuando te insto a que actúes?

Me aclaré la garganta y arrojé la carta sobre mi escritorio con un rápido movimiento de muñeca. Casi parecía que me iba a quemar si la sostenía en la mano un segundo más.

—Es un aviso de desahucio. Si no nos vamos voluntariamente, vendrán, nos arrestarán y desalojarán ellos mismos. Van a destruirlo todo aquí, Vi. ¿Cuándo te vas a dar cuenta?

—Eso es imposible —me aclaré la garganta por segunda vez—. Tenemos un contrato de alquiler válido. No pueden echarnos, así como así.

—No es cuestión de así como así. En la carta se refieren a los estatutos del contrato. La

maldita letra pequeña que supuestamente has incumplido. Varias veces. Y que anula la validez del contrato.

—Pero eso no es cierto. He seguido todas las normas —protesté.

—No si se salen con la suya. Tú misma has leído la carta. Seamos sinceras: buscaban una razón para deshacerse de nosotras. Y si escarbas lo suficiente, siempre encuentras algo.

Bree volvió a pasarse los dedos por el pelo despeinado y añadió:

—Tampoco es que tengas que escarbar mucho con nosotras.

Se acercó a la silla de su escritorio y se dejó caer en ella, impotente.

—¿Qué hacemos ahora?

Metí la carta en el bolso y respiré hondo.

—Primero voy a bailar.

—¡Vi! —Bree me miró desolada—. No puedes irte a bailar ahora. Tenemos que hacer algo. Y cuanto antes.

—¿Tienes algún plan?

Aubree se mordió el labio inferior pensativa y negó con la cabeza.

—Ves. Yo tampoco lo tengo. Así que hago lo que mejor se me da: Bailar con los niños. Hablaremos después de la clase e idearemos un plan de batalla. Una cosa es segura: no nos sacarán de aquí tan fácilmente. Me aseguraré de ello.

—Qué Dios te oiga —murmuró Aubree y se volvió hacia el monitor sobredimensionado de su ordenador.

Caminé por el pasillo, memorizando cada tabla del suelo que crujía bajo mis pasos elásticos. A cada metro que me acercaba al estudio de danza, donde niños de entre cinco y diez años ya estaban calentando, mi estado de ánimo mejoraba.

Esta era mi casa. Mi escuela. Mi santuario. Mi salvación. Mi nuevo comienzo. Mi único hogar. No lo regalaría ni renunciaría a él. Pasara lo que pasara.

Entré en la sala con una sonrisa confiada y me saludaron ruidosamente las voces brillantes de los niños, que correteaban por la sala llenos de exceso de energía.

—Tranquilos chicos —me reí y dejé que mi mirada recorriera cariñosamente las cabezas de los participantes en el curso.

Me encantaba el hecho de que niños y jóvenes de todos los colores, religiones y orígenes bailaran juntos pacíficamente en mi escuela. Como si el mundo fuera un lugar donde se tratara a todos por igual. Sabiendo muy bien que el mundo de ahí fuera era a menudo exactamente lo contrario, veía mi escuela como un pequeño oasis salvador en la interminable extensión del despiadado y amenazador desierto.

El respeto, la consideración y la empatía eran algunos de los principios clavados en cada puerta de esta escuela.

Quería que los niños olvidaran sus problemas y preocupaciones durante el tiempo que pasaran aquí. Que se sintieran seguros y protegidos. Que pudieran expresar, procesar y vivir sus sentimientos a través de la danza.

Como yo había hecho durante muchos años.

El baile me había salvado muchas veces. Me dio nuevas esperanzas. Fuerza. Energía. Coraje. Fe. Confianza. Bailar iluminaba mi vida como una vela ilumina la oscuridad.

Quería transmitir esta luz de esperanza a mis hijos. Asegurarme de que les iluminara el camino en sus vidas, a veces oscuras. El camino recto y pacífico, en contraposición al habitual camino de violencia del Bronx, que tarde o temprano acababa inevitablemente entre rejas o bajo tierra.

—Oye Vi, ¿podemos ensayar la nueva coreo de The Outgang? La que bailaste tú. Es muy chula —me preguntó Lucas, uno de los más jóvenes de la sala.

—Ah, sí, muy chula —dijeron entusiasmados algunos de los otros chicos.

Empezaron a tararear la melodía de la canción y a moverse rítmicamente. Sonreí y me uní a ellos.

De vez en cuando ganaba un dinerillo extra como bailarina de fondo en vídeos musicales que se rodaban en Nueva York. Así fue también en la última canción del famoso rapero The Outgang, que ha sonado de arriba abajo en la radio esta semana.

—La coreografía es bastante sofisticada —interrumpo.

—Ya no somos bebés. Podemos hacerlo, Vi. —Serena, una de las alumnas mayores, se hinchó de indignación y su objeción fue recibida con murmullos de acuerdo.

—De acuerdo. Por mí, perfecto. Entonces demuéstreme lo que sabes hacer.

Reprimí una sonrisa porque mi plan para motivar y centrar al excitado grupo había funcionado a la perfección.

Los chicos se alinearon ansiosamente detrás de mí, ligeramente tambaleantes, y siguieron mis movimientos con ojo atento.

En cuestión de minutos, la sala quedó en silencio, salvo por los ritmos que salían del equipo de música y el sonido de las zapatillas al rozar el viejo parqué del estudio. Todo el mundo intentaba dar la mejor imagen posible. Aunque no había nada en juego, salvo divertirse, todos se esforzaban y sacaban lo mejor de sí mismos.

Como suele ocurrir, me impresionó la rapidez mental de los chicos y la determinación con la que aceptaron el reto.

Cada uno de ellos era un ser especial lleno de talentos ocultos, esperanzas y sueños. Ver estos preciosos atributos asomando detrás de los robustos muros protectores de los niños me llenó de pura felicidad y de la certeza de que estaba teniendo al menos un pequeño impacto positivo en la vida de mis chicos.

Sólo por eso merecía la pena luchar.



—¿Cómo te fue? ¿Algún destello de inspiración que pueda ayudarnos a salvar la escuela? —Bree mordisqueó el lápiz con curiosidad y me miró expectante cuando volví a entrar en el despacho una hora más tarde.

—Ensayamos la coreografía de la nueva canción de The Outgang —respondí, cogiendo mi toalla.

—¿La que bailaste?

—Exacto —confirmé y me limpié la cara con la toalla.

—¿Y qué más?

—¿Hm? —Ladeé la cabeza y miré irritada a Aubree, que puso los ojos en blanco, molesta.

—Repito: ¿algún destello de inspiración que nos permita evitar la tormenta que se avecina antes de que lo destruyan todo aquí?

Exhalé con un silbido. Llevaba una hora bloqueando por completo el desastre inminente. Pero tuve que admitir a regañadientes que la represión no me llevaría muy lejos en este caso.

—Ni un destello de inspiración, no.

—¿Entonces qué?

Me encogí de hombros

—Creo que tengo que ver a un abogado y enseñarle la carta.

—Las cartas —me corrigió Aubree—. La carta de hoy y todas las anteriores que arrugaste y tiraste a la basura sin respuesta.

Aubree abrió el cajón de su escritorio y me tendió una carpeta, que cogí y abrí con el ceño fruncido. Dentro estaban las numerosas cartas que había ignorado y tirado a la basura durante las últimas semanas. Aubree parecía haberlas sacado de la basura y las había alisado de forma improvisada.

—¿Conocemos a un buen abogado? —murmuré, pasando los dedos por los papeles arrugados.

—Yo no. Pero tú sí —me informó Aubree con serenidad.

—¿Yo? —Desconcertada, levanté la cabeza.

—Sí, tú. Cuando hablabas de la coreografía de The Outgang, se me ocurrió una idea.

—Ah, sí, ¿cuál?

—Grace Knight.

—¿Grace Knight?

Aubree asintió con énfasis

—Grace Knight. La guapa bailarina estrella de Nueva York que salió en el vídeo de The Outgang contigo.

—¿Qué pasa con ella?

—Dios, Vi. —Aubree soltó una maldición resignada—. Tú misma me dijiste que Grace era muy simpática y que os llevabais muy bien.

—Sí... ¿y?

—Y que su marido Damian Knight, socio del importante bufete neoyorquino Knight, West & Sharp, también entraba y salía del plató porque The Outgang es uno de sus clientes.

—¡Claro! Damian Knight —exclamé con entusiasmo. Mi cara se iluminó de repente—. ¡Realmente conozco a un buen abogado!

—Te lo dije —respondió Aubree triunfante, tecleando ruidosamente en su teclado—. Te he enviado la dirección de su despacho a tu móvil. Ve a ducharte, cámbiate y ve a verle. Cuanto antes hables con él, mejor.

—¿Crees que puedes presentarte en casa de un abogado sin avisar y sin cita previa? —arrugué la nariz melancólicamente.

—No lo sé, Vi, porque nunca en mi vida he tenido que recurrir a los servicios de un abogado. Pero yo diría que no tienes tiempo para ponerte en lista de espera durante semanas o incluso meses.

—Tienes razón.

—Claro que tengo razón. Pero es muy amable por tu parte mencionarlo de nuevo para todos —Bree sonrió torcidamente, lo que me provocó un bufido burlón.

—Hazme un favor, Vi: encierra a la amable y educada Violet Simonelli en el armario durante unas horas y saca en su lugar a la dura zorra del Bronx que no deja que nadie ni nada le mee en la pierna, ¿vale?

Hice una mueca de diversión ante la estrambótica declaración de guerra de Aubree y saludé exultante.

—Eso es. Eso es. Ahora mete tu culo bailarín en la ducha y prepárate. Yo vigilaré el fuerte mientras lo haces.

—¿Qué haría yo sin ti? —suspiré teatralmente.

—Por suerte, nunca tendrás que averiguarlo. —Aubree me guiñó un ojo y me echó del despacho con un gesto impaciente de la mano.



Una hora más tarde, me quedé boquiabierta en el bullicioso centro de Manhattan, contemplando el rascacielos que desaparecía entre las densas nubes en algún punto entre las plantas quincuagésima y sexagésima.

¿Este era el bufete del marido de Grace?

Volví a cotejar la dirección de mi móvil con la calle y el nombre del edificio. No había ninguna duda.

Knight, West & Sharp residía en la septuagésima planta de este lujoso rascacielos del barrio más caro de Nueva York.

Se me hundió el corazón hasta los dedos de los pies cuando pensé en lo que debía de costar un abogado como Damian Knight. Sin embargo, aún recordaba las amorosas palabras de Grace cuando me contó con orgullo que su marido aceptaba regularmente casos pro bono, ayudando a personas que no podían permitirse un abogado como él en circunstancias normales.

A esta frágil brizna de esperanza me aferré mientras apretaba mi teléfono móvil contra el pecho y marchaba decidida hacia el bloque de pisos.

Con mucha persuasión, conseguí un pase de visitante en la recepción del vestíbulo y poco después, con el corazón palpitante, entré en el ascensor, que me llevó a la planta setenta a una velocidad vertiginosa. Cuando se abrieron las puertas, el ruido del ascensor anunció mi llegada.

Una señora mayor, vestida de forma conservadora, me miró con interés por encima del borde de sus gafas. —¿Cómo está, señorita...?

—Simonelli —me apresuré a decir—. Violet Simonelli.

—Buenas tardes, señorita Simonelli. ¿Tiene cita?

—Yo... no —admití con pesar—. Esperaba poder hablar con el señor Knight unos minutos... Conozco a su esposa Grace. Bailamos juntas para The Outgang —las palabras me salían a borbotones—. Y ahora necesito urgentemente su ayuda. Damian Knight es el único abogado que conozco. Así que pensé que sería mejor hablar con él directamente y mostrarle las cartas que he recibido y...

—Un momento, un momento. No tan rápido —me interrumpió la recepcionista y levantó una mano, negando con la cabeza.

—Lo siento —gemí—. Estoy un poco... abrumada con mi situación actual.

—Hmm —La recepcionista entrecerró los ojos con serenidad—. Ya lo veo.

Bajé los ojos avergonzada. En un momento, sin duda me mostraría la puerta educada pero firmemente. Porque todo en esta oficina gritaba literalmente que yo no pertenecía aquí.

—El señor Knight tiene una agenda muy apretada —empezó y me preparé para el rechazo que estaba a punto de llegar.

—Pero veré si puedo hacerle un hueco, señorita Simonelli. ¿De qué dijo que se trataba?

Sonreí agradecida a la recepcionista y apenas conseguí ocultarle mi alivio.

—Sobre mi escuela de danza. Quieren quitármela.

Los labios de la recepcionista formaron una lastimera O.

—Lamento oír eso. Por favor, tome asiento, señorita Simonelli. Haré que el señor Knight pase unos minutos con usted antes de irse.

—Gracias —suspiré suavemente y me senté en la elegante sala de espera, que en tonos masculinos y oscuros irradiaba el poder de largo alcance que emanaba de este bufete de abogados de primera línea en el corazón de Nueva York.

No había pasado ni media hora cuando oí los pasos enérgicos de Damian Knight caminando decidido hacia la sala de espera.

—Señorita Simonelli.

Me tendió la mano en señal de invitación y me observó con ojos amables, aunque recelosos.

—Señor Knight. Gracias por recibirme con tan poca antelación —le respondí y me levanté para estrecharle la mano—. Probablemente no me recuerde...

—Sí, le recuerdo. Usted es una de las colegas de Grace. Bailasteis juntas en el videoclip de The Outgang, ¿verdad?

—Así es.

—Venga, hablemos en mi despacho. Por desgracia, no tengo mucho tiempo, pero estaré encantado de escuchar tus preocupaciones.

Seguí al atractivo hombre de unos treinta años con el pelo negro hasta los hombros hasta su despacho e intenté no sentirme intimidada por las ventanas del suelo al techo a una altura elevada y los elegantes muebles.

—¿Cómo está Grace? —abrí la conversación cuando ambos habíamos tomado asiento.

Una sonrisa soñadora se dibujó en el rostro de Damian.

—Mi mujer está muy bien, gracias.

—Por favor, salúdala de mi parte.

—Gracias, lo haré con mucho gusto. Estoy seguro de que estará encantada. ¿Puede decirme por qué quería verme con tanta urgencia?

—Por supuesto.

Saqué del bolso la carpeta con las cartas y se la entregué a Damian Knight.

—Dirijo una escuela de danza en el Bronx. Es un proyecto social para niños y jóvenes financiado por el Estado que se dedica a los barrios conflictivos de la ciudad. Quieren quitarme la escuela y vender el edificio en el que está a una inmobiliaria de Nueva York.

Damian Knight escaneó los documentos y arrugó su llamativo rostro. Tarareaba en voz baja para sí mismo. Con cada página que escaneaba, su expresión se ensombrecía.

—Grace me ha dicho que a veces trabajas pro bono y esperaba que pudieras ocuparte de mi caso —rompí el opresivo silencio que amenazaba con abrumarme.

Damian cerró la carpeta, la colocó sobre el escritorio que tenía delante y cruzó las manos sobre el regazo.

Me quedé colgada de sus labios expectante, esperando que me asegurara que la situación no era tan mala como parecía desde fuera.

—Lo siento mucho, señorita Simonelli, pero no puedo llevar su caso.

Desanimada, me desplomé en la silla y me froté la cara. La posibilidad de que Damian Knight rechazara mi caso era algo que nunca me había planteado. Era un verdadero maestro en suprimir hechos desagradables, como me había dado cuenta ahora por segunda vez en muy poco tiempo.

—No puedo aceptar su caso porque debe ser tratado inmediatamente debido a su urgencia. Sin embargo, como Grace y yo viajaremos a Europa esta semana, no podré ocuparme de él hasta mi regreso. Sin embargo, en tu caso no tenemos tanto tiempo.

—Ya veo —Intenté sonreír, sin querer parecer desagradecida.

Damian Knight se había tomado la molestia de escucharme. Y estoy segura de que me habría

ayudado si hubiera sido más oportuno.

O, dicho de otro modo: Si no hubiera reprimido lo inevitable durante semanas y lo hubiera puesto en un segundo plano.

El hecho de que ahora me encontrara en esta situación desesperada y sin esperanza era enteramente culpa mía.

—Gracias por dedicarme su tiempo. Por favor, recuerde saludar a Grace de mi parte. Os deseo un buen viaje a los dos —dije y me puse en pie.

Damian asintió y se levantó también.

—Lo siento mucho, señorita Simonelli. ¿Qué va a hacer ahora?

Me encogí de hombros con impotencia.

—Me ocuparé de encontrar rápidamente un buen abogado gratuito que tenga tiempo para ocuparse de mi caso en un plazo breve. ¿Quizá usted pueda recomendarme a alguien adecuado?

Damian hizo una pausa en su movimiento ante mis palabras y lentamente dejó que su mirada pasara de mí a la carpeta que tenía sobre su escritorio.

—Señorita Simonelli... —se aclaró la garganta—. ¿Me permite un momento? Me ha dado una idea.

Antes de que pudiera responder a su petición, ya estaba saliendo de su despacho a mi lado con una mirada decidida.

CAPÍTULO 2

Landon

LEVANTÉ los ojos de los archivos que estaba estudiando cuando mi compañero Damian entró por la puerta sin llamar y se sentó sin invitación en la silla de visitas frente a mí.

—No —gruñí y volví a centrarme en los expedientes.

—Ni siquiera sabes lo que quiero de ti —se rio Damian divertido.

—No importa lo que sea: No. Como puedes ver, estoy ocupado —refunfuñé.

—Entonces eso es lo que importa —replicó Damian imperturbable.

—Olvídalo. Esta noche tengo una cita. Si no quiero perderme a la chica guapa de las tetas como manzanas, tengo que terminar esto en una hora.

Damian gimió molesto y se inclinó hacia mí.

—¿Puedes pensar en otra cosa que no sean tetas y sexo por un minuto?

Resoplé con desaprobación.

—¿Por qué iba a hacerlo? Me encanta el sexo. Y las tetas. No hay nada malo en ello. Trabaja duro y folla duro, colega. Yo trabajo duro y follo duro. ¿Cuál es tu problema?

Damian ignoró hábilmente la parte obscena de mi discurso y en su lugar se concentró en su tema favorito: el trabajo.

—Hablando de trabajar duro: Necesito que me hagas un favor.

—¿Quieres que te lo deletree, Damian? No. N.O.

—Grace estará muy enfadada contigo durante mucho tiempo si me niegas este favor.

Al mencionar el nombre de Grace, dejé caer el bolígrafo sobre el papel que tenía delante y le hice a Damian el gesto del dedo corazón.

—Muy inteligente al jugar la carta de Grace, amigo mío. Sabes que no puedo negarle nada a tu mujer. Así que, adelante: ¿qué quieres?

Damian cruzó los brazos delante del pecho en señal de victoria. —Necesito que te encargues de un caso por mí.

—¿Cuál? —Apreté los labios con desconfianza.

—Se trata de una escuela de danza para niños y jóvenes desfavorecidos que se va a vender a una empresa inmobiliaria. El inquilino de la escuela de danza quiere emprender acciones legales contra la venta.

Gruñí con satisfacción.

—Parece fácil. Acabaré con la escuela de danza en un santiamén. Con los míseros recursos de que suelen disponer, no tardaré ni una semana en desangrarlos. Puedes decirle a la

inmobiliaria que el caso está cerrado. Y negocie una bonificación para mí, por favor. Me ocuparé del asunto inmediatamente.

Damian tosió y torció el rostro en una amplia sonrisa.

—¿Cuál es el problema? ¿Por qué sonríes tan estúpidamente? —Enarqué una ceja con suspicacia y examiné a Damian con detenimiento.

—¿Lo he entendido bien, Landon: vas a hacerme el favor y te encargas del caso que acabo de describirte?

—Sí, tío. ¿Desde cuándo eres tan lento? —respondí, echando un vistazo a mi reloj.

—Bien, gracias. La clienta está en mi despacho. Le pediré que nos acompañe.

—¿Clienta? —Escuché con interés—. ¿Es guapa?

—¿Quieres decir si tiene tetas como manzanas? —Damian se rio.

—Tetas de manzana y un culo de manzana estaría bien, sí.

—No me fijé tanto. Estoy casado, como sabes. Pero creo que te gustará.

—Pasa entonces —silbé de buen humor y miré detrás de Damian, que desapareció de mi despacho y volvió poco después con una belleza subida de tono.

Sin embargo, el silbido se me quedó en la garganta al verla.

Su largo cabello castaño oscuro enmarcaba su rostro en forma de corazón y caía sobre sus tetas de desfile en forma de manzana hasta su esbelta cintura.

Unos cálidos ojos color avellana me miraron con un brillo esperanzador.

Mi instinto protector se puso en marcha de inmediato. Iba a rescatar a este magnífico espécimen de mujer y dejar que me recompensara generosamente por mis esfuerzos. Y de la misma manera.

—Señorita Simonelli, ¿puedo presentarle a mi socio del bufete, Landon West?

—Encantado de conocerla. —Le sonreí y señalé la silla frente a mí.

—Por favor, llámeme Violet —respondió la belleza morena—. Gracias por querer ayudarme, Sr. West. Es usted mi salvador.

La despedí con un gesto seco.

—Llámame Landon, Violet. Y no vale la pena mencionarlo. Estoy encantado de ayudarte. Lo solucionaremos juntos.

—No tienes ni idea del alivio que suponen tus palabras para mí, Landon. Mi escuela de baile lo es todo para mí. Quitármela es completamente impensable.

—Tu... escuela de baile...

—Sí, ¿no lo había mencionado? —interrumpió Damian con una sonrisa diabólica—. Violet Simonelli es la inquilina de la escuela de baile. Queremos ayudarla a conservarla. Pro bono, por supuesto.

—¿Pro...bono...? —balbuceé, confuso—. ¿Representamos a la escuela de danza?

Atónita, miré fijamente a Damian, que me guiñó un ojo con picardía y se dispuso a salir de mi despacho.

—Os dejo entonces. Mi mujer ya me espera impaciente en casa.

—Damian —grité más fuerte de lo que pretendía— ¿Puedo hablar contigo un momento, por favor?

—Para ser sincero, no quiero hacer esperar a Grace... —empezó, pero le corté bruscamente.

—Te acompaño al ascensor. Vamos.

Sin esperar su respuesta, pasé a su lado y me dirigí a los ascensores.

Damian me siguió después de despedirse de la desconcertada Violet Simonelli.

—¿Estás loco? —le espeté mientras se unía a mí—. No acepto casos sin esperanza. Y, sobre

todo, no trabajo gratis. —Escupí literalmente las palabras a los pies de Damian—. Mi ático y mi Porsche quieren ser pagados. Ya está bien de que uno de los dos pierda el valioso tiempo del bufete haciendo de buen samaritano y aceptando casos pro bono.

—Dijiste que aceptarías el caso. ¿Lo has olvidado?

—Porque dijiste que representábamos a la inmobiliaria.

—No, amigo. Nunca dije eso. Lo asumiste automáticamente. Eso es otra cosa.

—¡Y qué si lo es! No me corregiste mi suposición —siseé—. Me tendiste una trampa.

Damian dejó la bolsa en el suelo y se llevó las manos cerradas en puños a los ojos, fingiendo un ataque de llanto.

—Ja, ja, muy gracioso, imbécil.

Le di una patada a su maletín con el pie y se cayó, derramando su contenido por todo el suelo fuera del ascensor.

La Sra. Green, nuestra recepcionista, nos miraba meneando la cabeza y sonriendo con indulgencia mientras forcejeábamos.

—Escucha, Landon, es una conocida de Grace. Se conocieron hace unas semanas y se hicieron amigas. A Grace le cae bien. Habla bien de Violet. Sé que Grace me pediría que ayudara a Violet si supiera de sus dificultades. Por desgracia, no puedo porque viajo a Europa y el caso de Violet no puede esperar hasta que vuelva. Así que rebusca en tus revueltas entrañas tu corazón atrofiado y ayuda a la pobre mujer.

—¿Por qué Jameson no puede ayudarla?

—Porque Jameson ya está sobrecargado de trabajo de todos modos.

Yo también.

Damian me miró de forma castigadora.

—Acabas de terminar un caso, Landon. Así que hay sitio en tu mesa.

—Quizá quería disfrutar de la vida por una vez y utilizar el espacio libre de mi escritorio para otras cosas...

—¿Te vas a tirar a tu cita con las tetas de manzana o qué?

—No es mala idea, tío —razoné, ganándome un codazo de Damian.

—Ayúdala, Landon. Cuando te reúnas con Grace y conmigo para nuestra cena de despedida mañana, quiero que me informes. Y a Grace también.

—Usar a tu mujer como palanca está muy mal, Damian.

—¿Estoy haciendo eso? Sólo digo que Grace se sentirá terriblemente decepcionada si le digo que te niegas a ayudar a su amiga y dejas que la inmobiliaria se haga cargo de su escuela. Todos esos pobres niños sin perspectivas que se quedarán en la calle. Por tu culpa.

—Basta, Damian.

—Y pobre Violet, también. Estará sentada sola en el Bronx llorando lágrimas amargas mientras tú te relajas en tu ático de Manhattan, atiborrándote de caviar y recibiendo una mamada de tu último amor.

—Cállate ya, tío —siseé, visiblemente enfadado—. Has ganado. La voy a ayudar.

—Gracias, colega —Damian me dio una palmada en el hombro con gran satisfacción—. Sabía que podía confiar en ti.

Recogió el contenido de su maletín, pulsó el botón del ascensor y se despidió con un estarás bien, Landon.

—Sí, tú también, imbécil —refunfuñé y me dirigí a mi despacho, donde Violet Simonelli me esperaba pacientemente.

Me senté frente a ella e intenté poner buena cara.

—¿Puedo ver los documentos que ha traído?

Violet me acercó la carpeta en la que había un montón de papeles arrugados.

—¿Qué ha pasado con los documentos? —Fruncí el ceño y le di la vuelta a uno de ellos.

—Los arrugué y los tiré —admitió Violet en un susurro bajo.

Dejé escapar un sonido de perplejidad.

—¿Arrugaste las cartas y las tiraste?

Violet asintió con culpabilidad.

—Y después de sacarlas de la basura y alisarlas, ¿hiciste algo más con ellas? ¿Respondiste, por ejemplo? ¿Te posicionaste? ¿Presentar alguna objeción?

Su tímido asentimiento se convirtió en un movimiento de cabeza avergonzado.

Maravilloso.

—Has perdido plazos y, por tanto, valiosas oportunidades, Violet. ¿Te das cuenta?

Bajó los ojos y se miró las manos.

—Fue estúpido por mi parte no reaccionar y asumir que el problema se solucionaría solo.

—Bueno, para ser sincero, en cierto modo se solucionó solo. Contra la inmobiliaria... —
Hojeeé los archivos para encontrar el nombre de la empresa— ...emprender acciones contra Construcciones Stellar es caro, lleva mucho tiempo y, entre tú y yo, es bastante inútil a estas alturas. Sugiero que negociemos un buen acuerdo para usted que le permita abrir una escuela de danza en otro lugar de Nueva York. ¿De acuerdo?

Cerré la carpeta y se la devolví a Violet. Miré discretamente mi reloj de pulsera. Si salía de la oficina en los próximos diez minutos, llegaría a tiempo a casa y a mi cita.

—Eso no es una opción —Violet dejó que mis incipientes esperanzas de una tarde relajada se esfumaran con un sonoro estruendo—. La escuela de danza es todo lo que tengo. Es mi vida. No puedo cerrarla. No puedo defraudar a la gente.

—No tienes que hacerlo. La gente vendrá a tu nueva escuela.

—Ese es un buen punto, Landon. ¿Sabes cómo están los precios de las propiedades en Nueva York? Nunca encontraré otro alquiler asequible cerca de esta gente. Me ofrecerán algo en las estribaciones de Nueva York. Ninguno de mis estudiantes hará el viaje. Muchos de ellos no tienen ni diez años. ¿Cómo se supone que va a funcionar?

—Donde esté tu nueva escuela, seguro que puedes ayudar a otras personas, Violet. Después de todo, siempre hay gente que necesita ayuda en todas partes.

—Dime, ¿no puedes entenderlo o no quieres entenderlo? Estas personas son mis amigos. Mi familia. Hablas de ellos como si fueran una pieza rota de un vehículo: reemplazables. ¡Pero no lo son! No puedes reemplazarlos así como así. Tú, en tu lujosa oficina de Manhattan, no tienes ni idea de lo que les pasa a los niños del Bronx cuando pierden su único lugar de refugio.

—No puedes salvarlos a todos, Violet. Sólo puedes hacer lo que puedas. Y a veces ni siquiera eso basta para lograr todo lo que te propones.

Violet se levantó de un salto de la silla y se puso las manos en las caderas, disgustada. Realmente tuve que controlarme para no distraerme con su figura de ensueño en forma de botella de refresco de cola.

¿Por qué las bailarinas siempre tenían que tener un cuerpo tan increíblemente seductor que volvía locos a los hombres que las rodeaban?

—¿Por qué tengo la sensación de que ni siquiera estás haciendo todo lo posible por ayudarme, Landon? No he venido aquí para que me digas que lo más fácil sería trasladar la escuela de danza a otro distrito.

Me disgustó el tono cortante de la bailarina picante de ojos furiosos. Desde luego, no me

reprendería en mi propio despacho. Ni ella ni nadie.

Me puse a su altura e imité su postura enérgica.

—Si no me equivoco, ha venido en busca de asesoramiento jurídico. Eso es exactamente lo que le he dado. Lo siento si no es lo que quería oír. Pero la vida no es un concierto de deseos y no quiero hacerle perder su tiempo ni el mío diciéndole mentiras. El caso está perdido, entre otras cosas porque no has respondido a ninguna de las cartas. Así que si buscas a alguien a quien culpar, será mejor que empieces por ti misma en lugar de señalar con el dedo farisaico a los demás.

Jadeé sorprendida y sacudí la cabeza asombrado por mi arrebatado. Normalmente, nunca perdía los estribos. Y menos con las mujeres. Suelo zumbiar a su alrededor como polillas a la llama para darme un festín, no para ahuyentarlas con un acalorado debate.

La bailarina era obviamente la excepción.

Estaba deseando deshacerme de ella. Por muy sexy que fuera, me ponía los pelos de punta con su romántico sentido de la realidad.

Al parecer, vivía en un mundo de colores pastel en el que todos se querían y los abrazos sustituían al dinero.

Yo no tenía tiempo ni valor para esas mierdas.

—Evidentemente, te he juzgado mal —me dijo con severidad y cogió la carpeta que había sobre la mesa para guardarla en el bolso.

—¿Qué quieres decir con que me has juzgado mal?

—Pensé que eras un luchador. Pero parece que estás lejos de serlo.

—No voy a malgastar mi energía en batallas inútiles, Violet. Piensa en mi consejo y si decides seguirlo, llámame o ven a verme. Entonces te ayudaré con las negociaciones y el acuerdo. Sin embargo, no deberías tomarte tanto tiempo con esto como con responder a las cartas. Si no, te cerrarán y te quedarás en la calle. Sin escuela. Y sin derechos.

Sin decir una palabra más, pero con una mirada furiosa, Violet giró sobre sus talones y salió de mi despacho dando pisotones.

Agotado, me dejé caer en la silla y apagué el ordenador.

Ya era hora de que me tomara un merecido descanso y me dejara mimar por mujeres menos agotadoras.

CAPÍTULO 3

Violet

—BUENOS DÍAS VI, ¿cómo te fue con Damian Knight?

Bree se asomó por encima del borde de su taza de café humeante. Sus ojos recorrieron mi cuerpo con más detenimiento que los detectores de metales de cualquier aeropuerto. Actuó como si pudiera leer la respuesta a su pregunta en alguna parte de mi cuerpo.

Arrojé mi bolso al rincón junto a mi escritorio y lo aparté con un gesto desdeñoso.

—Fracaso total —fue mi monótona respuesta.

Con rostro inexpresivo, entré en nuestra pequeña cocina de té y café para servirme un poco de esa infusión que respira vida.

Aubree me siguió. Sus tacones repiquetearon ruidosamente en el parqué detrás de mí. Contuve la respiración y me preparé para la inquisición militar que estaba a punto de llegar.

—¿Cómo que un fracaso total?

Se arremolinó en la puerta como un pavo real de colores, bloqueando mi única vía de escape.

Suspiré y dejé la taza en el estante de al lado.

—Damian Knight no puede llevar el caso porque Grace y él viajan a Europa. Por eso le ha pedido a uno de sus dos socios del bufete que se encargue de mi caso.

La expresión de Aubree mostró confusión ante mis palabras.

—¿Y por qué hablas de un fracaso total? Eso me suena exactamente a lo contrario.

—Exactamente no. El tipo al que Damian me remitió, Landon West, es un fracaso total. Un amargado. Un agorero. Un pesimista. No está dispuesto a luchar por mí o por la escuela. El tipo sólo quiere tomar el camino de menor resistencia.

—¿En qué sentido?

—Cree que deberíamos negociar un acuerdo que me permita abrir una escuela en otro lugar. Pero tú y yo sabemos lo que eso significa con los precios actuales de los alquileres en Nueva York. Tendríamos que mudarnos a algún suburbio de Nueva York...

—...y abandonar a nuestros chicos —terminó Aubree el anuncio de mis malas noticias.

La confusión en su cara se convirtió en decepción, reflejando perfectamente mi propio estado de ánimo.

—Mierda —maldijo— ¿qué vamos a hacer?

Barrí enérgicamente pelusas imaginarias de la encimera con la mano, muy concentrada, para evitar responder a esta pregunta.

—¿Qué tal si hablas con ese... cómo se llama?

—Landon West.

—Exacto. ¿Qué tal si vuelves a hablar con ese Landon West y le dejas claro que el traslado está descartado para nosotras a menos que sea en las inmediaciones?

—Eso no tiene sentido. El tipo tiene menos empatía que una mosca. No entiende cuánto significa todo esto para nosotras.

—¿Se lo has explicado?

—Al menos lo he intentado.

—¿Intentado?

Asentí mudamente.

—Obviamente sin éxito. ¿Por qué no lo vuelves a intentar?

—Porque no creo que sirva de nada.

—¿Por qué no? ¿Cómo lo sabes?

—Conozco bastante gente como ese Landon West de mi vida anterior, Bree. Sólo están interesados en sí mismos y sólo en su propio beneficio.

—¿Entonces nos rendimos?

—No, claro que no. —Sacudí la cabeza con firmeza—. He concertado una cita con la inmobiliaria para esta tarde.

—¿En Construcciones Stellar? ¿Por qué?

—Bueno, para hablar con ellos.

—¿Qué les vas a decir? Son capitalistas. Sólo les interesa el beneficio.

—Vale la pena intentarlo, ¿no?

—A mis ojos, es una pérdida de tiempo, Vi. Pero haz lo que no puedas hacer.

—¿Cuál es la alternativa, Bree?

—Volver a hablar con Landon West.

—¡Ni hablar!

—¡Vi! —me regañó Aubree—. No seas tan testaruda. ¿Puedo recordarte que estamos a punto de perderlo todo?

Alcancé mi taza de café con su contenido ahora tibio y miré el líquido marrón oscuro que contenía, que esperaba despertar mis ánimos abatidos.

—Lo pensaré, ¿vale? Déjame hablar con Construcciones Stellar esta tarde. Después ya veremos —le ofrecí como solución de compromiso.

Aubree levantó los brazos en señal de frustración.

—De acuerdo, como quieras. Entonces coge tu café y trae tu culo bailarín hacia mí para que podamos discutir lo que vas a decirles esta tarde.



A última hora de la tarde, subí las escaleras del metro y me encontré rodeada por el intimidante mar de rascacielos que dominaba el distrito financiero de Manhattan. El centro del poder y del dinero estaba aquí. Wall Street, la Bolsa de Nueva York, todos los bancos de distinción. En resumen, el Distrito Financiero personificaba la fortaleza del capitalismo.

Tardé un momento en volver a orientarme. Habían cambiado muchas cosas desde la última vez que estuve en esta parte de Manhattan, pero en cierto modo nada había cambiado al mismo tiempo.

Entrecerré los ojos bajo los intensos rayos de sol que se refractaban en las ventanas de los

rascacielos circundantes y me cegaban. Un trajeado que pasaba con el móvil pegado a la oreja me golpeó bruscamente en el costado y no me hizo caer por un pelo.

—¿No puedes tener cuidado? —le grité indignada, pero mi grito fue engullido por el incesante bocinazo de los coches que pasaban.

Me froté la llaga de la cadera y busqué el edificio de Construcciones Stellar.

Tras un corto paseo, lo encontré en Water Street, que discurría directamente detrás de los muelles y ofrecía una fantástica vista sin obstáculos del río Hudson y Brooklyn enfrente.

Enderecé los hombros, respiré hondo por última vez y atravesé enérgicamente las puertas giratorias del elegante edificio de cromo y acero, que irradiaba tanto calor como el punto más septentrional de Alaska en una nevada mañana de diciembre.

Al instante, me sentí incómoda.

Recogí mi tarjeta de visitante en la recepción, pasé el control de seguridad y me dirigí a los ascensores. En la planta de Construcciones Estelares, las puertas se abrieron para revelar una antesala casi completamente blanca.

La recepcionista me condujo directamente a una de las salas de conferencias ultramodernas y me aseguró que no tendría que esperar mucho.

De hecho, pasaron menos de cinco minutos antes de que una mujer de unos cuarenta años elegantemente vestida y con las uñas perfectamente cuidadas abriera la puerta de un empujón, vestida con una falda lápiz ajustada con una blusa de seda obligatoria y tacones de quinientos dólares, se pavoneó hacia mí y me saludó con una sonrisa tan radiante como falsa.

—Señorita Simonelli, ¿verdad? Soy Camille Dubois, asesora principal de Stellar.

—Buenas tardes respondí, obligándome a sonreír amablemente.

La esbelta rubia acercó una de las sillas y se sentó con elegancia. Como su ajustada falda no le permitía cruzar las piernas, las inclinó en perfecta diagonal, de modo que su pose me recordó sospechosamente a las fotos familiares de la familia real de Inglaterra.

—Dijiste por teléfono que eras la inquilina de la escuela de danza que Construcciones Stellar está en proceso de adquirir.

—Exacto.

Aparté la mirada de la perfecta diagonal de sus piernas y la miré a sus fríos ojos azules.

—Celebro tu llegada. Seguro que viene a negociar un acuerdo para la pronta entrega del edificio. ¿Cuándo podrías desalojarlo?

—¿Entrega anticipada? —balbuceé asombrada—. Debe de haber entendido algo mal. He venido a hablarte de la escuela de danza, sí. Pero no para entregártela.

—¿Cómo voy a entender eso?

La voz ya de por sí rebuscada de mi interlocutora adquirió un matiz presionado.

—La escuela es un importante lugar de retiro para muchos niños y jóvenes que prefieren expresar sus sentimientos bailando antes que drogándose o recurriendo a la violencia. Las clases les dan una perspectiva. Esperanza en un futuro mejor. Confianza en sí mismos. Autoestima. Evita que se unan a bandas y corran el riesgo de acabar en la cárcel en el mejor de los casos y de ser tiroteados o apuñalados en el peor...

—Todo eso está muy bien y es muy loable, señorita Simonelli. Pero, ¿qué tiene eso que ver con Stellar? —Camille Dubois me interrumpió desinteresadamente.

—¿Para qué quiere este edificio? No lo entiendo. ¿No puede comprar otro edificio? ¿Uno que esté vacío? Hay más que suficientes en el Bronx.

Camille Dubois me miró divertida.

—Por lo visto no sabe que hemos conseguido los derechos de más de dos docenas de

edificios en este barrio, señorita Simonelli. De lo contrario, difícilmente me estaría haciendo esta pregunta.

—¿Pero por qué? ¿Para qué quieren edificios en el Bronx?

Una sonrisa de lástima jugó alrededor de los labios de Camille Dubois.

—El Bronx está justo al lado de Manhattan, el barrio más popular de Nueva York. Cada vez más gente de todo el mundo se muda a Nueva York. Gente culta. Gente con ambiciones profesionales. Gente con dinero. Mucho dinero. Esta gente necesita espacio. Manhattan se está quedando demasiado pequeña. Así que estamos expandiendo Manhattan hacia el Bronx. Así de simple.

—En otras palabras, ¿quieres construir pisos de lujo para esta gente en el Bronx?

Camille Dubois hizo un gesto de acuerdo.

—A medio plazo, sí. Para que entienda, señorita Simonelli, por qué tenemos tanto interés en trasladar a las... um... personas a las que da clase a otro barrio.

Reí amargamente y crucé los brazos delante del pecho para ocultar a Camille Dubois mis dedos temblorosos.

—¿Gente como a la que enseño?

Dejé que sus arrogantes palabras rodaran lentamente por mi lengua.

—No se ofenda, señorita Simonelli. Pero esta gente no puede permitirse legalmente la cara vida de Nueva York de todos modos. Por eso una vida fuera de la ciudad es mucho más deseable para ellos. ¿No está de acuerdo?

—Llamemos a las cosas por su nombre, señorita Dubois: usted quiere echar a esta gente de sus casas para hacer sitio a los ricos.

La agudeza de mi voz cortó el tenso silencio de la estéril sala de conferencias e hizo brillar el aire frío.

—Sólo es su casa mientras puedan permitírsela. Seguro que conoce el principio de la oferta y la demanda.

—Creo que hemos terminado aquí —resoplé despectivamente y me levanté.

Camille Dubois siguió mi ejemplo y se alisó meticulosamente la falda.

—Escuche, señorita Simonelli. Estamos dispuestos a hacerle una buena oferta si abandona la escuela lo antes posible. Coja el dinero y empiece de nuevo en algún sitio.

—¿Está diciendo que una vida fuera de la ciudad es mucho más deseable para mí porque de todas formas no puedo permitirme legalmente la cara vida de Nueva York? —La clavé con sus propias palabras.

Puso mala cara, como si acabara de morder una rodaja de limón, y no me contestó.

Me tendió su tarjeta de visita.

—Si cambias de opinión, llámame. Pero no espere demasiado. Nuestra oferta disminuye cada semana que dejas pasar.

CAPÍTULO 4

Landon

—SIENTO LLEGAR TARDE.

Me ajusté la corbata y me incliné para darle un beso en la mejilla a Grace.

Ella me dedicó una sonrisa brillante y señaló el asiento vacío que tenía enfrente.

—Siéntate y cuéntame cómo te fue anoche.

Fruñí el ceño y sonreí pícaramente a Grace.

—¿Desde cuándo te interesan mis historias de cama? ¿Quieres ampliar tus conocimientos sexuales? ¿Os estáis quedando sin ideas tan pronto después de casaros?

—Hombre Landon. Eres incorregible —gimió Damian, mirando al techo como si esperara un apoyo invisible desde arriba.

Grace, por su parte, me devolvió la sonrisa y soltó una risita divertida.

—Tranquilo. Damian y yo tenemos más ideas de las que podemos realizar, créeme.

Me incliné hacia Grace con aire cómplice.

—Oh, en ese caso, seguro que puedes contarme alguna de tus ideas.

—Landon —me regañó Damian y puso su brazo protector alrededor de su bella esposa—. Deja a Grace en paz con tu sucia imaginación.

—Estoy bastante seguro de que Grace tiene la imaginación más sucia de todos nosotros —bromeé, ganándome un guiño de la azucarada esposa de Damian.

—Sugerencia: te enseñaré el arte secreto de la seducción en cuanto hayas ganado el caso de Violet. ¿Trato hecho? —sugirió Grace.

—¿Violet? —miré a Grace sin comprender—. ¿Quién es Violet?

Damian volvió a gemir. Esta vez un poco más molesto.

—¿Violet Simonelli? Damian te pidió que llevaras su caso. La escuela de baile. ¿Anoche? ¿Piernas largas, caderas delgadas, cabello sedoso, curvas pecaminosas? ¿Te suena?

Ante la descripción de Grace, la belleza picante y salvaje apareció ante mi ojo interior.

Oh, sí. Violet Simonelli era un bombón. Desafortunadamente, demasiado exigente y temperamental para mi gusto.

—Oh, ella, por supuesto —respondí encogiéndome de hombros—. Le di mis consejos jurídicos. Pero no quiso escucharlos. Luego me insultó y salió furiosa de mi despacho.

Cogí el menú del restaurante mexicano al que Damian y Grace nos habían invitado a cenar a Jameson y a mí antes de marcharse aquella noche y fingí leerlo atentamente.

—No puedes hablar en serio, Landon West. —La indignación resonó en la voz habitualmente

angelical de Grace—. ¿La has dejado marchar?

Sostuve el menú frente a mi cara para no tener que mirar a los ojos decepcionados de Grace. Porque herir a la dulce Grace me valió la ira implacable de Damian. El hombre velaba por el bienestar de la chica de sus sueños como un perro de pelea de tres cabezas formado por un pitbull, un doberman y un bulldog.

—Yo no la dejé marchar. Se fue por voluntad propia. Créeme, Grace, la mujer habría aplastado hasta una apisonadora al salir.

—¿La llamaste?

Dejé caer el menú con asombro y me vi obligado a mirar la cara de decepción de Grace. De repente me sentí culpable al verla.

—¿Por qué iba a llamarla? Ella me declinó, no al revés.

—¿Y ahora qué?

—¿Y ahora qué? Le di mi tarjeta y le dije que se pusiera en contacto conmigo si después de todo quería seguir mi consejo. Si no lo hace, mi trabajo está hecho.

—Landon West, eres un idiota... —gruñó Damian.

Apreté los labios en señal de ofensa y le lancé a Damian una mirada feroz, que él superó fácilmente con su mirada feroz.

Maldita sea.

—¿Qué queréis de mí?

—Queremos que ayudes a Violet —dijo Grace, enfatizando cada una de sus palabras tan despacio y sobreacentuándolas como si yo fuera deficiente mental.

—¡Ya lo he hecho! He estudiado su caso y le he dado mi consejo legal. ¿No entra eso en la categoría de ayuda?

—¿Qué clase de asesoramiento jurídico? —refunfuñó Damian con suspicacia.

—Bueno, que puedo negociar un acuerdo para ella con la empresa inmobiliaria que le dará suficiente capital inicial para una nueva escuela. Quizá no exactamente en el centro de Nueva York, pero el estado de Nueva York es grande y tiene algunos sitios bonitos que no están tan sobrevalorados como esta ciudad.

Grace y Damian se miraron y pusieron los ojos en blanco, exasperados.

—¿Hola? Puedo veros, tortolitos —me quejé, agitando el menú delante de la cara de Damian.

Damian me la arrebató de la mano y la tiró descuidadamente a un lado.

—¿Se te ha ocurrido alguna vez, de tanto darle vueltas al caso, que Violet no tiene ningún interés en marcharse y empezar de nuevo en otro sitio?

—Su reacción a eso fue más que clara —respondí con finura.

—¿Y sabes por qué no quiere irse?

Me encogí de hombros con indiferencia. —Porque quiere ayudar a la gente de su barrio. La chica es comunista, Damian. Hasta la médula. Es una estupidez que haya elegido Nueva York para vivir. La ciudad capitalista por excelencia.

—No seas tan despiadado, Landon —le reprendió Grace—. Si todos pensaran como tú, el mundo sería un lugar sin esperanza.

—¿No lo es ya?

Grace me dio una palmada en el brazo.

—Muy gracioso.

—El caso no está completamente perdido, Landon. Es complicado, no hay duda, pero no está completamente perdido. Sólo estás intentando huir de él.

—No es cierto —protesté firmemente contra la insinuación insulsa de Damian.

—Entonces no hay razón para que no le echés otro vistazo y trates de encontrar una solución que sea aceptable para Violet.

—Es una pérdida de tiempo —suspiré.

—Hazlo por mí —suplicó Grace, colocando su delicada mano sobre mi antebrazo—. Por favor.

—Eso no es justo, Grace. Sabes que no puedo negarte nada.

—¿Entonces lo harás?

—De acuerdo —concedí—. Lo intentaré. Pero si la Madre Teresa no me deja volver a ayudarla, entonces se acabó de una vez por todas. Desde luego, no voy a perseguirla.

Y lo dije en serio.

Nunca perseguí a una mujer. No importa lo hermosa que fuera. Había demasiadas.

—Hola chicos, siento llegar tarde. Me retrasé en el juzgado. ¿Qué me he perdido?

Jameson le dio una palmada en el hombro a Damian y se sentó a mi lado, en el asiento vacío, donde se aflojó la corbata y miró al grupo con aire inquisitivo.



Después de comer con Grace, Damian y Jameson, cancelé mis citas de la tarde y me dirigí al Bronx para cumplir la promesa que le había hecho a Grace.

Mientras cruzaba el puente de Willis Avenue que conectaba Manhattan con el Bronx, se me ocurrió que tal vez una visita al Bronx en un flamante Porsche no era tan buena idea.

Dejé escapar un ruido molesto y subí el volumen de la música.

¿Por qué no se me había ocurrido?

Probablemente porque el Bronx no solía ser uno de los barrios que frecuentaba.

Y con razón.

Conduje el coche por las aburridas calles del Bronx, ignorando las miradas curiosas de la gente que deambulaba por la acera.

La escuela de danza de Violet Simonelli no estaba lejos del puente de Willis Avenue. Ahora comprendía por qué Construcciones Stellar estaba tan interesada en adquirirla.

Manhattan estaba a menos de cinco minutos en coche.

Comprar barato, reformar barato y revender o subarrendar caro era probablemente el plan que la inmobiliaria perseguía con este proyecto.

No es de extrañar. Algunas de las principales empresas inmobiliarias mostraban un interés cada vez mayor por el Bronx, fronterizo con Manhattan. Ofrecía inversiones de capital rentables. No inmediatamente, pero sí en un futuro previsible.

Aparqué el coche en un muelle sucio y vacío no lejos de la escuela y apagué el motor.

¿Realmente quería hacer esto?

Miré a mi alrededor con escepticismo.

Damian era el tipo pro bono que ayudaba a todo el mundo. No yo.

¿Por qué tenía que meterme en sus asuntos?

Tamborileé impaciente sobre el volante y finalmente salí del coche. Nada de eso me ayudaba. No podía defraudar a Grace. Era una criatura maravillosa que hacía de mi mejor amigo el hombre más feliz del mundo. Le estaría eternamente agradecido por salvar a Damian de hacer algo tan estúpido. Así que definitivamente le debía el favor que ahora me pedía.

Cerré el Porsche y comprobé por segunda vez el dudoso entorno. En mi mente, me despedí

con nostalgia de mi veloz juguete, ya que no me extrañaría que me lo robaran durante el tiempo que pasara en la escuela.

De mala gana, abrí la puerta del destartado edificio de ladrillo que albergaba la escuela de baile y me abrí paso entre los niños y adolescentes que había alrededor, todos los cuales me miraban con recelo.

No me extraña.

La mayoría vestía ropa informal de entrenamiento o chándal. En cambio, yo destacaba como un pulgar dolorido con mi traje a medida y mis zapatos lustrados.

—Siento molestarle. ¿Sabe dónde puedo encontrar a Violet Simonelli? —Me volví hacia un grupo de adolescentes que estaban fuera de uno de los estudios de baile, charlando animadamente mientras sonaba una agresiva música hip-hop en un radiocasete de fondo, lo que dificultaba innecesariamente una conversación civilizada.

Los jóvenes se callaron y se giraron para mirarme. Me miraron con una mezcla de incredulidad y desconfianza, como si fuera un extraterrestre que acababa de aterrizar junto a ellos en un ovni.

—Jo tío, ¿qué quieres de Vi? —inquirió uno de los chicos, poniéndose demostrativamente delante de mí con su ancho pecho.

Maravilloso.

Ahora no sólo corría peligro de que me robaran el coche, sino también de que me acorralaran sin motivo.

Qué idea más mala la de venir aquí. Debería dar media vuelta ahora mismo y largarme de aquí. Mientras aún pudiera.

Pero entonces decepcionaría a Grace. Y no podía hacer eso.

En contra de mi buen juicio, me planté delante del tipo de la capucha, sin impresionarme, y le contesté con calma:

—La estoy ayudando con un asunto importante. ¿Dónde puedo encontrarla?

—¿Qué clase de asunto importante es ese?

Suspiré hoscamente.

—Es entre Violet y yo.

Ahora un segundo tipo se interpuso en mi camino e imitó la postura de su compañero.

—¿Estás aquí para causarle problemas a Vi?

—No. Para ayudarla. Aunque no me estás facilitando mucho el trabajo. ¿Y ahora qué? ¿Vas a decirme dónde puedo encontrarla o no?

Los chicos entrecerraron los ojos y se quedaron pensativos.

Resistí el impulso de mirar molesto mi reloj de pulsera. En lugar de eso, los miré impasible y me esforcé por mantener una expresión neutra en el rostro.

—Iremos con él —le dijo un tipo con firmeza al otro.

—Buena idea. Lo vigilaremos para que no haga ninguna tontería

No pude evitar una amplia sonrisa. De toda la gente que había aquí, ¿me acusaban a mí de hacer alguna estupidez?

Eso es excelente. Realmente excelente.

Con gran dificultad, reprimí un ataque de risa y seguí a la compañía hasta el segundo piso.

Se detuvieron ante una vieja puerta de madera y llamaron.

—Adelante —dijo una voz femenina desde dentro.

—Bree, hay un tipo trajeado que quiere hablar con Vi.

Entré y al instante me sentí como un panda en un zoo al que todos miraban boquiabiertos.

Aunque... un vistazo a las caras de la gente que me rodeaba me hizo creer que el animal del zoo en mi caso era probablemente una tarántula y no un panda.

—¿Eres de Stellar? —disparó la burbujeante mujer de pelo rubio oscuro y despeinado, escupiendo literalmente el nombre de la inmobiliaria a mis pies.

—No. Me llamo Landon West. Yo...

—¡Landon West! —exultó, y su rostro se iluminó de repente.

Puso las manos sobre sus estrechas caderas y se volvió hacia los chicos, que seguían merodeando por la oficina y vigilando la conversación.

—Está bien, gracias. Danos un minuto a solas.

—¿Estás segura, Bree?

Los chicos me miraron con suspicacia.

—Sí, lo estoy. Ahora salid de aquí.

Se levantó, hizo un gesto de espanto con la mano y echó a la multitud de su despacho.

—Quería ver a Violet Simonelli —le expliqué mi llegada.

—Ha venido al lugar adecuado. Vi y yo compartimos despacho. Soy Aubree Kelly, la directora y la mejor amiga de Vi.

—Encantado de conocerla, Srta. Kelly.

—Por favor, llámame Aubree, o Bree. Si no, me hace sentir muy vieja.

—De acuerdo, Bree. Soy Landon.

—Vi me ha hablado mucho de ti.

—¿Lo ha hecho? ¿Hay tanto que contar? Estuvimos hablando solo cinco minutos.

—Si supieras —sonrió Aubree y me ofreció una silla.

—¿Cuándo puedo hablar con Violet? ¿Está aquí hoy?

—¿Por qué quieres hablar con Violet, si no te importa que pregunte? Porque si quieres ofrecerle otro trato: Olvídalo. Sólo perderás tu valioso tiempo.

Dejé escapar un bufido cómplice al recordar la reacción de Violet Simonelli ante mi propuesta de la noche anterior.

—En realidad, quería echar otro vistazo al caso y buscar una solución alternativa —empecé.

Las facciones pellizcadas de Aubree cambiaron a un brillo esperanzador.

—¿En serio?

—No quiero darte falsas esperanzas: Las posibilidades de ganar este caso son extremadamente escasas. Sin embargo, nada nos impide volver a estudiarlo. Por desgracia, la Srta. Simonelli salió de mi despacho con prisas. Por eso esperaba encontrarla aquí.

—Bueno... así son las cosas, Landon —presionó Aubree—. Vi está en una cita externa.

—¿Cita externa? ¿Clases privadas de baile, un vídeo musical, o qué quieres decir?

—Algo así —se aclaró la garganta Aubree, picada.

—¿Algo así? —hice eco.

—Bueno —Aubree amasó las manos nerviosamente en su regazo.

—Si está en problemas o a punto de meterse en ellos, yo debería saberlo como su abogado. —Le dirigí a Aubree mi pulida y severa mirada de abogado ante la que casi todo el mundo cedía.

—Fue a Construcciones Stellar —chistó Aubree, apenas audible y sonrojada.

—¿A Construcciones Stellar? ¿A la empresa que está a punto de comprar esta escuela? ¿Qué hace allí?

—Quiere hablar con ellos.

—¿Sobre qué?

Aubree se encogió de hombros tímidamente.

—Supongo que quiere que nos dejen en paz.

Dejé escapar un sonido de incredulidad.

—No lo dice en serio.

—Me temo que sí.

—¿Cuándo es la cita? ¿Puedes evitar que Violet asista? ¿Puedes llamarla?

—Puedo intentarlo.

Levantó el auricular del anticuado teléfono y empezó a marcar.

—No contesta. Buzón de voz.

Me levanté, maldiciendo en voz baja, y caminé apresuradamente hacia la puerta.

—¿Adónde vas, Landon? —me preguntó Aubree tensa.

—A ver a Violet. Quiero evitar que cometa un grave error.

CAPÍTULO 5

Violet

ENFURECIDA, salí corriendo del ascensor antes de que sus puertas se hubieran abierto del todo en el vestíbulo del bloque de hielo.

En mi furia, pasé por alto al hombre que estaba de pie frente a las puertas del ascensor y que estaba a punto de entrar en él en el mismo momento en que yo salía corriendo.

—Ufff —solté al rebotar contra el duro cuerpo y salir propulsado hacia el ascensor como una pelota saltarina.

Antes de que pudiera ponerme en pie, me sacaron de nuevo del ascensor y me arrastraron hacia la salida, detrás de la dura pared contra la que había chocado.

—No puedo perderte de vista ni un minuto sin causar problemas, ¿verdad? Eres uno de esos incorregibles bienhechores con una visión completamente retorcida de la realidad. Te diré una cosa: este tipo de gente me saca de quicio, lo que a su vez significa que tú me sacas de quicio a mí...

—¿Qué demonios haces aquí? —Interrumpí el furioso torrente de palabras de la dura pared, que resultó ser Landon West, y me liberé de su inflexible agarre.

—Eso mismo me pregunto yo, créeme. Ahora baja el volumen de tu voz y sígueme fuera del edificio. A ser posible, sin llamar más la atención. Ya es bastante embarazoso.

—¿Por qué iba a seguirte a ti precisamente? —siseé irritada y me detuve.

—Porque necesitas mi ayuda. Si no me equivoco, tu visita a Stellar no fue demasiado bien. ¿Qué esperabas conseguir?

—Buena pregunta —murmuré más para mí que para él.

—Se te tiene que ocurrir una tontería como esa —refunfuñó Landon West con fastidio.

Me puso la mano en la espalda y me dirigió con firmeza en dirección a la salida.

Me estremecí como movida por un trueno porque su contacto envió una onda expansiva de calor a través de mi cuerpo, que se había agarrotado por el frío.

—¿Pasa algo?

—¿Qué pasa?

Me esforcé por mantener un tono despectivo y dejé que Landon me sacara a la luz del sol.

Fuera, me detuve y cerré los ojos un momento para dejar que los cálidos rayos del sol me descongelaran.

Se me puso la piel de gallina. Debió de ser la diferencia de temperatura. En cualquier caso, la mano de Landon, que seguía posada en mi espalda, no era la causa.

—¿Estás tratando de echar raíces aquí, o por qué nos detenemos de nuevo?

—Tengo frío, ¿vale? Dame un minuto para entrar en calor. Hace tanto frío ahí dentro como en los corazones de la gente que trabaja en este castillo de hielo.

Landon West me quitó la mano de la espalda y dio un paso atrás para poner distancia entre nosotros.

Me miró apreciativamente, lo que hizo que la piel de gallina de mi cuerpo se extendiera aún más.

¿Qué demonios?

—Bonito atuendo para una obstinada salvadora del mundo —comentó.

—Supongo que es un cumplido.

—Una observación —respondió Landon imperturbable y apartó la mirada de mis piernas.

Para la cita con Stellar, había cambiado mi cómoda ropa de gimnasia por un moderno traje pantalón de color lila con zapatos a juego y me había recogido el pelo en un moño suelto.

Ignoré el hormigueo que sentía en el cuerpo y lo achaqué al excesivo estrés mental al que me encontraba sometida en ese momento.

—¿Por qué estás aquí, Landon? No me interesa hacer un trato. Se lo he dejado claro a los de arriba.

—¿Se lo has dejado claro arriba? ¿Qué significa eso? ¿Tengo que estar preparado para presentar cargos contra ti? —Landon West se metió las manos en los pantalones de su traje marrón oscuro y enarcó una ceja en señal de anticipación.

—Por supuesto que no —grité indignada—. Estaba discutiendo de forma práctica y civilizada.

Las comisuras de los labios de Landon se levantaron irónicamente.

—¿Cuál es el problema? ¿Qué estás mirando?

—Creo que nuestra definición de civilizado es bastante diferente, señorita Simonelli. Eso es todo.

Hice una mueca y me deshice el nudo del pelo para aliviar el creciente dolor de cabeza.

—Me llamo Violet. Por favor, deje de llamarme señorita Simonelli todo el tiempo. Si no, me siento terriblemente señora y vieja.

—Pues la verdad es que no lo eres.

—Gracias.

—Quise decir femenina. No eres nada femenina.

Ladeé la cabeza y clavé en Landon mi mirada enfadada.

—Seguro que las damas deben estar sucumbiendo a tu irresistible encanto por docenas —me burlé con sarcasmo.

—Y lo hacen. Apenas puedo salvarme de las ofertas inequívocas —contraatacó Landon con seguridad—. ¿Podemos irnos ya?

—¿Adónde?

—Te llevaré a la escuela de baile. Allí firmarás el poder notarial para mi representación legal y entonces empezaremos.

—Ya te he dejado claro que no me interesa un trato —repetí con insistencia.

—Quieres quedarte en la caja. Ya ha llegado. No puedo prometértelo, pero al menos puedo buscar una oportunidad de ganar tu caso después de todo.

—¿Ah sí, de repente? ¿De dónde viene este repentino cambio de opinión?

—No soy un monstruo, Violet.

Apreté los labios para no contradecirle.

—¿No me crees?

—No. Ni una palabra.

—Ese es tu problema. ¿Quieres mi ayuda o no?

—No es cuestión de quererla.

—No importa. Pero me necesitas. —La cara de Landon se descompuso en una sonrisa diabólica—. ¿Qué te parece eso, Violet? Te. Necesito. Dilo.

—¡No!

—Quiero escucharlo.

—Y yo quiero la paz mundial. Ambas seguirán siendo utópicas ilusiones para siempre.

—Muy bien, entonces. Pospondremos este punto. Por el momento. ¿Nos vamos ya, o quieres visitar más empresas capitalistas para demonizarlas mientras estás aquí?.

Me mordí la lengua para no responder a las granadas que me lanzaba constantemente a los pies.

Aunque nunca lo diría en voz alta, necesitaba a Landon West. Dependía de su ayuda. Después de todo, con el fracaso de Construcciones Stellar, mi única opción era buscar otro abogado gratuito capaz y esperar que aceptara mi caso inmediatamente. Los veinticinco abogados potenciales a los que llamé esta mañana me aplazaron todos hasta el otoño. Para entonces, todo estaría perdido.

No, no tenía elección. Tenía que aceptar la oferta de Landon West, aunque no me creyera que de la noche a la mañana había entrado en razón y ahora quería luchar por mí.

Había algo más detrás. Alguien más.

Probablemente le debía la inesperada aparición de Landon a Damian, que se había enterado del desenlace de la noche anterior.

—¡Eh, soñadora, despierta! —Landon chasqueó los dedos con impaciencia delante de mi cara.

—No pasa nada. Le aparté la mano y empecé a moverme.

—¿Adónde vas, Violet?

—Al metro. ¿O quieres ir andando hasta el Bronx?

—Ni lo uno ni lo otro. Vengo en coche.

—Tardarás una eternidad con el tráfico.

—Veintinueve minutos, para ser exactos. En metro se tarda por lo menos el doble.

—¿Y lo sabes tan bien porque?

—Porque ya he recorrido la ruta una vez hoy y he mirado mi móvil para ver qué posibilidades tenía de alcanzarte antes de que entraras en este edificio y aplastaras a todo el mundo.

—Tienes una idea equivocada de mí, Landon.

—Hmm, por supuesto que la tengo. Eso es lo que solían decir los asesinos que tuve que representar durante mi pasantía.

—¿Me estás comparando ahora con un asesino, o qué quieres decir?

Landon me guiñó un ojo descaradamente y giró sobre sus talones. —Vamos, Violet. Vámonos antes de echar raíces aquí.

Lo alcancé de mala gana. En silencio, nos metimos en una calle lateral y entramos en un aparcamiento de varias plantas.

Landon se detuvo delante de un elegante coche deportivo.

Sonriendo, acarició el techo plano del bólido de color plateado brillante.

—No tienes corazón para las personas, pero sí para los coches rápidos —me burlé de él—.

Qué transparente.

—Bueno, ¿qué puedo decir? Es la mujer de mis sueños.

—¿Quién?

—Bueno, el coche. Es preciosa, obedece cada una de mis palabras y me hace feliz cada vez que la monto.

—¿Ah, sí? —pregunté, estirándome— ¿Es celosa? ¿O le gustan los tríos?

—¿A quién se supone que le gustan los tríos? —La voz de Landon adquirió un tono peligrosamente ahumado.

—Bueno, tu coche. ¿Se me permite siquiera montar en él, o ella va a corcovear durante nuestro trío?

Landon se mordió provocativamente el labio inferior.

—A ella le gustan los tríos. Igual que a mí, por cierto. Pero no pareces el tipo de mujer de mente abierta en ese sentido —explicó y abrió el coche.

Abrí la puerta y me senté en el asiento del copiloto. De repente me sentí como si estuviera sentada en el suelo.

Incómodo y caro. Una combinación desagradable. No me extrañaba que a Landon le gustara este coche.

—No deberías hacer juicios rápidos sobre mí, Landon.

—¿Igual que tú no haces juicios precipitados sobre mí, Violet? —replicó con los párpados entreabiertos y encendió el motor con un fuerte rugido.

—Touché —susurré y me abroché el cinturón de seguridad.

Landon condujo la bala de coche a través del aparcamiento tan rápido como si la árida jaula de hormigón fuera una pista de carreras.

Poco después, salió a la cálida tarde de verano y giró hacia Franklin D. Roosevelt East River Drive. Roosevelt East River Drive, que recorría el lado este de Manhattan hasta la frontera con el Bronx.

Nadie dijo nada durante un rato.

Miré por la ventanilla, ensimismada, y repasé los acontecimientos de la última hora: La conversación con Camille Dubois, la esperanza perdida, la inesperada aparición de Landon y con él un nuevo, aunque frágil, atisbo de esperanza en el horizonte.

Volví la cabeza hacia Landon, que se había puesto unas gafas de sol y dirigía el coche despreocupadamente entre el tráfico con una mano en el volante.

Mi mirada se detuvo involuntariamente en él. Su pelo rubio ligeramente más largo. La barbilla prominente. Los pómulos cincelados con una barba rubia oscura que le daba un aspecto atrevido.

Sus ojos estaban ocultos por las gafas de sol espejadas, pero yo sabía que brillaban de color ámbar y destellaban con picardía cuando se excitaba.

Su cuerpo bien tonificado estaba enfundado en un traje a medida marrón oscuro con finas rayas diplomáticas que lo atravesaban.

Si no fuera tan despiadado y frío emocionalmente, sería un hombre de ensueño perfecto. Al menos por fuera.

—¿Ocurre algo?

Landon parecía haberse dado cuenta de mi intenso escrutinio.

Pillada desprevenida, miré a un lado y busqué frenéticamente una explicación para mi mirada intrusa.

—¿Te he oído mal antes o has dicho que hoy ya habías estado en el Bronx?

—No me has oído mal

—¿Qué hacías allí?

—Buscándote, Violet. ¿Qué otra cosa podría estar haciendo en el Bronx?

—¿Buscándome?

—Sí. Aunque a quien encontré fue a Aubree.

—Y ella te dijo dónde encontrarme.

—Si al final tienes que cerrar la escuela de baile, podrías intentar ser detective privada, Vi. Eres afilada y rápida como un rayo.

Instintivamente, quise retorcerle el pescuezo por sus bromas descaradas, pero la sonrisa pícara y descarada que se dibujó en sus labios y la forma erótica en que enfatizó mi apodo me detuvieron.

Confundida, me volví hacia la ventana y escondí las manos temblorosas entre los muslos.

¿Por qué demonios me molestaba tanto este tipo con sus burlas?

Me insultaba y yo lo encontraba atractivo. Me regañaba y yo lo disfrutaba. Nos peleamos y me mojé de verdad.

¡Joder!

De todas las personas del mundo, ¿por qué Landon West? ¿El supremacista capitalista de corazón frío por excelencia?

Esta sensación de hormigueo en mi cuerpo tenía que parar cuanto antes. Me recordé a mí misma que la única razón por la que pasaba tiempo voluntariamente con Landon West era porque corría el riesgo de perder el centro de mi vida.

Mi vida personal y mi sequía sexual no formaban parte, desde luego, de la misión de rescate en la que me estaba embarcando con Landon.

—Aquí estamos —Landon me sacó de mis pensamientos profundamente inapropiados y aparcó el coche delante del instituto.

CAPÍTULO 6

Landon

—OH HOLA, Landon. Aquí estás otra vez. Y has traído a Vi contigo. —Aubree se apartó del teclado del ordenador y se reclinó en su silla— ¿Cómo te fue en Stellar?

Violet le hizo un gesto con el pulgar hacia abajo.

—Así de bien, ¿no? No voy a decir que te lo dije.

Reprimí una sonrisa divertida y arriesgué una mirada fugaz a la mujer que estaba a mi lado.

Ella puso cara de dolor y se dirigió a su escritorio, que estaba enfrente del de Aubree. Allí sacó de uno de los cajones la carpeta con los documentos que me había enseñado la noche anterior.

—Aquí tienes. Puedes sentarte en mi sitio si quieres. Ahora tengo una clase importante que no puedo perderme. Después, estaré encantada de responder a cualquier pregunta que tengas mientras ojeas los documentos. Sin embargo, debo admitir que Bree es mejor que yo como persona de contacto en este sentido.

—Adelante. Yo cuidaré de Landon y me aseguraré de que no le falte de nada. Conmigo está en buenas manos —susurró Aubree feliz y se sonrojó discretamente.

—Vale —Violet se estiró y dejó que sus ojos vagaran de Aubree a mí.

—¿Algo más? —Me incliné sobre la pila de documentos, pero podía sentir que la mirada de Violet seguía posada en mí.

Eso me puso nervioso.

A mí.

Nervioso.

Y sí, me costaba creerlo.

Pero bajo los ojos penetrantes de esta mujer, me sentía excitado.

Muy caliente.

Eso no me gustaba. En absoluto.

Se aclaró la garganta y agarró el pomo de la puerta, cerrándola tras de sí.

—¿Landon?

La puerta se abrió de nuevo y Violet volvió a asomar la cabeza. Sus ojos color avellana con un brillo esperanzador encontraron los míos y me hicieron tragar saliva.

—¿Eh?

—Gracias.

—De nada —rebatí bruscamente y evité mirarla un segundo más— ¿Ya puedo trabajar en

paz por fin? Dios sabe que ya hemos perdido bastante tiempo valioso hoy.

El portazo me hizo estremecer.

—Le gustas —soltó una risita Aubree.

—Lo dudo mucho.

—No me digas. —Aubree hizo un gesto despectivo con la mano—. Es tan brusca, cínica y testaruda como tú, Landon. Y los pájaros del mismo plumaje se juntan.

—Gracias por las flores —me burlé, sacudiendo la cabeza.

—De nada. ¿Quieres un café?



Al cabo de una hora, terminé de hojear las cartas y me estiré en la silla del escritorio de Violet.

—¿Cuánto dura esta clase? —le pregunté a Aubree.

—Siempre es difícil predecir antes de las batallas —comentó disculpándose.

—¿Batallas? ¿Qué tipo de batallas?

—Batallas de baile.

—¿Batallas de baile? ¿Qué se supone que es eso?

—Diferentes grupos compiten entre sí en batallas en Slash, que es un club en Brooklyn. Bailan unos contra otros, ¿sabes? Los tres mejores grupos de batalla reciben premios en metálico.

—¿Y Violet participa en algo así?

—Violet trabaja algunas noches a la semana en el Slash y participa regularmente en las batallas de allí, sí. A pesar de todo, sigue teniendo lo que hay que tener y gana mucho dinero cuando baila. El dinero que gana lo invierte en su escuela de baile. No te sorprenderá saber que aquí andamos muy justos de dinero. Estas organizaciones financiadas por el Estado tienen que recortar gastos. No hay suficiente dinero para todos.

—¿Por qué dices que Violet todavía lo tiene a pesar de todo? ¿Por qué a pesar de todo?

—No eres un amante del ballet, ¿verdad?

—Um... ¿lo parezco?

Aubree se rio. Una risa simpática y sincera. Me gustaba ella y su forma de ser directa y sincera.

—Pareces más un tipo de jazz.

—A veces.

—Y al mismo tiempo, me pareces un hombre al que le gusta divertirse mucho.

—A veces. —Le guiñé un ojo conspiradoramente.

—Si buscas a Violet en Google, encontrarás la respuesta a tu pregunta, Landon.

Antes de que pudiera decir nada en respuesta al comentario de Aubree, la puerta se abrió de golpe y tres niños pequeños corrieron hacia Aubree, saludando alegremente.

—Hola —saludaron a Aubree con exuberancia.

Aproveché para estirar las piernas y echar un vistazo a la escuela de danza. Las viejas tablas del suelo crujían bajo mi peso en el pasillo y, una vez más, llamaron mi atención sobre el envejecimiento de la escuela.

Seguí la rítmica música hip-hop y vi a Violet en el estudio, al final del pasillo. La amplia pared de cristal me permitía ver toda la sala.

Violet estaba de pie frente a una pared de espejos parcialmente destrozada. Llevaba un

pantalón de chándal ajustado que le llegaba hasta los tobillos. También llevaba un top a juego. Su ropa deportiva, al igual que el elegante traje de pantalón que había llevado a su cita en Stellar, era de un tono lavanda claro. Evidentemente, uno de sus colores favoritos.

Se había recogido el pelo largo en un nudo apretado. Algunos mechones que se habían soltado bailando enmarcaban su rostro acalorado, que estaba adornado con un brillo alegre y despreocupado.

—Tiene muy buena pinta, chicos. Aún tenemos que perfeccionar un poco el giro. Escuchad la música. Sentidla. Entonces notaréis qué ritmo inicia el giro, ¿vale?

Los cinco jóvenes veinteañeros presentes asintieron con la cabeza y observaron con respeto y admiración cómo Violet repetía algunos de sus movimientos para todos los presentes y les explicaba cómo mantener la tensión corporal en todo momento.

No podía culparles por sus miradas apreciativas. Vi era una princesa bailarina muy sexy. Su cuerpo obedecía cada una de sus palabras y se movía con tanta pericia al ritmo de la melodía como si su cuerpo y la música fueran uno solo.

Dio una palmada y giró sobre sí misma. —Muy bien. Vamos, otra vez. Todo el mundo a sus posiciones.

La música, un popular tema de hip-hop de un conocido rapero estadounidense, empezó y Violet levantó la mano con tres dedos abiertos.

—A la de tres. Tres, dos, uno.

El grupo empezó con una rápida sucesión de movimientos que yo sólo reconocía de los vídeos musicales. Me encontré dando golpecitos rítmicos con los dedos de los pies y con muchas ganas de una visita espontánea al club.

¿Cuándo había sido la última vez que había salido de fiesta?

Hacía ya unas cuantas semanas.

Demasiado tiempo, sin duda.

La música paró y Violet aplaudió satisfecha.

—Bueno, ya está. Creo que estamos suficientemente preparados para esta noche. Nos vemos a medianoche en el Slash.

Los veinteañeros y veinteañeras de alrededor, que no podían ser más diferentes en estatura, color de piel, peinado y estilo, cotillearon alegremente y abandonaron el estudio uno a uno, no sin antes mirarme críticamente.

Ignoré las miradas marcianas y me uní a Violet, que se limpiaba la cara con una toalla.

Cuando se dio cuenta de que estaba delante de ella, se estremeció.

—Está usted muy nerviosa para vivir en el Bronx, señora —comenté secamente, tratando de no mirar fijamente sus seductores pechos que se desparramaban tentadores en aquel bustier deportivo, esperando a que hundieras la cara en ellos y los chuparas con desenfreno.

—¿Has mirado todos los papeles? —ignoró mi burla y cogió su botella de agua, mostrando su culo redondo.

Mierda.

Era hora de ir a buscar a una tía buena de una noche con la que pudiera sacarme la testosterona acumulada lo antes posible.

La bailarina picante estaba claramente descartada.

Ella sólo causaba problemas cada vez que tenía la oportunidad.

En cambio, yo necesitaba que fuera sencillo, rápido y sin compromiso.

—¿Landon?

—¿Sí?

—Te he preguntado si has mirado todos los documentos.

—Lo he hecho, sí —tosí, pillado por sorpresa—. Aubree me lo copia todo. Me llevaré los papeles a la oficina y pensaré qué hacer a continuación.

—¿Ha cambiado algo en tu valoración? ¿Ves alguna posibilidad para la escuela?

—Haré lo que pueda, Violet. Es todo lo que puedo decir por el momento.

—Ya veo —murmuró ella, arrugando la toalla entre las manos.

—Te deseo buena suerte en la batalla de esta noche. Tú y tu tripulación estáis a tope.

—¿Nos has visto?

—Sólo un poco. Bueno. Estaré en contacto. —Me di la vuelta para marcharme, pero la voz de Violet me hizo detenerme.

—Es viernes por la tarde. Si no tienes planes, deberías pasarte más tarde por el Slash y ver las batallas. Allí montamos un espectáculo muy chulo para el público.

Me volví hacia Violet y levanté una comisura de los labios divertida.

—¿Es una invitación?

Violet se deshizo el nudo del pelo, que le caía en ondas húmedas y salvajes sobre los hombros y los pechos.

Gemí para mis adentros y me maldije al mismo tiempo por mi sucia fantasía de empujar a Violet contra el espejo y servirme egoístamente de su cuerpo.

—Sólo quiero que te des cuenta de por qué estás luchando aquí. Por quién y por qué estás sacrificando tu tiempo.

—Puedo verlo... —murmuré con voz ronca—. Y, desafortunadamente, me gusta tanto...

—¿Perdona?

Me aclaré la garganta y levanté la vista. —Lo dicho: voy a ver si puedo prepararlo y, si puedo, tengo curiosidad por ver si me gusta el tajo. No lo había visto antes.

—No me extraña. No es uno de los clubes de élite a los que suelen ir los tíos como tú.

—¿En realidad estás prejuzgando a todo el mundo, o sólo a mí?

—Eso no es un juicio, es una observación. Igual que antes me tachaste de salvamundos en Stellar.

Touché para la ardiente bailarina de lavanda...



Me pasé los dedos por el pelo despeinado y me levanté de la silla para estirarme.

Un vistazo a mi móvil me dijo que eran poco más de las veintidós. Jameson se había despedido hacía una hora, no sin antes reírse un buen rato de mi involuntario caso pro bono en el Bronx.

Me metí las manos en los bolsillos del pantalón y me acerqué al escaparate acristalado que daba a Manhattan de noche, con sus rascacielos parcialmente iluminados.

Me gustaba más estar en la oficina al atardecer. Cuando no había nadie más que yo. Cuando podía admirar la vista en paz con un vaso de whisky y darme cuenta de lo que Damian, Jameson y yo habíamos construido juntos en los últimos diez años.

Gracias a un trabajo duro e incansable, nos habíamos convertido en uno de los mejores bufetes de Nueva York. Ganamos mucho dinero. Disfrutábamos de la atención de los medios. Nos movíamos en los mejores círculos.

En otras palabras: Estaba viviendo mi sueño. Y me encantaba. Lo saboreaba al máximo.

En contra de mi buen juicio, mis pensamientos vagaban hacia Violet, que estaba viviendo su sueño.

Aunque un sueño completamente diferente.

Qué diferentes eran las personas. Y sin embargo, tan similares.

Todo el mundo soñaba con una gran felicidad. Excepto que la definición de felicidad tenía un significado diferente para cada uno de nosotros.

Algunos se atrevían a luchar por su felicidad. Otros ni siquiera lo intentaron. O tiraron la toalla al primer obstáculo. Otros se rindieron a mitad de camino. O justo antes de la meta. Y para algunos, el sueño de la felicidad siempre se quedó en eso: un sueño.

Para mí no fue así.

Yo era uno de los luchadores. Uno de los que nunca perdieron de vista su objetivo hasta cruzar la línea de meta. No importaba el tiempo que llevara. No importaban los obstáculos que surgieran. No importaba lo inalcanzable que pareciera la meta. Luché por mi felicidad.

Igual que Violet.

La escuela de danza significaba tanto para ella como mi bufete de abogados para mí.

Sólo que por razones completamente diferentes.

Me encantaba el bufete porque me encantaba ganar. Porque me gustaba ganar grandes cantidades de dinero. Porque me halagaba ser la comidilla de la ciudad.

Violet amaba la escuela de danza porque amaba ayudar a los demás. Ofrecerles un lugar de refugio y una perspectiva. Darles esperanza.

Violet amaba dar.

A mí, en cambio, me encantaba recibir.

Y no lo ocultaba. En todos mis años de abogado, nunca había pretendido ser una persona bondadosa, desinteresada y servicial. Porque no lo era.

A diferencia de Damian, el noble caballero de armadura blanca.

Con este conocimiento, siempre he podido mirarme al espejo y sonreír con la conciencia tranquila. Es más, siempre me había sentido francamente orgulloso de ser un perro tan duro, indomable y astuto.

Hasta ahora.

Hasta hoy.

Por primera vez en mi vida profesional, me sentía incómodo en mi propia piel.

La visita al Bronx, concretamente a la escuela de danza, había despertado algo en mi conciencia que ni siquiera sabía que existía.

Y para ser sincero, me confundía, fuera lo que fuera lo que "eso" significaba. Por mi vida, no podía ubicar ese "eso", ese "algo". No podía hacer nada con ello. Pero estaba ahí. Estaba ahí y había estado conmigo persistentemente desde mi visita a la escuela de danza.

Desde mi visita a Violet, ese latido sordo e insistente en mi pecho se había hecho sentir, creciendo cada vez más y negándose vehementemente a desaparecer.

Me froté el pecho con la esperanza de aliviarme.

Fue en vano.

Suspirando, apagué la lámpara del escritorio y cerré el expediente que había abierto para el caso de Violet.

Luego tomé el ascensor hasta el aparcamiento subterráneo y respiré hondo mientras atravesaba la barrera y salía a la noche neoyorquina.

Pero en lugar de girar a la derecha hacia el Upper East Side, dirigí el coche hacia la izquierda, hacia Brooklyn.

Necesitaba desesperadamente una cerveza y un poco de distracción.
¿Por qué había elegido precisamente el Slash?
Era una pregunta en la que prefería no pensar.

CAPÍTULO 7

Violet

—UNA CERVEZA FRÍA, por favor.

Hice una pausa y bajé la toalla.

Reconocí aquella voz masculina y burlona.

Lentamente, levanté la cabeza y me encontré con los ojos desafiantes y centelleantes de Landon, que me sostenían firmemente en su mirada.

—Vaya, vaya. Qué esplendor en nuestra humilde morada —bromeé para disimular mi sorpresa ante su inesperada aparición y le tendí una cerveza fría al otro lado de la barra—. Invita la casa.

—Gracias. Parece sorprendida de verme aquí. Tú misma me has invitado —sonrió Landon con descaro y cambió naturalmente al "tú".

Para ser sincero, el "tú" parecía bastante fuera de lugar en este club. Sin embargo, debía trabajar en mi cara de póquer lo antes posible. Porque de ninguna manera iba a dejar que Landon leyera mis pensamientos en mi cara si quería mantener la ventaja en nuestro roce.

—Sólo me sorprende ver que sigues llevando la ropa de esta tarde —mentí, intentando mantener mi tono indiferente.

—Parece que te fijas mucho si recuerdas mi ropa —contraatacó.

Es cierto. Me había fijado bien. ¿Por qué? Porque Landon West estaba muy guapo con su traje de snob hecho a medida.

Pero él nunca lo sabría.

—Por supuesto que me fijé en lo que llevabas puesto. Después de todo, destacabas como un unicornio entre todos los burros de la escuela de baile —respondí en su lugar.

—¿Así que yo soy un unicornio y tú un burro? —respondió con un guiño y se llevó despreocupadamente la botella de cerveza a los labios—. Me gusta esa comparación. Muy acertada. Sin embargo, yo insisto en ser un semental.

—¿Qué más? —resoplé, sacudiendo la cabeza y tomando pedidos de unos cuantos clubbers que esperaban.

Landon se apartó de la barra en su taburete y dirigió su atención a la pista de baile. Cuando se volvió hacia mí al cabo de un rato, había curiosidad en su voz.

—Dime, ¿cuándo empiezan estas batallas?

Miré rápidamente mi reloj de pulsera.

—A medianoche. Así que dentro de media hora. Mi sustituto llegará pronto —le informé.

Justo cuando estaba pendiente de Savannah, ella ya se abría paso entre la multitud.

Me lavé las manos y me preparé para salir. Landon me observó en silencio y dio otro trago a su botella de cerveza.

—Buena suerte —me deseó cuando salí de detrás de la barra y me despedí de él.

—Gracias. Desde aquí tienes una buena vista del espectáculo. Nos vemos después.

—¿Después? Creía que tu turno ya había terminado —respondió frunciendo el ceño.

—Mi turno no termina hasta que cierra el club. Savannah sólo me sustituye durante las batallas —le expliqué con un gesto seco de la cabeza en dirección a mi colega.

—Ya veo —murmuró Landon. Sin embargo, parecía exactamente lo contrario.



Mi equipo ya me esperaba junto a la pista de baile y calentaba conmigo. Aunque participábamos en las batallas casi todas las semanas, cada vez había un nuevo nerviosismo en el ambiente, que se liberaba con excitada expectación en un subidón de adrenalina.

—No lo olvidéis: estamos aquí para divertirnos ante todo, ¿vale? —les recordaba.

Por supuesto, mis chicos no eran tontos. Sabían que yo estaba con el agua hasta el cuello y que la escuela de baile tenía carencias en todos los rincones. Pero no sabían la verdad. Y así debía seguir siendo. Porque confiaba en que Landon encontraría una solución que nos permitiera evitar de algún modo el desastre inminente.

—Conseguiremos el dinero del premio para la escuela, Vi. Entonces casi tendremos dinero suficiente para cambiar el espejo del estudio —me aseguró Malcolm, un bailarín de veintipocos años con talento.

—Eso estaría muy bien. Pero, por favor, no os presionéis. Disfrutad de vuestra actuación y divertíos. Es todo lo que os pido.

El final de la música, el parpadeo de las luces y el anuncio de las batallas pusieron fin a nuestra reunión informal de equipo.

Nos chocamos los cinco y escuchamos el sorteo de los grupos que competirían entre sí en los minutos siguientes. Cada batalla enfrentaba a dos grupos, uno de los cuales ganaba en función del volumen de aplausos y pasaba a la siguiente ronda. Al final, los dos grupos finalistas decidían el ganador entre ellos.

—Bring it on —vitorearon los clubbers de alrededor, avivando el ambiente ya cargado con sus gritos y silbidos entusiastas.

Mi corazón se acelera. La boca me empezó a saber agria. Una sensación de hundimiento retumbó en mi estómago.

Adrenalina.

Se disparó por mis venas como la heroína y me dio ese subidón familiar.

Olvidé todo lo que me rodeaba y me concentré únicamente en la música.

En la primera batalla, cada grupo bailó la coreografía ensayada al ritmo de una canción de su elección. Hasta aquí, todo sencillo.

Sin embargo, el verdadero desafío vino inmediatamente después. Después de la primera batalla, los grupos tenían que improvisar e idear movimientos de baile geniales a la velocidad del rayo, en pocos segundos, que encajaran con la música que ponía el DJ y superaran los movimientos de sus oponentes en cuanto a habilidad y delicadeza.

—A continuación, los Wild Cats bailan contra las Bronx Beasts —anunció el maestro de

ceremonias nuestra actuación.

Que empiece el espectáculo, me impulsé mentalmente y salí a la pista de baile con mi grupo con la cabeza bien alta.

CAPÍTULO 8

Landon

—¿ESTÁS aquí?

Aparté la mirada de la acción en la pista de baile que había debajo de mí y miré la cara de asombro de Aubree.

—Hola —la saludé sin responder a su pregunta y le dediqué un amago de sonrisa.

—¿Llego tarde? —quiso saber y acercó uno de los taburetes que había a mi lado a la barandilla, no muy lejos de la barra, desde donde teníamos una vista completa de la pista de baile.

—Justo a tiempo —respondí, señalando con la cabeza hacia la pista de baile que había debajo de nosotros, donde se encontraba en ese momento el grupo de Violet.

Empezaron a sonar los primeros compases de la melodía que habían estado practicando en el colegio aquella tarde y el grupo comenzó su impresionante actuación ante los aplausos cada vez más intensos de los invitados del club.

—¡Sí, han pasado! Están en la siguiente ronda —vitoreó Aubree con fuerza cuando se anunció la victoria de la primera batalla, tamborileando las manos en la barandilla con exuberancia.

Contemplábamos embelesados la acción y las batallas que se desarrollaban a nuestras espaldas, que aumentaban de intensidad con cada ronda.

El club palpitaba, vibraba exultante.

Era una locura.

Me contagié de Aubree y los demás invitados, que aplaudían y silbaban exuberantes tras cada actuación de la troupe de Violet.

—Muy guay, ¿verdad? —sonrió Aubree y me escrutó de reojo.

—Tengo que admitir que es una pasada, sí —coincidí, devolviéndole la sonrisa.

—Creo que tenemos una buena oportunidad de estar justo al frente. Vi está de muy buen humor hoy. Me pregunto por qué será. ¿O debería preguntar por quién?

Aubree enarcó las cejas y me señaló con el dedo.

—¿Cómo dices? Seguro que no tiene nada que ver conmigo —me reí con incredulidad.

—Yo no estaría tan segura —dijo Aubree con una risita y se pasó los dedos por el pelo rubio oscuro.

Se bajó del taburete y volvió poco después con dos botellas de cerveza para nosotros.

—Gracias. —Brindé por ella y volví a centrar mi atención en la pista de baile.

A estas alturas, los grupos que competían entre sí se habían reducido notablemente. Una clara señal de que nos acercábamos a la final.

Me alegró ver que el grupo de Violet seguía en cabeza.

Realmente me daba igual si pasaban o quedaban eliminados. Pero para mi disgusto, me encontré tenso alentando a la obstinada salvadora del mundo.

La salvadora del mundo en cuestión vestía unos ajustados leggings de cuero negro, un top rojo y una chaqueta universitaria holgada. Unas zapatillas deportivas informales y una coleta alta completaban su imagen triunfadora.

La Violet segura de sí misma, que estaba de fiesta en la pista de baile, contrastaba con la bailarina controlada y elegante de la tarde.

Fascinada por esta transformación, sacudí la cabeza, lo que no pasó desapercibido para Aubree.

—Cuesta creer que fuera una célebre bailarina, ¿verdad? Ahí arriba parece más bien la novia de un gánster.

Me volví hacia Aubree y entrecerré los ojos, confundido.

—¿Quién era una célebre bailarina?

—¡Pues Vi! ¿No la has buscado en Google?

Recordaba vagamente que Aubree me había pedido que investigara a Violet en Internet para encontrar respuestas a mis preguntas de la tarde.

Sin embargo, con todo el ajetreo, lo había olvidado por completo.

—Todavía no lo he hecho —confesé con sinceridad—. Pero por lo visto debería hacerlo cuanto antes.

Aubree vació su botella y me la tendió con prontitud.

—Sugerencia: dejamos a la tonta y nos traes dos cervezas más. Quizá entonces se me suelte la lengua y te dé un vistazo íntimo entre bastidores.

—Parece un trato muy tentador —sonreí divertido ante su ambigua oferta y cambié las dos botellas de cerveza vacías de la barra por dos llenas.

Bree y yo asistimos juntos a las últimas batallas de la noche y aplaudimos eufóricos cuando el grupo de Violet llegó por fin a la final.

Durante la última y definitiva actuación, me encontré conteniendo la respiración con tensión y agarrando con fuerza mi botella de cerveza. Los ojos de Aubree y los míos estaban pegados al grupo de seis, que se batía con el grupo contrario cada diez segundos. Los dos grupos bailaban uno contra el otro una y otra vez, retándose y batiéndose a duelo. Los vítores del público crecían con cada batalla y alimentaban la actuación de los bailarines. Ningún grupo estaba dispuesto a rendirse. Lucharon duro por la victoria y, en mi opinión, estaban casi a la par.

Pero entonces sucedió.

El grupo contrario falló en su entrada porque no se les ocurrió una introducción adecuada para la nueva canción. Quedaron automáticamente eliminados del concurso.

El público enloqueció y el presentador anunció que el grupo de Violet era el merecido ganador de la noche.

—¡Qué gran espectáculo! —jadeó Aubree roncamente de tanto gritar y se incorporó en su taburete de la barra, que se balanceaba amenazadoramente bajo sus exuberantes vítores.

Me incliné hacia ella y sujeté su taburete para evitar que Aubree cayera cinco metros en su estado de embriaguez.

—Vale, Aubree. Ahora vamos a calmarnos y tú cumples tu parte del trato —grité contra el bajo, agarrando su tobillo desnudo para darle un apoyo extra.

—Eso me gusta. Sigue subiendo la mano —soltó una risita, hundiéndose de nuevo en el taburete.

Resoplé divertido ante su forma de ser directa y contundente. Aubree estaba realmente loca.

—¿Y ahora qué pasa con la primera bailarina? —desvié la conversación en la dirección que me interesaba. Violet volvería en cualquier momento y no podíamos hablar de ella en su presencia.

—De acuerdo —Aubree cedió y se acercó a mí para evitar tener que gritar por encima del ruido del club—. Te daré la versión corta. Eso es todo para lo que sirve mi voz esta noche.

Asentí con la cabeza e hice un gesto de impaciencia con la mano. —Dispara.

Aubree suspiró teatralmente e hizo una mueca melancólica, como si el recuerdo de lo sucedido le doliera físicamente. Pero entonces sus ojos se iluminaron de repente y sus rasgos tensos adoptaron una expresión embelesada. —Vi era una de las mejores bailarinas de ballet del país en aquella época. Era celebrada, idolatrada. Era un diamante en bruto que brillaba tanto que casi cegaba.

Aubree hizo una pausa casi dramática y respiró hondo, como si necesitara prepararse mentalmente para lo que estaba a punto de suceder. —Vi era la mejor con diferencia. Hasta su accidente.

—¿Accidente? ¿Qué tipo de accidente?

—Vi resbaló en la carretera helada una fría mañana de invierno y se torció el tobillo. Siguió una odisea de operaciones, todas ellas bien, pero el pie de Vi quedó inutilizado para las enormes exigencias físicas del ballet. Su carrera se acabó de un día para otro. —Aubree apretó los labios con amargura.

—Lo siento —dije sinceramente y miré a Violet en la pista de baile, que sonreía y hablaba con su grupo.

No había nada que indicara la desgracia que le había ocurrido.

—Cayó en un agujero negro y profundo por aquel entonces porque para ella la vida sólo consistía en una cosa: bailar. Vi no sabía hacer otra cosa.

—Ya veo —murmuré—. ¿De qué os conocéis?

—Trabajé de joven para todo en Broadway después de la universidad. Por aquel entonces, Vi era una de las bailarinas más prometedoras. Congeniamos enseguida y desarrollamos una estrecha amistad a lo largo de los años.

—¿Y cómo pasó de Broadway, en el corazón de Manhattan, a una escuela para niños y adolescentes sin perspectivas en el Bronx? Parece un cambio radical de carrera.

—Dejé Broadway un año antes del accidente de Vi porque quería desarrollarme profesionalmente. Un antiguo profesor me dio la oportunidad de dirigir la oficina de un proyecto de danza financiado por el Estado en el Bronx. Aquello me gustó mucho desde el principio, así que no me resultó difícil despedirme de Broadway.

—¿Y Vi? —indagué.

—Mantuve un estrecho contacto con Vi. Después de que su carrera profesional como bailarina llegara a un abrupto final, tuve que verla esconderse durante meses y sumirse en la tristeza. En algún momento fue demasiado para mí y la arrastré conmigo al Bronx para demostrarle que no era la única persona en el mundo que estaba mal.

—Puedo visualizar eso contigo —comenté secamente.

—Me lo tomaré como un cumplido —replicó encogiéndose de hombros—. En cualquier caso, este viaje dio que pensar a Vi. Una semana después, apareció de repente en mi puerta y me preguntó si estábamos buscando un nuevo profesor de baile.

Aubree hizo una pausa y sonrió con picardía. —El resto es historia. Ella convirtió la escuela de danza en lo que es hoy: un lugar de esperanza. Un lugar de libre desarrollo. Un lugar de confianza, de salvación, si se quiere. Cuando la inquilina de la escuela de danza se jubiló hace dos años, Vi asumió su puesto y sus funciones sin dudarlo.

—Hmm —murmuré pensativo.

—¡Hola a los dos! ¿Qué tal nos ha ido?

La alegre voz de Violet me sacó bruscamente de mis pensamientos.

Levanté la vista y me obligué a sonreír sin compromiso. —Bastante bien.

—Muchas gracias —rio Violet y abrazó a su amiga, que la felicitó efusivamente por su victoria—. ¿Te quedas, Bree?

—No, mañana tengo que cuidar a los hijos de mi hermana. Y ya que están todos asaltados, debería estar lo más descansada posible —respondió Aubree con una mueca de dolor.

—Lástima. —Violet puso cara de decepción.

—¿Y tú, Landon? ¿Todavía te quedas? —Aubree se volvió hacia mí.

—Me temo que sí —revelé, bajando la mirada hacia mi tercera cerveza—. Vengo en coche y, antes de ponerme al volante, necesito bajar un poco el nivel de alcohol.

—Bueno, eso encaja perfectamente. Así podrás llevar a Violet a casa cuando acabe su turno —susurró Aubree, con un brillo calculador en los ojos.

—¡Aubree! —siseó Violet—. ¡Por favor!

—¿Por favor qué? —susurró inocentemente—. Vives en Queens. Cuando Landon vuelva a Manhattan, tendrá que pasar por Queens de todos modos. Así que tiene sentido. No compliques las cosas innecesariamente, Vi.

Violet lanzó una mirada fulminante a Aubree y me miró disculpándose. —La verdad es que no es necesario.

Me encogí de hombros despreocupadamente e intenté que no se notara que no me desagradaba del todo la idea. Un hecho que, obviamente, me irritaba bastante.

—Aubree tiene razón. Queens está en camino. Piénsalo. Si quieres, luego te llevo. Siempre y cuando, por supuesto, te atrevas a dar una vuelta en un pretencioso coche capitalista —le hice mi oferta no vinculante, aunque no pude evitar burlarme un poco de su visión comunista del mundo.

—Bueno, entonces todo ok. —Aubree sonrió satisfecha y le dio un beso en la mejilla a su amiga—. Nos vemos el lunes. Y pasadlo bien.



Tres horas más tarde, el turno de Violet terminó. Salimos juntos del Slash y caminamos hasta mi coche, que estaba aparcado una calle más allá.

Violet permaneció en silencio y yo hice lo mismo.

Apenas nos habíamos dirigido la palabra desde la marcha de Aubree. Eso se debía principalmente a que los pedidos de los invitados del club mantenían a Violet alerta.

Sin embargo, tenía la ligera sensación de que Violet me evitaba deliberadamente por alguna razón. Una circunstancia que me venía muy bien. Porque me daba la oportunidad de pensar en lo que Aubree me había dicho antes.

—¿Te importa si hacemos una parada rápida y comemos algo? —Rompí el tenso silencio que había entre nosotros.

—No, en absoluto. —El gruñido delator de su estómago marcó la respuesta de Violet.

—Parece que los dos tenemos hambre. ¿Te apetece algo en particular?

Violet soltó un bufido contenido, que le valió una fugaz mirada de reojo por mi parte.

—¿Qué pasa?

—Nada —rio despreocupada—. Sólo supongo que sueles usar esas palabras en un contexto diferente con las mujeres.

—Ja, ja. Qué bromista eres —respondí con tono sarcástico y le di un codazo juguetón en las costillas—. ¿Quién iba a pensar que la obstinada salvadora del mundo tenía una mente tan sucia?

Violet me miró con picardía. —Si de verdad crees que eso es sucio, es que no tienes ni idea de las mujeres y sus sucios sueños, Landon West.

Ahora le tocaba a ella darme un puñetazo juguetón en las costillas.

Me quedé estupefacto delante de mi coche y vi cómo Violet se acomodaba con elegancia en el asiento del copiloto y cerraba la puerta tras de sí.

Sacudí la cabeza, rodeé el coche y me senté en el asiento del conductor.

—Así que no tengo ni idea de que son los sueños pervertidos, ¿eh?

—Bueno, qué puedo decir... La mayoría de los hombres se sobreestiman a sí mismos y a sus capacidades. Así que no estás solo en esto.

Me reí a carcajadas y me incliné hacia ella en tono de conspiración. —Si es así, ¿por qué no me hablas de sueños pervertidos mientras preparo algo de comer? Soy bastante capaz de aprender y odiaría morir siendo un ignorante.

Violet sonrió descaradamente. —No quiero arriesgarme a que te estrelles contra la farola más cercana porque mis comentarios sexuales sacudan tu mundo ideal.

—Y una mierda —sonreí—. Alguien ha hablado demasiado. Primero hablas mucho y luego te echas atrás cuando se trata de mostrar tus colores. ¿Por qué no me sorprende?

Violet enarcó una ceja provocativamente, pero no respondió.

—Uno a cero para el macho capitalista —le guiñé un ojo y arranqué el Porsche.

Confiado en la victoria, conduje el coche por las tranquilas calles mientras silbaba satisfecho con la acogedora música de jazz que sonaba en la radio a primeras horas de la mañana.

CAPÍTULO 9

Violet

AGARRÉ la maneta de la puerta con tanta fuerza que los nudillos se me pusieron blancos. Pero no era por la forma de conducir de Landon. Conducía el elegante Porsche de forma relajada y segura por las calles de Nueva York a primera hora de la mañana.

No. El desencadenante de mi tensión no era otro que yo misma.

¿Por qué estaba flirteando con el arrogante y despiadado capitalista sabelotodo? ¿Por qué me dejaba llevar por bromas explícitas en su presencia? ¿Por qué se me ponía la piel de gallina con nuestras constantes bromas? ¿Y por qué la imagen de Landon, con las mangas de su camisa a medida arremangadas hasta los codos y las manos acariciando distraídamente el volante, me provocaba un delator estímulo en el coño?

Mierda.

No: ¡una mierda total!

Sí, vale. Aubree seguía predicándome que debía desenterrar mi vida amorosa profundamente enterrada y revivirla. Y eso es lo que quería hacer.

¡Pero no con Landon!

¡Definitivamente no con Landon!

Ese hombre representaba todo lo que yo había dejado atrás hacía unos años, para no volver nunca más.

Y siempre me había ido bien con esa decisión. No me había arrepentido ni un solo día.

Hasta ahora.

Hasta que llegó este abogado de famosos, duro y sediento de poder, y me insultó y se enfrentó a mí con uñas y dientes. Me provocaba y acosaba siempre que tenía ocasión. Y que -por razones totalmente inexplicables para mí- alteró mi deseo sexual sin remedio con este comportamiento indecente.

Estupendo.

—¿Qué tal una hamburguesa? ¿Te las comes o te dan demasiada pena los animales que han tenido que morir por ellas? —preguntó con su típico desparpajo.

—Está bien. De todas formas, no hay animales en la hamburguesa —dije con ligereza.

Irritado, Landon se volvió hacia mí.

—¿Por qué no lleva animales?

—Lleva todo tipo de cosas, pero no carne animal. Algunos dicen que las hamburguesas están hechas de algodón modificado genéticamente. Otros juran que están hechas con plástico o

incluso con carne humana.

—¿Qué?

—¿No me digas que te sorprende? En los países de los que se importan estas cosas, las vidas humanas no cuentan para nada. Lo sabes tan bien como yo.

Por supuesto, estaba exagerando descaradamente, pero la mirada atónita de Landon bien valía la mentirijilla.

—Algodón modificado genéticamente. Menuda sarta de tonterías estás diciendo —se rio.

—No te olvides de la carne humana.

—Y una mierda, Vi —se rio, pero no se me escapó la incertidumbre en su voz.

Me encogí de hombros sin inmutarme.

—Lo que tú digas. Tomaré una ración de patatas fritas, por favor.

—¿Al menos están hechas con patatas de verdad?

—Probablemente no —respondí con indiferencia, reprimiendo una sonrisa divertida.

—Dos de patatas fritas y dos Coca-Colas —ordenó Landon—. Siempre que el refresco de cola no estuviera hecho con las aguas residuales de la depuradora municipal o salpicado de sangre de rata.

La camarera, que estaba tomando nuestro pedido a través de la ventanilla abierta del autoservicio, miró a Landon con total perplejidad.

Su mirada valía su peso en oro.

No pude contenerme más y estallé en carcajadas. Las lágrimas me corrían por las mejillas y el estómago me vibraba tanto por mi bulliciosa carcajada que no me extrañaría que me empezaran a doler los músculos.

—No le hagas caso. Es una perturbada compulsiva —susurró Landon conspiradoramente a la camarera a sus espaldas y aceptó agradecido la bolsa de patatas fritas y bebidas.

La camarera se apresuró a cerrar la ventanilla, lo que me hizo reír aún más. Probablemente pensó que nos habíamos escapado del psiquiátrico y que habíamos forzado el Porsche en nuestra huida.

—Será mejor que salgamos de aquí antes de que llame a la policía —jadeé, sin aliento.

—Viéndote, no me sorprendería, Vi. La has asustado de verdad —replicó Landon en tono de reproche, pero las comisuras crispadas de sus labios lo delataron.

—Definitivamente soy la causa de su pánico y no la cola con sangre de rata —dije riendo.

—Es que tienes un efecto extraño en la gente que te rodea, Vi... —murmuró Landon, pero no especificó a qué se refería exactamente.

Landon se detuvo en un aparcamiento cercano de la carretera principal, apagó el motor y me entregó las patatas fritas y la Coca-Cola.

—No creía que fueras de los de comida rápida —mordisqueé y di un sorbo a la bebida con cafeína.

—¿Por qué? —respondió Landon levantando una ceja.

—Caviar, langosta y filete, te pegan más.

—Lo uno no excluye lo otro. Que un día me coma a una estudiante pelirroja de veintipocos no significa que tenga que prescindir de una madre rubia de cuarenta. Las dos me dan placer a su manera. Sólo depende de quién o qué me apetezca en ese momento.

Rumores. Ese golpe lateral le cayó como anillo al dedo.

En cambio, un puñetazo en la cara era casi como una suave caricia.

—¿Y tú, Vi?

—¿Yo?

Los ojos de Landon se posaron atentamente en mí y brillaron con rabia.

—Sí, tú. Porque no quiero dar a entender que eres el tipo de mujer de lechugas caseras sostenibles. Por eso prefiero preguntarte a encasillarte precipitadamente.

—No pretendía ofenderte —me defendí, porque la indignación en su voz era inconfundible.

—Entonces, ¿por qué sigues haciéndolo de todos modos?

—Porque conozco a gente como tú.

—¿Gente como yo? ¿Qué se supone que significa eso?

—Nada, olvídalo. Tienes razón.

Sin mediar palabra, me quitó el vaso de Coca-Cola de la mano y se bajó para tirarlo a la papelería con su vaso y las patatas fritas vacías.

Cuando volvió a entrar, respiró hondo y se volvió hacia mí.

—Siempre tengo razón, básicamente. Pero gracias por recalcarlo de nuevo para todos los presentes. Ahora que hemos solucionado eso, ¿puedo preguntarte algo para variar?

Suspiré y me froté los ojos cansados.

—¿Qué quieres saber?

—¿Por qué te importa tanto salvar a esos niños?

La pregunta me sorprendió. No necesariamente por el contenido de la pregunta, sino por oírla de la boca de Landon.

¿Por qué se interesaba por mis motivos? Hasta ahora, siempre había asumido que le importaba un bledo el destino de la escuela y que estaba deseando cerrar el caso.

—Porque los niños me salvaron —respondí a su pregunta con una sonrisa melancólica.

—¿Qué quieres decir?

—Hubo una época de mi vida en la que estuve muy mal. Debes saber que por aquel entonces yo era una célebre bailarina de Broadway con una carrera floreciente. Tenía grandes amigos. Al menos eso creía yo. Además de fama, dinero, ostentación y glamour en abundancia. En resumen, estaba viviendo el sueño de cualquier bailarina. Un día, sin embargo, un estúpido accidente me obligó a abandonar mi carrera. Y sin darme cuenta, los amigos, la fama, el dinero, la ostentación y el glamour se esfumaron. A partir de entonces, pasé mucho tiempo compadeciéndome de mí misma y de mi destino, e incluso llegué a pensar en acabar con todo. Acabar conmigo misma. Bree se dio cuenta de mi estado de ánimo y me arrastró sin contemplaciones a la escuela de danza donde ella ya trabajaba en ese momento. Allí conocí a los chicos. Un encuentro que lo cambió todo.

—¿En qué sentido?

—Bueno, la vida de los chicos se caracteriza por la violencia, las drogas, la falta de perspectivas y los miedos existenciales. A pesar de ello, aportan tanta esperanza, confianza y alegría de vivir que me avergoncé profundamente de mi comportamiento autocompasivo. Estos chicos tienen más sueños de los que la realidad pueda destruir. Sobre todo gracias a la escuela de danza, que los acoge con los brazos abiertos, por muy mal que les haya ido el día.

Me aclaré la garganta porque la voz se me iba debilitando con cada frase. Decir en voz alta lo mucho que este lugar y su gente significaban para mí me alteraba mucho más de lo que estaba dispuesta a admitir.

—Me levantaron del suelo y me ayudaron a ponerme en pie. Me aceptaron sin reservas y me acogieron. En otras palabras, volvieron a dar sentido a mi vida cuando yo ya no podía hacerlo por mí misma. Y es precisamente esta sensación de seguridad, este apoyo seguro, lo que quiero dar a todos los chicos que vienen a nuestra escuela en busca de apoyo porque se sienten abrumados y abandonados por la vida.

—Qué raro —Landon carraspeó y miró por la ventana, frunciendo el ceño.

—¿Qué? ¿Qué es lo raro?

—Nada. Sólo que no creía posible que una superheroína tan obstinada como tú pudiera salvar a alguien.

Me quedé en silencio, sin saber cómo responder a la afirmación de Landon.

Landon hizo lo mismo. Arrancó el coche y condujo en silencio por el desierto Brooklyn en dirección a Queens.

—¿Dónde vives? —preguntó en un tono inusualmente serio.

—Tres calles más y luego a la derecha —anuncié, evitando mirarle.

Quizá no había sido aconsejable exponer hasta el último detalle de mi vida interior delante de él. Probablemente habría bastado con una versión corta y censurada.

En cualquier caso, su reacción ausente y pensativa indicaba que mi historia, en el mejor de los casos, le había cansado y, en el peor, le había aburrido. Probablemente un poco de ambas cosas.

—Ya hemos llegado —le informé y cogí la maneta de la puerta.

—Violet...

De forma totalmente inesperada, sentí la cálida y poderosa mano de Landon sobre mi rodilla.

Mi corazón dio un enorme salto mortal hacia el parabrisas y mi respiración se detuvo por un momento. Bajo su mano posesiva, un calor casi insoportable se acumuló, abriéndose camino rápidamente hacia mi palpitante intimidad.

—¿Sí? —susurré con voz ronca y solté la manivela de la puerta.

Apenas me atreví a levantar la vista. Pero como Landon no siguió hablando, lo hice de todos modos.

Su mirada me hizo estremecer. ¿Cómo podía alguien irradiar fría severidad y cálida dulzura al mismo tiempo? Los ojos color ámbar de Landon lo hicieron y me hicieron hundirme en ellos sin remedio durante media eternidad.

Sólo la tos de Landon me hizo despertar de mi trance y volver con él a este mundo.

—El lunes llamaré a los propietarios del edificio y concertaré una cita con ellos. Quiero hablar con ellos personalmente sobre tu caso. Cuando sepa más, me pondré en contacto contigo.

Me apartó la mano y se la pasó por el pelo rubio, que le caía esporádicamente sobre la frente.

En aquel momento no tuve fuerzas para decir más que un "gracias" suave y jadeante. Así que tanteé la puerta por segunda vez y salí apresuradamente.

Antes de cerrar la puerta de golpe, Landon me llamó una vez más.

Tentativamente, asomé la cabeza por la puerta del coche. —¿Sí?

—Lo que quería decirte: No ha estado tan mal lo que has bailado esta noche. —Me guiñó un ojo al viejo estilo Landon y levantó la mano despreocupadamente a modo de despedida.

—Me lo tomaré como un cumplido.

—No exageres, Vi. No ha sido para tanto.

Resistí el impulso de mostrarle el dedo corazón por su descarado comentario y, en su lugar, cerré la puerta del coche de un portazo con una gran sonrisa.

Qué idiota.



El lunes por la mañana, cuando entré en el edificio de la escuela de danza, una de las profesoras

ya me estaba esperando fuera de mi despacho.

—Hola, Vi. ¿Tienes un minuto?

—Por supuesto. ¿Va todo bien? —Miré a Drew con ansiedad y abrí la puerta de mi despacho —. Pasa. Siéntate —le ofrecí.

Pasó nerviosamente de un pie a otro y se detuvo frente a mi escritorio.

—Drew, ¿qué pasa? ¿Pasa algo?

—Vi... —empezó— es que...

—¿Sí?

—Sabes que me encanta trabajar aquí y realmente disfruto trabajar contigo y los niños.

—Es genial oír eso. Gracias, Drew.

—Es sólo que...

—¿Sí? —Le animé a no seguir cancelando.

—Lara y yo queremos formar una familia en un futuro próximo. Para ello, necesitamos un piso más grande y un trabajo seguro que no dependa de una subvención anual del gobierno.

Las palabras de Drew resonaron en mis oídos. Me hundí en la silla y enterré la cara entre las manos.

—¿Nos dejas?

—Lo siento muchísimo. Pero me han hecho una oferta que no puedo rechazar —explicó con pesar.

—Lo comprendo, por supuesto. Pero es raro encontrar un profesor tan versátil y comprometido como tú. Los niños te tienen mucho cariño.

—Y yo estoy unido a ellos. Por eso me cuesta tanto irme, Vi.

—¡Entonces no te vayas! Déjame hacer cuentas y ver si puedo darte un aumento de sueldo. No será mucho porque estamos muy justos de dinero, pero haré lo que pueda.

—Es muy amable por tu parte. Pero el trabajo que me han ofrecido es en una universidad privada de Nueva York. Pagan fuera de este mundo...

—Ya veo.

—No sé qué decir. Lo siento mucho, Vi.

—Sí, yo también. ¿Cuánto tiempo tengo?

—Para ser honesta, me quieren allí ahora.

—¿Ahora mismo? —Mi voz sonaba estridente. Había una pizca de pánico en ella— ¿Dónde se supone que voy a conseguir un sustituto para ti ahora mismo?

—Lo siento, Vi —repitió Drew por enésima vez.

—Está bien —suspiré hoscamente—. No quiero interponerme en tu camino y ser responsable de que pierdas esta oportunidad, Drew. Has hecho un gran trabajo todos estos años. Así que acordemos que te podrás ir al final de la semana, ¿de acuerdo?

Una sonrisa de alivio se formó en el rostro deprimido de Drew.

—¡Gracias, Vi! Eres la mejor.

—De nada. Si conoces a alguien que pueda ocupar tu lugar: házmelo saber.

—Desgraciadamente no. Pero si me entero de algo, te lo haré saber enseguida.

Asentí con desaliento y miré detrás de Drew, que salió de mi despacho con un último gesto de la mano.

Esta semana había empezado maravillosamente mal.

Pero eso significaba, a la inversa, que sólo podía mejorar.

Pronto se vería lo equivocada que estaba con mi suposición.

CAPÍTULO 10

Landon

—¿SEÑOR West?

La señora Green, nuestra recepcionista, llamó a la puerta de mi despacho y entró.

—¿Qué ocurre? —Levanté la vista de los archivos en los que estaba trabajando y me tomé un momento para volver mentalmente al presente.

—Estaba a punto de irme cuando el portero llamó para decirme que la señorita Simonelli estaba aquí.

—¿Dónde, aquí?

—Está esperando abajo, en el vestíbulo, y quiere hablar con usted. ¿Le digo que suba?

La visita imprevista de Violet me hizo reflexionar. Esa tarde le había dejado un mensaje diciéndole que mañana me reuniría con los propietarios del edificio donde estaba su escuela de danza. Por lo tanto, no podría darle ninguna información nueva hasta mañana, después de la reunión.

No entiendo por qué ha venido a verme esta noche a pesar de saberlo.

—Dile que suba —le dije a la Sra. Green—. Y luego puedes dar por terminado el día. ¿Qué haces aquí todavía? Tu hora de cierre se ha retrasado mucho —le recordé, echando un vistazo a mi reloj.

—Quería asegurarme de que ya no me necesita, señor West.

Le dediqué una sonrisa tensa y negué con la cabeza.

—Tengo todo lo que necesito. Adelante. Y gracias por su consideración.

—De acuerdo —me devolvió la sonrisa—. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Esperé hasta que la Sra. Green desapareció en el ascensor. Entonces me levanté y me estiré ampliamente. A veces me sumergía tanto en mis casos que me inclinaba sobre mis expedientes durante horas sin darme cuenta de que mi cuello y mis brazos estaban cada vez más tensos.

Cerré el expediente y me dirigí a los ascensores para reunirme con Violet. Como no había nadie más en la oficina a esas horas de la noche, me vi obligado a hacer de recepcionista.

Unos segundos más tarde, las puertas del ascensor se abrieron y Violet se plantó delante de mí con un esponjoso vestido de verano, cara avergonzada y hombros caídos.

—¿Qué ha pasado? —Fui directo al grano y la saqué del ascensor con preocupación.

—Construcciones Stellar me está robando a mis empleados —siseó, cerrando las manos en puños.

—¿En cristiano?

—Están robando a mis profesores. Les ofrecen puestos seguros y bien pagados en una academia privada de Nueva York. Tres de mis profesores ya han dimitido hoy. Con efecto inmediato.

—¿Cómo se te ocurre lo de Stellar en este contexto?

Puse la mano en la espalda acalorada de Violet y la empujé suavemente hacia mi despacho.

—Después de que tres personas dimitieran a la vez y todas citaran la oferta de esta academia privada de Nueva York como motivo, me pareció extraño. Así que investigué un poco y he aquí que Construcciones Stellar construyó y financió este centro privado. No puede ser una coincidencia.

—Hmm —coincidí con ella—. No parece una coincidencia, no.

Violet pasó junto a mí hacia la amplia ventana acristalada y miró hacia la oscura noche. Parecía perdida y desanimada.

—Odio echar leña al fuego, pero tienes que darte cuenta de que esto no ha sido más que el principio, Violet. Cuando fuiste a Stellar a explicarles la lucha, les dejaste claro que no renunciarías a tu escuela bajo ningún concepto y que podían coger su oferta y metérsela por donde les diera la gana. Así que no debería sorprenderte que ahora saquen la artillería pesada en lugar de tejer pacíficamente pulseras de la amistad contigo.

Violet me lanzó una mirada cortante desde sus ojos color avellana, cuya ardiente intensidad me hizo tragar saliva.

—¿Así que crees que lo de hoy ha sido sólo el principio? —me aseguró.

—Estoy seguro de ello. A continuación, se dirigirán a las empresas que hacen las reparaciones en tu colegio y les ofrecerán grandes contratos a cambio de no trabajar contigo.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Yo suelo representar a empresas como Stellar, no al otro bando...

—¿Y recurres a medios tan sucios para acabar con los pequeños? —gritó Violet indignada.

—Afortunadamente, no necesito hacerlo. Mi irresistible encanto suele conseguir que las pequeñas, como tú tan tiernamente, accedan a mis tratos antes de que tenga que recurrir a medidas más drásticas.

—Te burlas de todo, ¿verdad? —se burló ella.

—No. Hablo totalmente en serio. Mírame, Violet. ¿Quién podría resistirse a mí? —Le guiñé un ojo y me alegró en secreto ver cómo su abatimiento se convertía en diversión ante mi burla.

Violet sonrió, pero luego su sonrisa se evaporó y se acercó a mí con expresión tensa.

—No quiero ni imaginarme cómo reaccionarán los chicos si de verdad pierdo el colegio...

—Entonces no lo hagas. No te lo imagines. Aún no hay nada decidido. No te vuelvas loca, Violet. Haré lo que pueda. Si al final no es suficiente, encontraremos una solución que sea aceptable para todos, ¿de acuerdo?

—¿Nosotros?

—Sí, lo haremos. Yo te ayudaré.

—¿Por qué?

Se detuvo frente a mí y me miró interrogante. La intensidad con la que me miraba con los párpados entornados me secó la garganta.

—Porque soy tu abogado y como tal he asumido tu mandato.

—Obligado —añadió.

La punta de su lengua acarició sus labios y los humedeció, aparentemente con indiferencia. Sentí calor. Y frío.

Joder.

Me aclaré la garganta y me reprendí por mis crecientes y traviesas fantasías.

—Puede ser. Pero me está empezando a gustar tu caso —susurré con voz ronca.

Podía sentir literalmente el calor que irradiaba su cuerpo y que se filtraba a través de la fina tela de su vestido de verano.

Pasé con cuidado un dedo por su mejilla caliente. No se me escapó el parpadeo de sus ojos. Era como si mi suave contacto hubiera encendido un fuego en su interior.

Y Dios sabe que no era sólo ella.

—¿Te refieres al caso de la obstinada salvadora del mundo? ¿Te gusta? —susurró.

—Sí. Sí, me gusta.

Mi dedo se deslizó desde la mejilla de Violet hasta sus brillantes labios, que ella abrió ligeramente para mí, permitiéndome sumergirme en su prometedora y húmeda boca.

Cerré los ojos y noté la suave lengua de Violet rodeando mi dedo índice y chupándolo.

Joder, qué calor.

Gimiendo suavemente, me rendí a mi fantasía prohibida y me dejé llevar directamente a mar abierto.

Sin embargo, el dulce suspiro de Violet me hizo abrir los ojos bruscamente y puso un poderoso freno a la fantasía de mi polla en su sedosa boca.

¿Qué demonios hacía yo aquí?

Violet era mi cliente, maldita sea.

Una clienta incorregible, testaruda y agotadora.

Retiré la mano y cambié de postura para ocultarle mi abultada entrepierna.

—Lo siento —afirmamos los dos al unísono, manteniendo una distancia exagerada entre nosotros.

—Al parecer, uno de tus sueños secretos, del que supuestamente no tengo ni idea, es atacarle en el despacho de tu abogado —intenté aligerar el cargado ambiente que había entre nosotros.

Sin embargo, sólo conseguí empeorar las cosas. Porque los ojos de Violet iban de mí a mi escritorio y volvían a mí mientras hacía mi declaración.

Dios mío. Dios mío.

Estaba en el paraíso. Justo delante del manzano prohibido. Con el mismísimo diablo, que me estaba animando a morder la manzana prohibida.

—Vi... realmente creo... —empecé. Pero las palabras se atascaron en mi garganta cuando Violet apoyó su cadera en mi escritorio y agarró con determinación mi corbata para acortar la distancia entre nosotros.

—Esto está mal. Absolutamente mal —susurré.

Ella asintió sin aliento.

—Ya lo sé. ¿Vamos a hacerlo de todas formas?

—Escucha, Vi. No me debes nada —logré decir, evitando tocarla con todas mis fuerzas.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Quiero decir que no deberías sentirte obligada a pagarme por mi trabajo legal con tu cuerpo. No me debes nada —murmuré, luchando por encontrar la fuerza interior para resistir esta tentación seductora.

—¿Y si quisiera pagarte con mi cuerpo?

Tragué saliva.

—Entonces aceptaría ese pago en contra de mi buen juicio. —Mi voz había dado paso a un gruñido ronco y excitado.

No era para menos.

La obstinada salvadora del mundo era molesta a más no poder, pero también estaba buenísima. El hecho de que se recostara seductoramente en mi escritorio y me invitara a pasar entre sus muslos tensos me hizo correr directamente a la perdición.

—Ayúdame a olvidar mis preocupaciones durante unos minutos, Landon. Hazme volar —me suplicó.

—Mierda, Vi. —Gemí de agonía ante su inequívoca oferta—. Nos estás metiendo en un buen lío.

Sonrió disculpándose y me aflojó la corbata antes de tirarla descuidadamente a un lado. Luego se fijó en mi camisa y la abrió con dedos temblorosos. Sus delicadas manos recorrieron mi piel desnuda y exploraron mi cuerpo, acompañadas de besos húmedos y prometedores.

Jadeé de rendición cuando me chupó el pezón izquierdo y me arañó el derecho con las uñas al mismo tiempo.

Instintivamente, di un paso hacia ella, atrapándola entre mi escritorio y yo. Mi erección, dura como una roca, rozaba su vientre, gritando impaciente por ser liberada.

Agarré a Violet por la cintura y la subí a mi escritorio de un tirón. Separé sus muslos con avidez y me coloqué entre sus piernas. Le rodeé la cara con las manos y me incliné hacia ella.

Vacilante, posé mis labios sobre los suyos y cerré los ojos.

Esperaba sentirme mal.

Pero no fue así. En absoluto.

Suspiró de placer y me rodeó el cuello con los brazos para acercarme más a ella.

Me devolvió el beso con entusiasmo y no se resistió cuando mi lengua separó sus labios y se deslizó en su interior para explorar su dulce boca.

Su beso me embriagó, me provocó y aumentó mis ganas de más.

—¿Todavía lo quieres? —jadeé contra sus labios—. ¿Quieres que te folle?

—Sí —exhalé sofocada y abrió las piernas invitándome.

Busqué a tientas mi cartera, que estaba sobre el escritorio, y me apresuré a sacar un preservativo.

—Déjame hacerlo —susurró y me lo cogió.

La miré con la respiración contenida mientras me bajaba lentamente la cremallera y los calzoncillos.

Mi erección rebotó excitada hacia Violet, crispándose de expectación mientras ella se relamía burlonamente.

Violet abrió el envoltorio del condón y lo enrolló cuidadosamente sobre mi polla erecta.

—Última oportunidad, Vi. Si no lo quieres, dilo ahora.

En respuesta a mi pregunta, me agarró la polla y la guio con decisión entre sus muslos.

—Házmelo, Landon —exigió, rodeando mis caderas con sus piernas desnudas.

No podía haberlo dicho más claro, me di cuenta con satisfacción.

Mis dedos se introdujeron bajo su vestido, lo empujaron descuidadamente hacia arriba y rozaron sus bragas empapadas. Satisfecho, aparté sus bragas y separé su pubis para frotar su húmeda perla.

Violet echó la cabeza hacia atrás y recompensó mis esfuerzos con un grito de placer.

Mis dedos acariciaron sin prisa su perla pecaminosa. Los jugos calientes que se formaban en su centro de placer bajo mis partes y que aumentaban alarmantemente me llenaban de perversa satisfacción.

Al parecer, entendía más sobre los sueños de las mujeres sucias de lo que la salvadora del

mundo me había atribuido.

Violet se echó el vestido por la cabeza y con un hábil movimiento se desabrochó el sujetador, que poco después se unió al vestido en el suelo.

Arqueó la espalda y estiró hacia mí sus perfectas tetas, que literalmente ansiaban mi atención.

Me obligué a saborear la fenomenal visión de sus pechos turgentes con las puntas duras y rojas antes de que mi deseo me dominara y ya no me bastara con contemplarlos fascinado.

Mi respiración era rápida y entrecortada cuando me incliné sobre Violet y rodeé con mis labios su pezón derecho, chupándolo con un zumbido primitivo mientras mis dedos seguían complaciendo su perla goteante.

Sus pezones sabían a manzana del paraíso y despertaban un deseo irrefrenable por todo el manzano.

Solté su duro pezón para besar, mordisquear y recorrer a mordiscos sus calientes y suaves tetas de manzana.

Mi mente se desconectó por completo y dejó que mi polla pensara. Y se volvió completamente loca con estos hermosos pechos paradisiacos. Violet, que gemía exuberante bajo el cariño de mi boca y mis dedos, ayudó a que mi polla se hinchara aún más.

Era obvio que alguien se empeñaba en ser follada. Eso era bueno. Porque yo tenía muchas ganas de follar.

Guardé toda mi razón, mi moderación y mis reservas, junto con mi buena educación, en el último cajón de mi escritorio y me rendí al deseo sucio y primario que ansiaba sexo duro y rápido con Violet.

Mis dedos soltaron la perla de Violet, sabiendo perfectamente que estaba al borde del orgasmo, lo que fue confirmado por su grito protestón y frustrado.

—Cállate, salvadora del mundo. Sólo te correrás cuando mi polla esté bien dentro de ti y no antes. Si no, tu coñito no tendrá nada que exprimir —siseé y coloqué mi hambrienta erección en su entrada.

Me bastaron tres empujones para hundirme por completo en su interior. Su coño era maravillosamente estrecho, húmedo y goloso. Se tragó mi polla tan rápido como un remolino mortal se traga los barcos en el Triángulo de las Bermudas.

Sus piernas se apretaron alrededor de mis caderas, indicándome que me moviera más rápido dentro de ella. Sus talones se clavaron en mi espalda y parecían afiladas espuelas con las que el jinete indicaba a su semental que acelerara el paso.

Yo estaba encantado de hacerlo. Y como no necesitaba las manos para agarrar sus caderas durante mis embestidas gracias a su agarre de pinza, aproveché esta grata circunstancia para amasar extensamente sus desfiladas tetas. Verlas subir y bajar bajo mis fuertes embestidas me dejó sin aliento y los celestiales suspiros de Violet me dieron el resto.

Si miraba fijamente su rostro, resplandeciente de éxtasis, durante un segundo más, mientras descendía sobre sus preciosos pechos y conquistaba su coño perfecto, me correría con fuerza. Y antes de que Violet alcanzara su clímax.

No podía importarme menos mientras tuviera mi turno, pero ella me había pedido que la hiciera volar. Que la hiciera olvidar sus problemas.

Y eso es exactamente lo que haría.

No porque su bienestar afectara al mío y porque me doliera en el alma verla triste. Porque no era así.

No, en este caso concreto veía como mi deber de abogado era ayudar a mi clienta incluso más allá de la ley si ella me lo pedía.

Ni más ni menos.

Satisfecho con mi conclusión, agarré a Violet por las caderas, la levanté y la puse en pie.

—Date la vuelta. Apoya la parte superior del cuerpo en el tablero de la mesa —le ordené y le di una palmada en su firme trasero, que tiñó de rojo su flexible piel.

Sus rodillas temblaron ligeramente mientras se daba la vuelta y obedecía mi orden sin protestar.

Vi cómo apoyaba el vientre desnudo en mi escritorio y se agarraba con las manos al borde de la mesa.

—Abre las piernas. A menos que hayas tenido suficiente y no quieras que te follen más.

Mis crudas palabras provocaron un escalofrío de placer en su tonificado cuerpo. Abrió los muslos, mostrando su interior húmedo.

Una sonrisa de satisfacción se dibujó en mi cara.

Estaba caliente. Caliente y preparada. Para mí.

Dejé que mi dedo índice desapareciera entre sus nalgas para rodear y acariciar su húmeda entrada.

Violet me recompensó con un gemido largo y prolongado.

Mi dedo húmedo se deslizó desde su puerta paradisíaca e hinchada hasta su entrada trasera, prohibida y mucho más estrecha.

La penetré cuidadosamente con un dedo y escuché atentamente la reacción de Violet. Su respiración entrecortada me decía que estaba luchando visiblemente con sus sentimientos.

Menos mal.

Mientras mi dedo índice penetraba aún más en zonas prohibidas y distraía a Violet, hundi mi hambrienta polla hasta el fondo.

Violet gritó y se agarró al borde de la mesa con tanta fuerza que no me extrañaría que un trozo del tablero se rompiera bajo su agarre.

Mi segunda mano, que había estado posada en su cadera, se acercó a su clítoris y empezó a acariciar sus labios separados y calientes.

Mi otra mano continuó acariciando su ano, estimulándolo con ternura mientras le metía la polla con fuerza y determinación.

Creía firmemente que podías follarte los problemas de tu sistema si eras lo bastante enérgico. Tenías que follar tan fuerte que no pensaras en nada más. Que no hicieras otra cosa que sentir. Sentir que te precipitabas a velocidad supersónica hacia un orgasmo liberador. Porque eso era lo único que importaba en ese momento.

La codicia y la lujuria lo superaron todo en esos preciosos minutos. En este fugaz momento de éxtasis, sólo había satisfacción física y mental que perseguir con el corazón acelerado y la respiración agitada.

Coloqué a Violet, cuyos gemidos agónicos casi hicieron que se derrumbaran las paredes de mi despacho, de modo que sus húmedas vergüenzas rozaran directamente el borde de la mesa. Entonces solté las manos de su clítoris y su ano para agarrarla por la cintura.

Doblé ligeramente las rodillas y empecé a follármela del mismo modo que un semental salvaje se folla a una yegua dispuesta en el prado: primitivamente. Crudamente. Orientado al objetivo.

Sus gemidos, ya inconfundibles, se hicieron aún más fuertes y rugieron en mis oídos. Eso me animó a darle fuerte.

Cerré los ojos, eché la cabeza hacia atrás y empujé.

Una y otra vez. Hasta que sentí su dulce coño apretarse alrededor de mi polla y Violet

explotó con un grito agudo.

Cuando gritó mi nombre y me suplicó que no parara al mismo tiempo, aumenté la velocidad al máximo y salí volando con Violet.

CAPÍTULO 11

Landon

LA PARTE superior de mi cuerpo cayó hacia delante sin fuerzas y encontró el lugar de descanso perfecto en la acalorada espalda de Violet.

Me acurruqué contra ella y la envolví en mis brazos, mis manos se abrieron camino hasta sus pechos para un último toqueo.

—Gracias por volar hoy con nosotros. Esperamos que hayas disfrutado a bordo de Landon West Airlines —le susurré al oído para devolverla a la realidad.

Salí con cuidado de Violet y tiré el condón abultado a la papelera que había junto al mostrador. Luego guardé mi polla aún erecta en los pantalones y cerré la cremallera. Después me abroché la camisa.

Mis ojos se posaron en el vestido y el sujetador de Violet. Ambas prendas estaban arrugadas en el suelo. Me agaché y los puse sobre el escritorio, junto a ella.

—¿Quieres que salga mientras te vistes? —le ofrecí, sucumbiendo a la tentación de plantarle un fugaz beso en el hombro desnudo.

—Después de lo que acabamos de hacer aquí, no creo que sea necesario —murmuró Violet, con su preciosa cara contorsionada en una mezcla de satisfacción e incredulidad horrorizada.

Se puso el sujetador y metió dentro sus maravillosos pechos. Para mi disgusto.

Me despedí de ellos mentalmente con la esperanza de volver a verlos pronto, aunque probablemente no fuera así.

Al sujetador le siguió el vestido y, antes de que me diera cuenta, Violet estaba de nuevo frente a mí, completamente vestida y apartándose tímidamente los despeinados mechones de pelo de la cara.

—¿Estás bien? —le pregunté en voz baja y le levanté la barbilla inquisitivamente—. ¿Estás bien?

—Más que eso —susurró y me dedicó una sonrisa sincera—. Casi había olvidado lo divertido que es volar.

—Sobre todo conmigo —le guiñé un ojo.

—Definitivamente no eres una aerolínea de bajo coste, Landon West, eso seguro —contraatacó y pasó junto a mí hacia su bolso de mano—. Es mejor que me vaya ahora. Ya te he entretenido bastante. Lo siento.

—No tienes nada que lamentar, Violet. Esto no cambia nada entre nosotros, ¿vale?

Ella asintió en silencio y se dirigió lentamente hacia la puerta. —Me voy entonces.

—¿Necesitas que te lleve?

—No, gracias. —Su asentimiento se convirtió en un enérgico movimiento de cabeza—. Ya te he causado bastantes problemas.

—¿Qué clase de problemas?

—Sacrificas mucho de tu tiempo por mi escuela de baile. Y el tiempo es oro en tu trabajo.

—No te preocupes por eso. Me pagaste muy bien esta noche, Vi. Me he divertido mucho.

Ella apretó los labios y levantó las comisuras de los labios. —Yo también.

—Eso es. Todo va bien. Te llamaré —le dije y le acaricié un mechón de pelo sobre el hombro.

Un destello brilló en sus ojos al oír mis palabras.

—¿Me llamarás?

—Mañana, sí. En cuanto tenga noticias de la escuela.

La luz se apagó tan rápido como había aparecido. Ahora la sustituía una sombra oscura, cuya visión hizo que se formara una pronunciada línea de preocupación en mi frente.

—¿Estás segura de que todo va bien, Violet? —pregunté para asegurarme.

—Sí, lo estoy. Es sólo que no suelo hacer esto. A diferencia de ti. Por eso es un poco inusual para mí después.

—¿Quieres decir que normalmente no tienes sexo en el escritorio de tu abogado? Imagínate, yo tampoco suelo acostarme con mis clientes. Y menos en mi despacho y sobre mi mesa. Así que esto también es territorio nuevo para mí.

Los hombros tensos de Violet se relajaron bajo mis sinceras palabras. Vacilante, soltó el asa de su bolso.

—¿Te arrepientes?

—No, en absoluto. ¿Te arrepientes?

—No —confesó— en absoluto.

—Me alegro. Me alegro mucho. ¿Y estás segura de que no quieres que te lleve a casa?

Dijo que no, pero me permitió acompañarla hasta el ascensor, donde nos despedimos con un abrazo un tanto incómodo.

Cuando se cerraron las puertas del ascensor, me recosté contra la fría pared de hormigón, exhausto, y dejé que mi cabeza se hundiera en mi cuello.

¡Qué viaje tan excitante y, al mismo tiempo, tan irritante!

Me había metido en serio con la salvadora del mundo y había disfrutado al máximo con ella, o mejor dicho, dentro de ella. Normalmente me molestaba tanto que no debería haber sido capaz de ponerme cachondo en su presencia.

La verdad es que sí.

En realidad, sin embargo, su testarudez y su voluntad propia parecían atraerme y enardecerme.



—Bueno, ¿tú toro? Ha sido todo un logro. Se lo has hecho de verdad al bombón.

Me estremecí y abrí los ojos sobresaltado. Jameson estaba de pie justo delante de mí con los brazos cruzados delante del pecho y una sonrisa sucia de oreja a oreja.

—Tus gemidos lujuriosos me tenían a punto de hacerme una paja en mi despacho. ¿Desde cuándo traes a tus chicas a la oficina, Landon? Creía que el trabajo estaba prohibido.

—En nombre de Dios, ¿qué haces aquí? —gruñí, apartándome de la pared.

—Vaya, vaya, vaya. En realidad, te acabas de joder los sesos. Si no, sabrías que este es mi despacho y que tengo todo el derecho a estar aquí.

Murmuré algo ininteligible y entrecerré los ojos.

—¿No te fuiste a casa hace dos horas?

Jameson se encogió de hombros.

—Olvidé algo y tuve que volver. En el momento perfecto, por lo visto.

—¿Cuándo llegaste?

—Cuando estabas haciéndole pasar un mal rato a la chica por detrás.

—¿Nos estabas mirando? ¿En serio?

—¿Qué quieres decir con observando? La puerta estaba abierta. ¿Cómo se supone que no te iba a ver, y mucho menos oírte? En realidad, quería preguntarte si podía unirme, pero por la forma en que te follabas a la chica, supuse que no querías compartirla.

—¿La forma en que me la follaba?

—Sí... ya sabes. Con tanto fervor y celo. Como si quisieras darle el mejor orgasmo de su vida a toda costa.

—Ya veo. ¿Cuánto tiempo has dicho que nos has visto follar, friki?

Jameson se rio y me dio una palmada en el hombro con una sonrisa de satisfacción.

—Lo suficiente para estar orgulloso de ti y de tu actuación, colega. Realmente te mantuviste firme ahí dentro y bien merecido tenías tu orgasmo. Debió de ser un orgasmo bastante raro, con lo guarros que gemáis los dos.

Resoplé indignado.

—Eres un completo idiota, Jameson. Pero no te estoy contando nada nuevo. Cambiando de tema, ¿has comido ya o vamos a buscar algo?

—Me imagino que estás hambriento. Con las calorías que acabas de quemar, tienes que mantener las fuerzas. Y te has ganado una cerveza bien fría, eso seguro.

—Tío... —gemí, molesto—. ¿Hasta cuándo vas a seguir insistiendo con eso?

—Montar es bueno —se rio Jameson—. Eres un semental, Landon West. La forma en que la montaste...

—¡Ya basta! —le interrumpí más alto de lo que pretendía.

—De acuerdo —se defendió y me miró, desconcertado—. ¿Desde cuándo eres tan sensible con tu mujerío? Creía que Damian era el más estirado de los tres.

Dejé escapar un suspiro resignado y miré al techo.

—¡Un momento! No estarás intentando decirme que estás colado por la muñeca con curvas, ¿verdad? —gritó triunfante Jameson.

—Claro que no, bicho raro.

—Pues sí que lo está. ¿Y quién es?

Me sorprendí a mí mismo mordiéndome el labio inferior y permanecí obstinadamente en silencio.

—¿Landon?

—¿Qué?

—¿Quién es ella?

—¿Qué más da? ¿Podemos ir a comer algo ahora o he acabado involuntariamente en el banquillo de los acusados aquí en la sala del tribunal?

—No veo de qué se te debería acusar. Más bien, te mereces un premio por tus servicios a la humanidad femenina y los orgasmos innovadores que les proporcionas.

—Lo que tú digas —refunfuñé, dirigiéndome a mi despacho para coger la chaqueta, la cartera y las llaves del coche.

—¿Oye, Landon?

—¿Qué? —respondí indignado.

—¿Fue algo puntual o llevas tiempo viéndote con la señora?

—¿Y a ti qué te importa?

—Si ya no estás interesado en ella, me gustaría tener su número. Está muy buena y los gritos de placer que da durante el sexo me excitan mucho. Sólo imaginarla gimiendo mi nombre cuando le estoy dando me pone cachondo.

Apreté las manos y me puse amenazadoramente delante de Jameson.

—¡Quítame las manos de encima! Deja a Violet en paz. ¿Me entiendes?

—¿Violet? —Jameson enarcó una ceja con incredulidad—. ¿Violet como Violet Simonelli? ¿La ratoncita bailarina cuyo caso te impuso Damian?

Dejé escapar un grito ahogado. ¡Argh!

Jameson, ese astuto bastardo, ¡me había engañado! Sabía lo que me movía, ya que nos conocíamos desde hacía media eternidad. Así que su provocación estaba hábilmente dirigida a sacarme de mi reserva con respecto a Violet.

Estaba atrapado.

Maldita sea.

—¿Te estás follando a tu cliente pro bono, Landon? ¿Hablas en serio?

—No la obligué a hacerlo, si te refieres a eso —respondí enérgicamente.

—¿Estás tonto? Claro que no. Ese no es el sonido de una mujer siendo forzada a tener sexo.

—¿Ah, no? Entonces, ¿a qué te ha sonado?

Jameson me guiñó un ojo de forma conspiratoria. —Dispuesta, voraz e infinitamente cachonda por ti.

Asentí imperceptiblemente y sentí un enorme alivio al ver que Jameson obviamente compartía mi impresión. Es decir, que Violet no se había entregado a mí por culpabilidad.

—Pensaba que la encontrabas totalmente molesta. Entonces, ¿por qué le metes la polla?

—No es tan mala como pensé al principio. Además, no me tiene que gustar para acostarme con ella.

—Pero sí te gusta.

—No lo sé.

—Eso no era una pregunta, Landon West, era una afirmación de hecho.

—No digas tonterías, Jameson. ¿En qué te basas?

—En la forma en que te la tiraste.

—Señor de los cielos, por favor ayúdame —supliqué—. Estoy rodeado de bichos raros sin remedio y corro el riesgo de cometer un pecado mortal para hacerles callar.

—¡Tú me lo pediste! Si quieres que me calle, no deberías hacerme preguntas, tío —protestó Jameson.

—Esa es tu primera buena idea, tu primera frase con sentido desde que apareciste por aquí: vamos a callarnos.

—Lo que tú digas. Estoy deseando contarles a Damian y a Grace lo de tu sexo en la oficina con Violet. Podrían poner ojitos. —Jameson rio alegremente.

—¡Ni una palabra les dirás si valoras tu vida! —siseé enérgicamente.

—Oye Landon, colega, eres abogado, ¿no? Entonces seguro que sabes cuántos años te caen por amenazar e intimidar a testigos. Y por asesinato aún más. Si quieres meterle la polla al ratón

bailarín una vez más antes de que seas demasiado viejo para que se te levante, quizá deberías moderar un poco tus amenazas. Y ahora vamos a comer algo. Se me ha abierto el apetito después de esa descarada actuación porno. Aunque sólo haya mirado y escuchado —bromeó y se dirigió a los ascensores, silbando alegremente—. ¿Vienes? ¿O va a volver la chica para una segunda ronda? En ese caso, haré que te traigan algo al despacho.

Gruñí enfadado y me puse a su altura. —Tío, cállate y deja el tema.

—Ni hablar —sonrió Jameson—. Ahora que ya no puedo meterme con Damian y su desesperado amor por Grace, necesito una nueva víctima con la que meterme.

CAPÍTULO 12

Violet

—HOLA, señoritas.

Levanté la cabeza y fruncí el ceño, sorprendida.

Landon estaba en la puerta, sonriéndonos amablemente a Bree y a mí.

Al verle, se me revolvió el estómago. Al mismo tiempo, un sonrojo delator me subió por el cuello.

—Hola. ¿No ibas a llamar? —le saludé.

¿Por qué de repente mi voz sonaba tan ridícula?

¡Cielos!

Landon entró y se acercó a mi escritorio, donde acarició burlonamente el tablero de la mesa y se inclinó hacia mí.

—La verdad es que sí. Pero las visitas espontáneas a la oficina como ésta pueden ser bastante excitantes a veces. ¿No te parece?

Me sonrojé y me miré las manos.

Landon se rio en voz baja. No parecía tan avergonzado por la situación como yo. Al contrario. Estaba claro que disfrutaba viéndome tan avergonzada.

—¿Cómo ha ido? —dijo Aubree desde el fondo—. ¿Ha habido suerte?

Landon se volvió hacia ella y yo respiré aliviada.

—No —respondió, metiéndose las manos en los bolsillos del pantalón—. Hay buenas y malas noticias.

—Cualquier otra cosa sería demasiado fácil —suspiró Bree cabizbaja.

—Cuéntanoslo, por favor —le insté, amasando nerviosamente las manos en mi regazo.

Esta vez, sin embargo, no era por la ofensiva de encanto de Landon, sino por el futuro incierto de la escuela.

—Me preguntaba cómo se iba a llevar a cabo esta venta, ya que vosotras tenéis un contrato de arrendamiento válido y en vigor con la empresa que actualmente es propietaria del edificio. Y eso no se puede cancelar tan rápida y fácilmente. Y menos con proyectos sociales financiados por el Estado.

—¡Sigue! Sigue hablando —instó Aubree a Landon cuando éste se calló para echar un vistazo a su teléfono móvil.

—Perdona. ¿Dónde estaba? —preguntó—. Ah, sí. En el contrato. Es así: El contrato dice que tienes que cuidar y mantener el edificio. Por dentro. La fachada exterior no es vuestra

responsabilidad.

—Así es —estuvo de acuerdo Aubree—. Ya lo sabemos.

—La empresa propietaria tiene derecho a inspeccionar el edificio para asegurarse de que está en buenas condiciones y de que estás cumpliendo tus obligaciones como es debido.

—Eso también es cierto. La última inspección fue hace sólo uno o dos meses —asintió Aubree.

—Y las cartas diciéndote que desalojaras el edificio empezaron poco después, ¿no?

Aubree se comió la uña pensativamente. —Hmm, tienes razón. Curioso.

Landon negó con la cabeza. —No tiene nada de raro. Porque durante la inspección se encontraron y enumeraron numerosos defectos. Estos defectos hacen que exista una cláusula en el contrato de arrendamiento que permite a la empresa rescindirlo anticipadamente. Y eso a su vez hace posible la venta.

—¿Defectos? ¿Qué clase de defectos? —gritó Aubree enfadada.

—¿No te han enviado una copia del informe?

Aubree se levantó y hojeó una de las carpetas de la estantería que tenía detrás. Luego se acercó a Landon y le puso un documento delante de las narices. —¿Esto?

Landon se lo cogió y frunció el ceño.

—Eso es. Eso es —refunfuñó con los ojos recorriendo las líneas del documento.

—¡Pero si ahí no hay nada serio! —se quejó Aubree.

—Un retrete que no funciona, tablas del suelo sueltas, una pared de espejos agrietada, yeso que se desmorona, una cerradura de puerta estropeada... —enumeró Landon.

—Sí, sí, conozco la lista. Pero eso nunca había sido un problema. Todas son nimiedades. No suponen ningún peligro para nadie, ni siquiera para el edificio. No es como si las paredes estuvieran mojadas o se estuviera formando moho en alguna parte.

—Es suficiente, Aubree. Suficiente para demostrar que no estás cumpliendo adecuadamente con tus obligaciones contractuales y que estás poniendo en peligro el valor de la propiedad.

—¿Qué?, eso es una tontería!

—Aubree —la amonesté— creo que Landon sabe de lo que habla. No tiene sentido dudar de él.

—¿Perdona? ¿Ha pasado algo, Vi? ¿Por qué te pones de su parte últimamente? —Aubree miró escépticamente a un lado y a otro—. ¡Dios mío! —Se tapó la boca con la mano para ahogar su grito—. Os lo estáis montando.

—No —grité alarmada, pero la sonrisa de superioridad de Landon nos delató.

—¿Cuánto tiempo lleva pasando esto? ¿Habéis estado desnudos en la cama de Landon después de la batalla de baile en el Slash?

—Bree, ya basta —siseé en tono de advertencia, pero Landon se partió de risa, dándole un empujón innecesario.

—¿Lo vas a reconocer o qué? —Bree puso cara de ofendida.

—Lo que quiero es encontrar la forma de salvar la escuela de baile. Me encantaría centrarme en eso ahora mismo, si te parece bien —respondí enfadada, mirando a Landon de forma exigente.

—En realidad hay una posibilidad —empezó.

—¿Cuál? —le interrumpió Bree esperanzada.

—Después de una inspección, tienes tres meses para rectificar los defectos y solicitar una nueva inspección. Si apruebas, la empresa no puede rescindir el contrato y éste continúa con normalidad. Al menos hasta la siguiente inspección. Según el contrato, esa inspección puede

tener lugar una vez al año. Mientras pases cada inspección al segundo intento como muy tarde, el contrato seguirá en vigor. Sin embargo, seré sincero: no te harán la vida fácil y buscarán activamente cosas por las que puedan acusarte.

—Eso ni siquiera es lo que más me preocupa —revelé con abatimiento.

—El dinero y el tiempo, ¿eh? —Landon adivinó mis pensamientos.

—Exactamente. La última inspección fue hace unas semanas. Para cumplir el plazo, tendríamos que responder casi de inmediato. Pero no puedo repararlo todo tan rápido y no dispongo de la liquidez necesaria. ¿De dónde voy a sacar ahora el dinero para todas estas reparaciones?

—Me ofrecería a prestártelo... —empezó Landon.

—Olvidalo, no. Ya estás haciendo bastante por nosotros. Más de lo que jamás podré devolverte.

Landonladeó la cabeza y levantó una comisura de los labios. —No estoy tan seguro de eso. Tu moneda está muy solicitada, literalmente.

—¿Qué clase de moneda es ésa? —volvió a intervenir Bree desde el fondo.

—Mejor deja que Vi te lo cuente —le guiñó un ojo Landon.

—Bueno, bueno, bueno. Llamándole Vi y todo. Por lo visto me he perdido bastantes cosas aquí en los últimos días. Debería llenar ese vacío de conocimientos lo antes posible.

Bree me lanzó una mirada de reproche y tuve la sensación de que iba a descender sobre mí como un enjambre de langostas en cuanto Landon saliera del despacho.

—Permítanme resumir para todos: ¿Así que la única forma legal de evitar la venta es rectificar los defectos encontrados en los tres meses siguientes a la inspección inicial?

—Así es —confirmó Landon—. He presentado una solicitud indicando que nos reservamos este derecho. Quizá pueda negociar un mes más, pero ni el mejor abogado del mundo podría conseguir más. La ley es demasiado clara en este caso.

—De acuerdo —asentí—. Gracias por investigarlo.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Voy a pedir presupuestos y a averiguar cómo conseguir dinero suficiente a tiempo para pagar las reparaciones.

—¿Cómo vas a conseguir suficiente dinero a tiempo? —Landon me miró con preocupación—. Los atracos a bancos son ilegales. Lo sabes, ¿verdad?

Arranqué una sonrisa confiada de mi cara, aunque por dentro parecía cualquier cosa menos confiada.

—Si me pillan, conozco a un buen abogado al que puedo llamar desde la cárcel.

—Cuando quieras —sonrió—. Aunque prefiero el Bronx a la cárcel. Y eso es mucho decir.

—Sabía que tarde o temprano te iba a gustar el Bronx —bromeé, ganándome un bufido burlón de Landon.

Pero de repente se puso serio.

El momento de decir adiós era inminente y ambos lo sentíamos.

El trabajo de Landon llegaba a su fin aquí y ahora. Y con él, nuestro tiempo juntos.

—Si decides hacer un trato, Vi, ponte en contacto conmigo para que pueda negociarlo por ti. Cuanto más tardes en decidirte, menos margen tendré para negociar.

—Gracias por la oferta. Pero lucharemos por esta escuela hasta el último día.

—Eso es lo que pensaba —suspiró—. Y no sé si me parece admirable o terco. Tal vez un poco de ambas cosas.

Me levanté y caminé hacia Landon con una sonrisa de disculpa.

—Estás delante de una salvadora del mundo sin disculpas. Eso ya no debería sorprenderte.

—Y aun así me sorprendes —replicó, dedicándome una mirada significativa que decía más de lo que las palabras podrían decir.

—Gracias por todo, Landon —dije con dificultad mientras la intensa mirada de Landon me hacía visiblemente más difícil respirar.

Le abracé y me permití saborear ese contacto íntimo durante unos segundos. Con nostalgia, sentí sus fuertes brazos envolviéndome y sosteniéndome. Dándome esperanza. Me hizo estremecer.

—Adiós —susurré mientras me separaba de nuestro abrazo.

—Adiós —murmuró Landon suavemente y me acarició la mejilla con los nudillos—. Cuídate, salvadora del mundo.



—¿Qué demonios me he perdido? ¿Qué hay entre tú y ese abogado capitalista buenorro?

—Nada —afirmé—. No hay nada.

—Pero no parecía nada. No me vengas con tonterías, Vi. Vosotros dos os lo habéis montado. Un ciego puede verlo a diez kilómetros de distancia.

Puse los ojos en blanco para mis adentros porque conocía a Aubree y sabía que seguiría sondeándome incansablemente hasta que me sincerara. Por eso pude sincerarme de inmediato y ahorrarme sus molestos interrogatorios.

—Vale, sí —le dije— estuvimos juntos en la cama. Aunque... eso no es cierto. Lo hicimos en el escritorio, no en la cama. ¿Estás contenta ahora?

—¿Sobre el escritorio? —A Aubree casi se le salen los ojos de las órbitas—. ¿En qué escritorio? ¿En tu escritorio? ¿En este? —Señaló mi viejo escritorio de madera con una mezcla de horror y asombro.

—No. En su mesa. En su despacho. Anoche.

—¿Qué? ¿De verdad? —Aubree se levantó de la silla y saltó emocionada hacia mí—. ¿Cómo te ha convencido? Creía que no le soportabas.

—Bueno... bueno, yo... ya sabes...

Tragué saliva. Si ahora le confesaba a Aubree que no fue él quien me convenció a mí, sino yo a él, echaría abajo todo el edificio con sus chillidos.

—Una cosa llevó a la otra y, de algún modo, simplemente sucedió... —me esforcé por hacer una afirmación deliberadamente vaga.

—¿Y cómo fue? —Aubree apoyó la barbilla en la palma de la mano y me miró con ojos impacientes—. Bueno, cuéntame, Vi. ¿Cómo fue el sexo con el pastelito de nata?

Me estremecí al recordar las sensaciones que Landon había provocado en mí. Su polla, sus manos, sus besos, su aliento, sus palabras...

—¡Vi! ¿Hola? ¿Qué tal el Seeexo? —Mi mejor amiga me devolvió al presente.

Con el corazón encogido, me desprendí de los pensamientos de la noche anterior y traté de no dejar traslucir mis emociones turbulentas. Lo último que Bree y yo necesitábamos en la situación actual eran más problemas de los que ya teníamos que resolver.

—Bien. Estuvo bien —revelé, subestimando la situación.

—¿Bien? —El desconcierto se reflejó en la voz y la expresión de Aubree—. ¿Sólo bien? No te creo. ¿Has ido al ginecólogo últimamente? ¿Está todo bien ahí abajo? ¿O sólo estás

tomándome el pelo para que no te quite el trozo de pastel de debajo de tus narices y me lo coma yo?

Me eché hacia atrás en la silla y miré divertida a Aubree. —De acuerdo. Ha sido inusualmente extraordinario, ¿vale?

—¿Inusualmente extraordinario?

—Sí. Digámoslo así: el hombre conoce su oficio. Y su polla. Sabe cómo hacer despegar a una mujer.

—¿Te hizo volar, cariño? —Aubree respiró soñadora.

—Lo hizo. Y de qué manera. Hasta las estrellas.

—Eso me hace estar feliz por ti —sonrió sinceramente—. ¿Y ahora qué? ¿Qué es lo próximo?

Esta pregunta más que justificada me hizo volver de repente de las estrellas brillantes a la tierra oscura y enfrentarme a la fría verdad.

—Nada —declaré con rotundidad, acompañada de un resoplido pesaroso—. Lo de ayer fue algo puntual.

—¿Estás segura? Porque a mí no me lo pareció. —Aubree frunció el ceño dubitativa.

—No digas tonterías. Sea lo que sea lo que creíste ver: No hay nada. El tipo cambia de tías como nosotras de ropa interior. Aparte de eso, Dios sabe que tenemos otros problemas. Pensemos dónde podemos encontrar dinero rápidamente para hacer las reparaciones necesarias.

Para mi alivio, Aubree dejó de lado el tema desagradable y se lanzó a mi petición.

—Sugerencia: yo haré la lista y me encargaré de los presupuestos. Mientras tanto, tú piensa qué fuentes de ingresos podríamos considerar que aún no hayamos utilizado.

—De acuerdo —coincidí con ella—. Empecemos.

CAPÍTULO 13

Landon

—¿QUÉ tal Italia? —saludé a Grace y Damian, que me llamaban desde Europa por videoconferencia.

—Preciosa —exclamó Grace y lanzó a su marido una mirada soñadora, que él devolvió con tanto amor que mi cabeza daba vueltas de tanta cursilería y romanticismo.

—¿Qué nos hemos perdido? ¿Cómo van las cosas con Violet Simonelli? —preguntó Grace con curiosidad.

Al parecer, Jameson no les había contado mi sórdida aventura de oficina con la mencionada Violet Simonelli. De lo contrario, la conversación con Grace se habría caracterizado por una dinámica completamente distinta.

—Puede conservar el contrato de arrendamiento por el momento si subsana los defectos del interior del edificio detectados en la última inspección dentro del plazo estipulado en el contrato.

—Eso suena prometedor —dijo Grace con alegría.

—Por desgracia, la verdad es que no —discrepé—. Hay mucho que renovar en el edificio. Nada demasiado grave, pero se ha acumulado mucho en los últimos años.

—¿De cuánto dinero estamos hablando? —quiso saber Damian.

—No puedo darte un precio exacto porque Violet aún no ha pedido ningún presupuesto. Pero no se trata sólo de reparar los daños actuales, sino también de prevenir los futuros. Para eso se necesita dinero. Y de forma continuada. Y no lo tiene. Tú mismo sabes lo ajustados que son los presupuestos estatales.

—¿Eso significa que va a perder la escuela? —Grace puso cara de consternación, despertando de inmediato el instinto protector de Damian.

—¿De verdad lo has intentado todo? —gruñó Damian, lanzándome una mirada sombría.

—Sí, lo he hecho. Pero este no es un caso grande y complejo en el que la ley deja margen para la interpretación y puedes maniobrar hasta conseguir una buena posición de partida con declaraciones de testigos y pruebas. El caso consiste en un contrato jurídicamente sólido entre dos partes, una de las cuales no ha cumplido suficientemente sus obligaciones contractuales.

—Podríamos prestarle el dinero —razonó Grace.

—Olvídalo. —Hice un gesto despectivo—. Ya se lo he ofrecido y lo ha rechazado de plano. En eso os parecéis bastante, Grace.

—¿Le ofreciste prestarle el dinero? —Damian se sorprendió.

—¿Por qué lo dices como si te acabara de confesar que quiero cambiar mi Porsche por un

Fiat Multipla?

—Porque ambos escenarios son igual de surrealistas, amigo.

—¿Te gusta? —susurró Grace con dulzura, regalándome ese rayo de sol que pondría de rodillas a cualquier hombre.

—Es totalmente molesta y testaruda...

—Así son todas las mujeres, si creyéramos a todos los hombres. Pero aún así te gusta, ¿no? —Grace sonrió con confianza.

Cuando no me está molestando y alterando, está bien, sí —subrayé descaradamente, con la esperanza de acabar con el tema.

Bastaba con que cada vez que entraba una llamada a mi despacho, secretamente esperaba que quien llamara fuera Violet, ofreciéndome la oportunidad de volver a verla.

Pero desde mi última visita, había habido silencio de radio entre los dos. Las preguntas en mi cabeza resonaban incesantemente y tan alto que podían rivalizar con un megáfono gigante.

¿Por qué me había elegido a mí aquella noche para olvidarse de sus preocupaciones? ¿Cuándo había decidido exactamente que quería sentirme entre sus muslos? ¿El sexo había sido una decisión espontánea? ¿O perseguía exactamente ese objetivo con su visita sorpresa de aquella noche?

Golpeé el pie con impaciencia. El molesto bucle sin fin en mi cabeza me estaba volviendo loco.

¿Desde cuándo me importaba por qué las mujeres querían acostarse conmigo? Lo único que importaba era que se acostaran conmigo. Que mimaran mi polla y la hicieran relajarse.

Y por suerte no tenía ningún problema con eso. Porque las mujeres siempre habían hecho cola para acostarse conmigo. Hasta entonces, no me había importado si era por mi cuerpo bien entrenado, que les resultaba atractivo, por mi polla hambrienta, que les hacía volar la imaginación, por mi dinero, que a veces les proporcionaba lujosas comodidades, o por mi encanto, que las halagaba.

Lo único que me interesaba y preocupaba de Violet era el por qué.

Y eso era realmente molesto.

Tanto que había quedado esta noche con uno de mis amigos, que sabía a ciencia cierta que me distraería de sus extravagantes fantasías sexuales.

—¡Landon! ¿Hola? —Grace me sacó de mis pensamientos con su voz angelical.

—Hola. Perdona, ¿has dicho algo?

—¿Dónde estabas? ¿Está todo bien?

No. Nada estaba bien. Pero no se lo diría a Grace o a Damian.

—Todo está genial, Grace. Sólo tengo una cita caliente esta noche y mi mente ya estaba en el postre que me espera allí —mentí, sabiendo que Grace definitivamente se lo creería.

—¿No te cansas nunca de este folleto insensible? —Grace puso los ojos en blanco con desaprobación.

—No. Basta con que uno de los tres se haya comprometido a la monogamia. Como la polla de Damian es toda tuya, Jameson y yo tenemos que trabajar el doble para satisfacer las necesidades de las mujeres de Nueva York.

—Pobre de ti —se rio— casi siento pena por ti. Pero sólo casi. ¿Qué te parece ahora mi propuesta?

—¿Qué tipo de propuesta?

—La del concurso de talentos de Colton.

—¿El concurso de talentos de Colton? —repetí sin comprender.

—Sí. ¿No me has escuchado antes?

—Landon sólo escucha las cosas que tienen que ver con el dinero, el sexo o ambas cosas, cariño —se burló Damian y besó a su mujer en el hombro.

—Ya lo he oído, imbécil —refunfuñé.

—De acuerdo entonces —contestó Damian y le guiñó un ojo a Grace, que le dedicó esa sonrisa amorosa reservada sólo para él que hizo que el corazón de mi compañero latiera diez veces más rápido.

—¿Qué clase de concurso de talentos? —interrumpí a los dos tortolitos durante sus inminentes preliminares.

—Colton, el cantante de The Outgang, en cuyos vídeos musicales aparezco a veces, organiza a partir del mes que viene este casting para promesas del baile, en el que busca un equipo que le acompañe como bailarines en sus actuaciones en Estados Unidos y en todo el mundo.

—¿Y me lo dices porque...?

—Los episodios individuales del espectáculo se emiten en directo por televisión. Ante una audiencia de millones de personas. Y el equipo ganador no sólo consigue un contrato con The Outgang, sino también una cantidad nada desdeñable de dinero en premios y mucha atención mediática.

—Suená muy bien. Pero creía que tenías tu programa completo hasta final de año, Grace.

—Yo también —Grace soltó una risita y lanzó una mirada de advertencia a Damian.

—Realmente no entiendes nada, Landon. Debería tener una charla con Jameson sobre tu futuro como abogado. Quizá sea hora de que tomemos caminos separados.

Le enseñé el dedo corazón a Damian a través de la cámara y él se limitó a reír estúpidamente.

Era mi mejor amigo, pero a veces me ponía de los nervios.

—No te lo cuento porque quiera participar, sino porque podría ser una gran oportunidad para Violet.

—¿Para Violet?

—Sí, para Violet. Si consigue formar un grupo que ella considere lo suficientemente bueno como para participar en una audición como esta, puedo hablar con Colton e intentar organizarle una audición para el espectáculo. Como Violet ya ha bailado para Colton una o dos veces, estoy segura de que se acordará de ella y posiblemente le dé una oportunidad.

—¿Quieres que Violet participe en un programa de televisión?

—En primer lugar, tendría que organizar una audición para ella. Luego, ella y su grupo tendrán que convencer a los jueces. Si lo consigue, estará en el programa, sí. Eso le daría a ella y a la escuela visibilidad en todo el país, la posibilidad de un contrato bien pagado y un premio en metálico que resolvería sus problemas por ahora.

—Eso suena totalmente increíble, Grace —dije en voz alta lo que estaba pensando.

—Si has agotado todas las opciones legales y no nos deja ayudarla económicamente, creo que es la única oportunidad que nos queda para asegurar el futuro de la escuela —respondió Grace, frunciendo el ceño.

—De ese modo, puede ayudarse a sí misma y no deberle nada a nadie —convino Damian—. Sólo le estamos dando un empujoncito. El resto lo tiene que hacer ella sola. Conserva su independencia y puede demostrar lo que vale. Créeme, amigo. Sé lo importante que es eso para mujeres como Violet. Porque da la casualidad de que me casé con uno de estos exquisitos especímenes.

Acarició cariñosamente la mejilla de Grace y le dio un beso en los labios.

Costaba creer lo enamorados que seguían. No se lo reprochaba, pero no podía negar que

sentía una punzada de celos en el pecho al verlos tan felices.

Estos celos ni siquiera iban dirigidos a Grace y Damian, sino al hecho de que encarnaban lo que yo era incapaz de hacer: el amor verdadero.

Sencillamente, no tenía aguante para más que relaciones esporádicas y aventuras de una noche sin complicaciones. Eso no solía molestarme. Ni siquiera me daba cuenta. Pero cada vez que veía a Grace y Damian juntos, ese punzón se clavaba en mi pecho y me recordaba dolorosamente que una conexión humana podía ir mucho más allá del sexo trivial. Que debía ser agradable encontrar a tu alma gemela con la que no sólo pudieras dormir, sino también hablar, bromear y abrazarte.

¿Acariciarse?

¡Cielos!

Yo no me abrazaba.

Jamás.

Algo estaba claramente mal en mí.

Ya era hora de quitarme de la cabeza las ridículas fantasías con osos de peluche.

Me sacudí los locos pensamientos de monogamia y me centré en el contenido de nuestra conversación.

—Violet tiene un grupo con el que actúa regularmente en un club llamado Slash, en Brooklyn. Fui a ver uno de sus conciertos.

—¿Lo suficientemente bueno para un programa de televisión?

Me encogí de hombros. —No sé. ¿Tengo pinta de ver castings en la tele?

Damian se inclinó más cerca de la cámara del portátil y levantó una ceja provocativamente.

—No, pero ves habitualmente vídeos musicales con chicas semidesnudas moviendo las tetas y el culo delante de la cámara. ¿Lo que viste en Slash fue mejor o peor?

Solté una risita divertida.

—Difícilmente se pueden comparar las dos cosas. Pero Violet tiene un talento innegable. Mucho talento. Y su grupo también.

—Entonces, ¿te parece bien que le pida a Colton que la audicione? —resopló Grace.

—¿No debería hablar con Violet primero?

—No quiero que se decepcione si no funciona. Déjame hablar con Colton y si él está de acuerdo, entonces hablas con Violet, ¿de acuerdo?

—¿De verdad crees que todo esto es una buena idea, Grace? —Miré con escepticismo la cara bonita y decidida de la mujer de Damian.

—Lo creo, sí.

—De acuerdo. Entonces intentémoslo —acepté.

—Sí —vitreó Grace, sonriéndonos a Damian y a mí a su vez—. Me pondré en contacto con Colton y os avisaré en cuanto sepa algo más.

CAPÍTULO 14

Violet

ME AJUSTÉ el vestido discretamente e intenté que no se notara mi incomodidad.

Cada minuto que pasaba en aquel restaurante de lujo, escuchando las aburridas conversaciones de mis compañeros de cena, me arrepentía aún más de mi decisión de aceptar la proposición de mi vieja amiga Trisha.

Trisha trabajaba como acompañante para una conocida agencia de Nueva York. Como tal, acompañaba a hombres de negocios adinerados a sus reuniones de negocios para cepillarles la barriga y presentarlos bajo una buena luz como un buen partido.

Todo era puramente platónico y sin contacto físico, me había asegurado.

Sus palabras resonaban en mi mente. Sólo tienes que sonreír amablemente, decir algo ingenioso aquí y allá y mostrar tu mejor cara.

Me encantaría, Trisha, pensé con rabia. Por desgracia, la mano de mi compañero, que seguía paseándose por mi muslo sin ser invitada, dificultaba mi trabajo.

Estaba tan ocupada intentando apartar suave pero firmemente la mano que me agarraba del muslo con una sonrisa encantadora, sin ofender su orgullo masculino, que apenas conseguía seguir la conversación.

Finalmente, el tipo pareció darse cuenta de que yo no estaba en el menú del restaurante con estrellas Michelin y me soltó.

Respiré aliviada y me uní a la conversación con la elitista compañía.

El hombre al que acompañaba a su cena de negocios de esta noche era propietario de una gran empresa de limpieza comercial que operaba en todo el país. En consecuencia, la conversación en la mesa se centró en temas que me aburrían soberanamente.

Mi mirada vagó por el elegante restaurante, que estaba bañado por una agradable penumbra, y de pronto divisé a una pareja que acababa de entrar en el local y se disponía a tomar asiento en una mesa no muy lejana a la nuestra.

Landon.

Incapaz de apartar los ojos de él, observé cómo ayudaba a su despampanante compañera a quitarse su fina gabardina, sonriéndole de forma triunfante.

La rubia alta llevaba un vestido negro ceñido que le llegaba a medio muslo. Sus tacones, igualmente negros y mortales, la dejaban a la altura de los ojos de Landon. Y ella lo aprovechó descaradamente.

Agitó seductoramente sus largas pestañas y se inclinó hacia él para susurrarle algo al oído,

tras lo cual él le acarició el brazo y le dio un beso en la mejilla.

Se sentaron uno cerca del otro y la rubia no perdió la oportunidad de poner sus pechos tentadoramente en el campo de visión de Landon. No se me había pasado por alto lo mucho que le fascinaban a Landon unos pechos bonitos. Y obviamente a la rubia tampoco.

Cerré los puños y, sin querer, fui testigo de cómo cuchicheaban y reían juntos. Obviamente, hoy no era su primera cita. Eso significaba inevitablemente que esta mujer ya había disfrutado de la muy satisfactoria destreza sexual de Landon y quería más esta noche.

¿Quién podía culparla?

Ser follada por Landon equivalía a un masaje corporal completo con manicura, pedicura y baño de rosas con leche y miel.

Aunque habían pasado unos días desde nuestra pequeña aventura, seguía estremeciéndome cada vez que recordaba los sentimientos de euforia que había provocado en mí.

Como si Landon pudiera sentir que estaba pensando en él, levantó los ojos en ese momento y me miró directamente a la cara.

Mierda.

Aparté la mirada, sorprendida, intentando ocultar a Landon el rubor que encendió mi cara.

Por si mi llamativo acecho no fuera lo bastante embarazoso, mi cliente volvió a ponerme la mano en el muslo en ese momento y empezó a darme palmaditas sin invitación.

Apreté los muslos entre sí, pero eso no impidió que moviera la mano hasta mi rodilla desnuda e intentara meter su mano entre mis muslos.

Carraspeé disculpándome y le agarré la mano con fuerza para impedir que siguiera metiéndome mano.

Para mi disgusto, mi cliente lo interpretó como un gesto de afecto y me sonrió con complicidad.

—Después de cenar, soy todo tuyo, cariño —susurró y me plantó un beso húmedo en el hombro que hizo que se me revolviera el estómago de asco.

Me puse rígida y resistí el impulso de levantarme y salir corriendo inmediatamente.

Necesitaba este trabajo.

La agencia pagaba muy bien. Tal vez si veía a un cliente cada noche durante las próximas semanas, además de mi trabajo en Slash, podría conseguir que las reparaciones se realizaran a tiempo y las facturas se pagaran con rapidez.

Por supuesto, Aubree no sabía nada de estos ingresos extra. Sólo la condenaría o insistiría en participar. Pero bastaba con que una de nosotras se vendiera. Yo no vendía mi cuerpo, al menos no directamente, pero seguía sintiéndome como una prostituta barata a la que los escurridizos clientes reducían a su apariencia. Un bonito envoltorio de caramelo que tenía que servir para alimentar las fantasías de los hombres y halagar sus egos.

Trisha no había ocultado que algunos clientes le ofrecían una buena cantidad de dinero por chupársela después de las citas de negocios o por dejar que se la follaran. Y la agencia también toleraba estos encargos privados adicionales, como los llamaba Trisha. Pero yo descartaba vehementemente este tipo de servicios para mí.

Por mucho que amara la escuela y a mis chicos, no vendería mi cuerpo. A nadie.

Mientras los camareros retiraban los platos, me disculpé con los presentes con el pretexto de tener que ir al baño.

Miré en dirección a Landon. Había girado su silla para que nuestra mesa estuviera directamente en su campo de visión. A diferencia de antes, ahora su postura parecía tensa. Tenía una expresión sombría en la cara que ni siquiera los grandes pechos de su acompañante, que se

cernían tentadores delante de su nariz, podían disipar.

Cuando captó mi mirada, se inclinó hacia la rubia y le pasó el pelo por detrás del hombro. Ella estiró el cuello desnudo hacia él y cerró los ojos en espera del apasionado beso con el que Landon estaba a punto de cubrirle el cuello.

Me aparté y corrí literalmente hacia los aseos porque me invadió un reflejo nauseabundo ante la dolorosa visión.

Me detuve en una zona oscura del restaurante y parpadeé para orientarme en la penumbra. ¿Me había perdido?

Según el cartel del guardarropa, los aseos estaban en esta parte del restaurante. Pero a mí me pareció más bien un almacén que comunicaba el restaurante con la entrada de reparto.

Me di la vuelta para volver por donde había venido y me sobresalté cuando mi cliente apareció justo delante de mí, impidiéndome el paso con su regordete cuerpo.

—Hola, guapa —me dijo, acortando la distancia que nos separaba—. Aquí estoy. Tu excusa ha sonado muy creíble. Eres una actriz excelente.

—Hola Nathan. ¿Tú también buscas los aseos? —Intenté tragarme mi creciente ansiedad y pensé febrilmente en cómo deshacerme del tipo sin ofenderle ni enfadarle.

—Te estoy buscando a ti, cariño. No tenemos mucho tiempo, pero suficiente para un pequeño aperitivo.

Me agarró de la muñeca y tiró de mí hacia una de las esquinas de la oscura habitación.

—Sácamela —me ordenó, relamiéndose los labios cubiertos de sudor.

—Nathan, siento si sin querer te he hecho sentir que quiero algo más de ti que una comida de negocios. Pero en realidad sólo estoy buscando el baño —le expliqué con una sonrisa amistosa, con las comisuras de los labios crispadas por el nerviosismo.

—Así que eres uno de esos ratones tímidos que no quieren hacerlo en público —se rio—. No hay problema, cielo. Puedes chupármela en el baño. Vamos.

Su mano me agarró con fuerza del brazo y me arrastró impaciente detrás de él hacia el pasillo, que no estaba muy lejos y conducía claramente a los aseos. Con las prisas, no le había visto.

—Nathan, por favor, suéltame. No tengo intención de hacer nada más allá del acuerdo puramente profesional.

—Profesional está bien —se rio maliciosamente el hombre fornido de unos cincuenta años—. Eres una profesional, ¿verdad, cariño? Así que no seas tan tímida y préstale un poco de atención a mi polla. Te ha estado deseando toda la noche.

Nathan me empujó contra la pared y se frotó contra mí.

—¿Puedes sentir lo preparada que está para ti? Ahora sácala y abre la boca. Pagaré extra también, no te preocupes.

—Nathan, por favor.

Empezaba a quedarme sin opciones. Como mujer que frecuentaba el duro Bronx día sí y día también, me resultaba fácil rechazar a este prepotente. Pero si lo hacía, se quejaría de mí a la agencia y me echaría.

Eso significaría que la última oportunidad de conseguir dinero rápidamente desaparecería.

Después de eso, mi única opción real era robar el banco.

—Me excita la forma en que te haces la dura, cariño —susurró y me acarició el pecho izquierdo a través de la fina tela del vestido. Con la otra mano, buscó mi trasero.

—Nathan, déjame que te lo vuelva a dejar muy claro: no tengo ningún interés en chupártela ni en acostarme contigo. Suéltame ahora mismo.

—No querrás que llame a la agencia y me queje de tus servicios, ¿verdad? Así que sé una buena chica y haz lo que te digo —me susurró al oído y acercó su boca a mi cuello.

Pensé en apartarlo de mí con una patada entre las piernas. Como había practicado cientos de veces en mi curso de defensa personal. Pero antes de que tuviera la oportunidad de defenderme, Nathan ya se me había quitado de encima y se había estampado contra la puerta cerrada del baño con toda su fuerza.

—Quítale las manos de encima, gilipollas —gritó una voz helada que reconocí como la de Landon.

Volví la cabeza hacia un lado y vi a Landon de pie a mi lado, furioso, con el rostro enrojecido de rabia, clavando los ojos en Nathan.

—¿Por qué te metes? Esta es una conversación privada entre mi cita y yo —dijo Nathan indignado.

—Esta conversación ha terminado de inmediato, gilipollas —siseó Landon, amenazante frente a Nathan—. Sal de aquí antes de que me saques de mis casillas y te arranque los dientes uno a uno.

—¿Qué crees que estás haciendo? —Nathan resopló enfadado—. La señorita está aquí conmigo por su propia voluntad.

—La señorita acaba de decirte que no está interesada en chuparte la polla o follarte. Luego la presionaste e intentaste chantajearla. Eso es ilegal.

—¿Quién lo dice?

—Lo digo yo. Y da la casualidad de que me gano la vida con las leyes. Así que, si no quieres que yo mismo te meta entre rejas, lárgate de aquí ahora mismo. Y no te olvides de hablar bien de esta señorita a la agencia. Si me entero de lo contrario, te encontraré y acabaré contigo. Puedes contar con ello, gilipollas. Ahora lárgate de aquí antes de que cambie de opinión y haga que te detengan delante de tus socios por agresión sexual.

Observé al gordo seboso con la boca abierta, incapaz de moverme. Estaba claro que mi cerebro tardaba demasiado en comprender y procesar lo que estaba pasando.

No fue hasta que Nathan se apartó con la cabeza gacha que las cuerdas nerviosas llegaron a mi cerebro y me despertaron de mi estupor.

—Landon... no puedes estar... te has... ¿estás loco? —balbuceé, alisándome la ropa trastornada con movimientos frenéticos.

—¿Estoy loco, Vi? —me gritó enfadado— ¿Yo? Está clarísimo quién de los dos está loco.

—¿Qué se supone que significa eso? —le grité.

—¿No estás en tus cabales, prostituyéndote?

Landon pateó la pared con todas sus fuerzas y soltó una retahíla de maldiciones.

—No me prostituyo. Trabajo como acompañante. Acompaño a hombres de negocios a reuniones de negocios y les hago compañía.

—Así es —rio Landon con sarcasmo—. En mis reuniones de negocios, siempre empujo a mis acompañantes contra la pared y las obligo a chupármela contra su voluntad mientras las manoseo indecentemente.

—¿Reservas acompañantes? No pensé que necesitaras eso —le provoqué, alimentado por su humor subterráneo.

—Claro que no contrato acompañantes, Vi. Deja de desviar el tema.

—¿Qué tipo de tema? ¿Y por qué te involucraste en primer lugar? Lo tenía todo bajo control. Hasta que apareciste tú.

—El tipo casi te viola. ¿Llamas a eso tenerlo todo bajo control? ¿Te han cagado en el cerebro

o qué coño te pasa?

Exhalé con rabia.

—¿Por qué me hablas así, Landon?

—Como le hablas a una puta —me espetó, con los ojos brillantes— ¿Cuánto tengo que pagarte para que me chupes la polla?

Sacó su cartera del bolsillo trasero y empezó a sacar una serie de billetes de cien dólares.

—Dime, Vi. ¿Cuánto cuesta una mamada contigo? ¿Me harás un descuento por volumen si te follo después?

—¡Basta, Landon! —Lágrimas calientes brotaron de mis ojos.

—Tendrás una lista de precios, Vi. ¿Y el sexo anal? ¿Cuesta más? ¿Y si me apetece un gangbang? ¿Cuántas pollas puedes trabajar?

—No digas eso —grazné entre lágrimas—. ¿Por qué haces esto?

—¿Por qué estoy haciendo esto? ¿Yo? —Los ojos de Landon me miraron con una frialdad que me heló la sangre. Sus manos temblaban de rabia. Su pecho vibraba bajo su temblorosa respiración.

—¿Por qué te prostituyes, Violet? ¿Por qué?

—¡No me estoy prostituyendo, joder! Y aunque lo hiciera, ¿qué te importa? No es asunto tuyo lo que hago ni con quién lo hago. ¿Por qué no te alegras de haberte librado de la jodida salvadora del mundo y te ocupas de la rubia cuyas tetas te hacen babear? Seguro que te está esperando ansiosa.

Con estas palabras, me aparté de la pared y salí a toda prisa del elegante restaurante.

Cuando salí del restaurante al suave aire de la noche de verano, las primeras lágrimas traidoras gotearon por mi mejilla y me hicieron querer escapar de aquí lo más rápido posible.

Lejos de este restaurante. Lejos de Landon.

CAPÍTULO 15

Landon

ESTABA FUERA de mí de rabia mientras veía a Violet salir del restaurante a toda prisa.

Pero no iba a escaparse de mí tan fácilmente.

No después de aquella peligrosa e imprudente gilipollez.

La seguí a pasos agigantados e hice todo lo posible por no destrozar medio restaurante en el proceso.

Mi rabia contenida buscaba una salida. Quería salir.

Y por Dios, estaba enfadado. Muy enfadado.

Mi cuerpo y mi mente estaban literalmente dominados por esta rabia fría y caliente.

Abrí la puerta de un empujón y descubrí a Violet en la calle, buscando un taxi.

—¿Adónde vas? ¿Ya ha terminado tu turno? ¿Has conseguido suficiente dinero? —Me acerqué a ella furioso.

—¿Qué quieres de mí, Landon?

Se volvió hacia mí con la cara llena de lágrimas. Tenía los labios hinchados. Se le había corrido el rímel de los ojos. Sus mejillas tenían un ligero tono rojo. Aferraba su pequeño bolso y se miraba los dedos de los pies avergonzada.

Me aparté de ella porque no podía soportar la triste imagen de aquella mujer fuerte e independiente. Mi ira se mezcló con el miedo y el horror. Este cóctel tóxico de emociones me abrumó por completo.

No entendía lo que me estaba pasando. Mis sentimientos me abrumaban. Me aplastaban. Me confundieron por completo.

—Landon, cariño, ¿estás bien? —Brittany salió pavoneándose del pub hacia nosotros y miró interrogante a Violet— ¿Quién es esa?

—Es Violet. Una cliente. Y no, no pasa nada. Voy a llevar a Violet a casa. Como puedes ver, no está bien.

—Eso no es necesario —objetó Violet—. Estoy perfectamente.

—Sí, claro —resoplé—. Así es como te ves tú también: Perfectamente bien.

—Te pido disculpas por interrumpir nuestra velada —se volvió hacia Brittany y me ignoró—. Tengo que irme.

—Violet, espera un momento. Yo te llevo —dije.

Pero Violet ni siquiera se giró para mirarme, se limitó a negar con la cabeza mientras caminaba por la calle, buscando un taxi.

—Déjala ir si no quiere. Volvamos dentro, cariño —dijo Brittany, acurrucándose en mí.

—No puedo dejarla sola en este estado.

—¿Pero qué ha pasado?

—Una larga historia —rebatí—. Escucha, Brittany, tengo que solucionar esto. No puedo abandonarla a su suerte.

—No puedes. Mira, está subiendo a un taxi —Brittany señaló en la dirección en la que Violet se había ido y, efectivamente, en ese momento Violet subió a un taxi que la estaba esperando y se marchó unos segundos después.

—Como puedes ver, todo está bien. ¿Podemos volver dentro y continuar donde lo dejamos antes?



En realidad, la velada con Brittany debía distraerme de los constantes pensamientos sobre Violet.

No tenía ni idea de que me encontraría con la anticapitalista Violet en uno de los restaurantes con estrella Michelin más caros de Manhattan.

La relajada velada que esperaba pasar con Brittany se esfumó como el aire tras mi encuentro con Violet.

Brittany hizo todo lo posible por llamar mi atención, pero yo ya no estaba de humor para dejar que me calentara y luego follármela a fondo. Aunque sabía lo bien que te lo podías pasar con Brittany. Porque Brittany sabía cómo hacer que los hombres se sintieran más que importantes.

En lugar de pensar en el sexo salvaje y pervertido con Brittany, seguía pensando en Violet.

En la terrible situación en la que la había encontrado. Indefensa. Acosada. Amenazada.

El recuerdo del tipo que intentó salirse con la suya todavía me erizaba el vello de la nuca.

Por suerte, el tipo se había marchado poco después de que yo volviera al restaurante. Suerte. Porque en mi estado de ánimo actual, pensé que era muy posible que le hubiera dado una paliza delante de todos en el restaurante.

Sólo verlo me ponía furioso.

El odio que me invadió en cuanto lo vi con Violet me convirtió en una persona desconocida. Sentí que estaba completamente fuera de mí. Sentí que iba a perder los estribos.

Se me habían quemado todos los fusibles. Ver a Violet en el restaurante con el viejo que no paraba de meterle mano me había puesto furioso de celos. Cuando luego tuve que ver cómo la seguía hasta los lavabos con mirada pervertida y se frotaba discretamente su hinchada entrepierna, perdí los nervios. De miedo. De rabia. De desesperación.

Temía por Violet y por su seguridad. Este miedo fue eclipsado por una rabia desenfrenada. Rabia contra el tipo que se atrevió a agredirla. Rabia contra ella por humillarse tanto y ponerse imprudentemente en peligro. Rabia contra mí por no haberlo visto venir. Por haber subestimado hasta dónde llegaría Violet para salvar la escuela. Y como si eso no fuera suficiente caos emocional, la desesperación pura rugía dentro de mí entre todas las emociones salvajes. Desesperación de que no me dejara ayudarla. Que no me dejara acercarme a ella. Que me apartara. Que me dejara fuera.

¡Maldita sea! Esta mujer me estaba robando mi última pizca de cordura.

—¿Vamos a tu casa? ¿O a mi casa? Si quieres, podemos ir a un hotel. O podemos hacerlo en el coche —me dijo Brittany al oído y puso su mano en mi regazo bajo la mesa.

Empezó a frotarme la polla y me susurró al oído sus sugerencias explícitas.

Cerré los ojos y respiré hondo.

—Escucha, Brittany. Lo siento mucho, pero esta noche no estoy de humor. Te pediré un taxi, ¿vale?

La mano de Brittany se detuvo en mi regazo.

—¿He hecho algo mal?

—Dios, no —suspiré, apartando su mano de mi entrepierna. —Esto no tiene absolutamente nada que ver contigo.

—¿Tiene que ver con esa clienta tuya? ¿La que se subió llorando al taxi?

—Sí.

No quería mentirle a Brittany. No éramos pareja. Sólo dormíamos juntos de vez en cuando. Por eso ella no me reclamaba. Brittany era maravillosamente sencilla. Justo como me gustaba.

Y sin embargo, necesitaba algo más esta noche. A alguien más.

Necesitaba a Violet. La muy complicada, molesta y testaruda Violet.

Necesitaba saber que estaba bien. Que estaba a salvo. Y, de paso, quería aprovechar la oportunidad para echarle una buena bronca.

—¿Vas a verla?

—Yo... no tengo ni idea...

—No sé qué ha pasado entre vosotros dos, pero con lo ausente que has estado desde la pelea con ella, es obvio que significa algo para ti, Landon. Por eso deberías ir a verla y solucionar cualquiera que sea el origen de vuestra discusión.

—Gracias, Britt. Agradezco tu consejo —sonreí y le besé la mano.

—Puedes devolverme el favor la próxima vez que te vea —me guiñó un ojo— ya sabes cómo.



Pagué la cuenta y pedí un taxi a Brittany. Luego me dirigí al coche y me quedé inmóvil.

Había tantas emociones batallando en mi interior que sentía que iba a implosionar y explotar al mismo tiempo. Esta inquietud y desasosiego interior me estaba volviendo loco.

Y todo era culpa de Violet.

Arranqué el coche, decidido a ir a ver a Violet.

Las calles de Manhattan y Queens pasaron volando a mi lado sin que me diera cuenta. Sólo podía pensar en Violet. En el caos que provocaba constantemente. Y en las imprevisibles erupciones volcánicas que desencadenaba en mí...

Salté del coche delante del vetusto edificio de ladrillo donde vivía y busqué su nombre en los timbres.

V. Simonelli, estaba escrito en letras garabateadas en uno de los carteles. Al lado había una referencia inequívoca al tercer piso. Demasiado para la seguridad y el anonimato. Pero, ¿por qué seguía enfadada? Ya debería saberlo.

Pulsé algunos de los numerosos timbres y en cuestión de segundos sonó el timbre que abría la puerta principal y me permitía acceder al edificio.

Subí corriendo hasta el tercer piso y me detuve sin aliento frente a la puerta del piso de Violet.

Golpeé la puerta y grité su nombre, pero el interior permaneció en silencio.

Espera un momento, gruñí en mi mente.

En un segundo intento de que me abriera la puerta, pulsé el timbre. Pero tampoco respondió. Así que mantuve el timbre permanentemente pulsado para que el penetrante sonido se oyera en toda la casa.

—¿Qué es ese ruido? —oí desde el segundo piso— ¡Para ya!

Hice caso omiso de la queja y seguí tocando el timbre.

—Eh, joven, ¿qué es todo eso? —gritó alguien desde el piso de arriba.

No le presté atención y seguí pulsando el timbre.

—¿Qué quieres? —sonó por fin la voz de Violet a través de la mirilla.

Solté el timbre y di un paso atrás.

—Déjame entrar, Vi.

—¿Por qué debería?

—Porque si no seguiré llamando hasta que abras la puerta.

—Mis vecinos llamarán a la policía si haces eso.

Volví a la puerta y continué donde lo había dejado antes.

Cada vez más puertas se abrían de par en par y los gritos airados de los asustados vecinos penetraban en el piso de Violet desde todas partes.

Probablemente estaba despertando a medio edificio a esas horas de la noche. Pero eso me interesaba poco en ese momento. Me encogí de hombros y seguí llamando al timbre, sin impresionarme.

Por muy terca y obstinada que fuera la salvadora del mundo: Esta vez la superaría, eso estaba claro. Si venía la policía, tendría que llevarme esposado si quería que soltara el timbre.

—Para, Landon, y vete —me gritó Violet desde el otro lado de la puerta.

—Me temo que no puedo oírte, cariño. El timbre está demasiado alto —le grité—. Pero ya sabes cómo puedes cambiar eso.

Tras interminables segundos de silencio, oí a Violet abrir la cerradura del otro lado de la puerta.

Ya está. Ya era hora.

CAPÍTULO 16

Violet

—¿**INTENTAS** volverme loca o qué? —siseé enfadada mientras abría la cerradura y Landon aparecía en el umbral de la puerta, con el rostro cubierto de rabia.

—Qué graciosa —siseó, no menos enfadado, y me empujó de espaldas al piso—. Estaba a punto de preguntarte lo mismo. ¿Sabes leer la mente? Seguro que podrías ganar mucho dinero con eso.

—Muy gracioso. ¿Por qué no entras y te sientas? Ponte cómodo —le dije con una voz cargada de sarcasmo, ya que él se había invitado a pasar y ahora estaba sentado en la mesa de mi cocina con las piernas separadas y los brazos cruzados.

—Siéntate —ordenó en tono autoritario.

—¿Parezco un perro? —resoplé y cerré la puerta con un fuerte golpe.

Landon me escrutó de pies a cabeza, lo que me hizo sentir visiblemente incómoda. Me había olvidado por completo de cambiarme de ropa debido a su intrusivo ataque. Así que ahora estaba ante él descalza y con una camiseta deslavada y demasiado grande que me llegaba hasta los muslos.

Muy sexy. Nada sexy.

Pero, ¿qué me importaba lo que Landon pensara de mi atuendo?

No podía importarme menos.

Es más, ¡no debería importarme!

—No, no pareces un perro —terminó Landon—. Pero eso no significa nada. Porque tampoco pareces una puta. Pero obviamente eres una.

—No soy una puta —repetí con excesiva claridad para el arrogante bastardo, que me estaba evaluando con exagerado desdén.

—¿Ah, no? Entonces, ¿en qué consistía lo de esta noche, Vi? ¿Cuánto tiempo llevas haciendo esta mierda?

—Esta mierda se llama acompañamiento. Es un servicio de acompañantes profesionales para hombres de negocios de éxito y se paga muy bien.

—¿Seguro que has interpretado bien la palabra profesional en este contexto?

—Sí, maldita sea. Significaba que acompañé al cliente a una cena de negocios y le hago quedar bien. Eso era todo.

—Obviamente no lo era. Si no, no te habría arrastrado a un rincón oscuro e intentado follarte, Vi.

Me estremecí, sobresaltada, porque Landon golpeó con el puño la mesa de la cocina con tanta fuerza que las sillas de alrededor temblaron bajo la vibración de su golpe.

—En primer lugar, tenía la situación bajo control y me habría ocupado de él sin tu ayuda. En segundo lugar, no todos los clientes son tan perversos. Por lo visto, esta noche me he equivocado de cliente. Y en tercer lugar, ¿qué te importa a ti?

—¿Qué me importa? ¿En serio? Bastante. Me ofrecí a prestarte el dinero...

—Y afortunadamente lo rechacé —le corté.

—Y en cambio tú te prostituyes. —Se echó a reír amargamente y se frotó la cara con las manos—. Tú y tus jodidos juicios rápidos. Me pones de los nervios. Me pones de los nervios, Vi.

—Muchas gracias. Entonces, ¿por qué estás aquí y no en tu lujoso ático de Manhattan con tu novia rubia modelo?

—Porque una vez más has frustrado mis planes con tu última estúpida misión para salvar el mundo. Por eso.

—¿Debo pedirte disculpas ahora por intentar salvar el futuro de la escuela o qué?

—No. Bastaría con que encendieras tu cerebro de vez en cuando.

Me agaché y enterré la cara entre las manos. Este tipo me estaba afectando. Sus modales insoportablemente arrogantes, dominantes y mandones me estaban poniendo de los nervios.

Landon suspiró resignado. —Escucha, Vi. Si vas a prostituirte, hazlo conmigo.

Miré a Landon y fruncí el ceño, irritada. —Ya te he dicho cien veces que no voy a prostituirme, Landon.

—¿Ni siquiera conmigo?

—Y menos contigo.

—Lástima.

Estaba tan confundida por su perversa oferta que la cabeza me daba vueltas.

—¿Qué quieres decir? ¿Lástima? Creía que te molestaba y te enfadaba constantemente.

—Tú también lo haces. Y de qué manera. Pero tal vez la idea de tener mi propia puta me excita. Una puta propia a la que pueda follarle cuando quiera, como quiera, donde quiera y lo fuerte que quiera.

Entrecerré los ojos y luché por seguir respirando con calma. Landon estaba intentando provocar una pelea. Y lo hizo humillándome. Sabía que sus crudas palabras iban directas a mi corazón. Y quería que así fuera.

Obviamente, algo de esta precaria situación en el restaurante le había disgustado terriblemente. Se le notaba en la cara, aunque hacía todo lo posible por ocultármelo.

Sus puños cerrados, temblaban casi imperceptiblemente. Su voz sonaba peligrosamente calmada y cortante. Sus pupilas estaban anormalmente dilatadas. Su respiración era intermitente. Todo su cuerpo parecía tenso como un rayo.

Landon estaba extremadamente enérgico.

Casi temblaba.

Pero, ¿por qué?

—Así que quieres follarle, ¿verdad? ¿Por eso estás aquí?

Landon cogió el recipiente abierto de helado, del que yo había estado sacando helado de chocolate hasta su llegada para calmar mis nervios.

—No estoy aquí porque quiera follarte, Vi, no —susurró enfadado, pinchando el helado con expresión gélida.

—Deja en paz el helado de chocolate. Es mío.

Landon ignoró mi advertencia con una mueca de desprecio y se metió una cucharada de

helado de chocolate en la boca.

—Lo digo en serio. No puedes aparecer aquí, insultarme y robarme mi comida para calmar tus nervios, Landon.

—Ya ves que puedo hacerlo —replicó él, poco impresionado—. Si no te gusta, ¿por qué no intentas detenerme? Veamos si tienes más éxito que con el sobón que estuvo a punto de violarte.

Landon se metió provocativamente una segunda cucharada de mi helado en la boca.

—Realmente sabroso —elogió con la boca llena.

—Vale, ya basta.

Me levanté y caminé hacia él.

—Dame la taza y la cuchara —le pedí con la mano extendida.

—Ni pensarlo —contestó Landon, mordisqueando y metiendo la cuchara en la taza por tercera vez.

Resoplé enfadada y le fulminé con la mirada.

Landon reconoció mi reacción con una mueca.

—Si te defendiste tan eficazmente con esa escoria, es un milagro que su polla no estuviera ya dentro de ti cuando os descubrí a los dos.

—¿Qué crees que estás haciendo, cabrón engreído? —grité indignada y agarré el helado que tenía en la mano con determinación—. Dámelo ahora —siseé e intenté arrebátárselo.

Pero Landon reaccionó con la velocidad del rayo. Se levantó de un salto de modo que su silla cayó al suelo con un ruido sordo y me tiró hacia él impetuosamente de la muñeca. Sin darme cuenta, me encontré atrapada entre él y la mesa de mi cocina.

—Vamos, Vi, contraataca —me exigió, tirándome de la coleta y obligándome a echar la cabeza hacia atrás.

Su aliento caliente me rozó el cuello y me hizo estremecer.

—¿Qué estás haciendo, Landon? —dije con voz temblorosa.

—Me estoy sirviendo de tu cuerpo. Para eso están las putas, ¿no?

Se metió la mano libre en el bolsillo del pantalón y sacó la cartera, tirándola descuidadamente sobre la mesa que teníamos detrás.

—Puedes quedártelo todo y ahora abre las piernas o empieza a defenderte.

Apreté los labios y, por segunda vez aquella noche, contuve las lágrimas que brotaban de mi interior ante el duro trato de Landon.

Solté un grito ahogado cuando sus frías palabras fueron sustituidas inesperadamente por besos calientes que ardieron en mi garganta como brasas.

Landon no era suave. Sus besos en mi piel parecían latigazos bárbaros y estaban salpicados de mordiscos furiosos y dolorosos. Rudo y despiadado, Landon clavó sus dientes en mi fina y sensible piel y me agarró las muñecas, asegurándose de que no pudiera escapar de él.

—¿Qué pasa ahora, Vi? ¡Lucha! ¿A qué esperas? —jadeó y deslizó su mano libre bajo el dobladillo de mi larga camiseta, justo entre mis muslos, donde me bajó las bragas de un potente tirón y me agarró descaradamente entre las piernas.

No me resistí y dejé que lo hiciera, para disgusto de Landon. Porque me miró furioso cuando no me resistí.

—Dime que pare, Vi. Dímelo. Dilo, joder.

Sacudí la cabeza, sin apenas darme cuenta, y parpadeé para apartar una lágrima.

—¿No? Así que eres una puta después de todo. Lo sabía. —Su voz destilaba sarcasmo y triunfo.

—¿Por qué haces esto? —susurré, forzándome a no gemir fuerte y ávidamente bajo sus

dedos, que se acercaban hambrientos a mí y me penetraban bruscamente.

—Ya te he dicho que me excita tener mi propia puta con la que puedo hacer lo que quiera. ¿Y a ti? ¿Por qué haces esto, Vi? ¿Por qué te prostituyes? ¿Por qué te humillas? ¿Por qué te pones imprudentemente en peligro?

Un huracán impredecible y destructivo se desató en sus ojos, haciendo que el corazón me latiera agitado.

Ira, desesperación, rabia, tristeza, miedo, excitación, pasión, odio. Todas estas emociones ardientes e incontrolables se arremolinaban salvajemente y se reunían en el iris color ámbar de Landon para formar el intimidante ojo de la tormenta que destruía todo a su paso.

Y de repente lo comprendí.

Entendí lo que estaba pasando.

Entendí por qué Landon estaba tan descontrolado y completamente asustado.

Estaba asustado.

La situación en el restaurante le había conmovido. Asustado. Le había hecho entrar en pánico.

Le había hecho entrar en pánico.

—Lo siento —afirmé sin aliento, acariciando suavemente la mejilla de Landon—. Siento mucho haberte asustado.

Cerró los ojos y tragó con fuerza, intentando ocultarme sus sentimientos. Pero no pudo hacerlo. No podía pasar por alto el brillo revelador de las lágrimas que brotaban de sus ojos.

—Date la vuelta —ordenó con un resoplido y me soltó.

Obedecí sin decir palabra y no me resistí cuando me agarró bruscamente por la nuca y me presionó la parte superior del cuerpo contra la mesa.

—No estoy aquí para follarte, Vi. Estoy aquí para castigarte por tus putos actos de hara-kiri —replicó, levantándose la camiseta para que quedara expuesta sobre la mesa frente a él.

—Entonces cástígame —susurré, con la ferviente esperanza de poder darle una salida para calmar sus emociones contenidas—. Hazlo, Landon. Cástígame.

Sentí los dedos de Landon acariciando tiernamente mis nalgas y cerré los ojos de placer. Pero ni un segundo después, volví a abrirlos bruscamente cuando Landon me dio una fuerte palmada en el trasero.

—Esta noche ha sido, con diferencia, tu idea más estúpida, Vi —siseó Landon, pasándose la mano por el culo una vez más para enfatizar el impacto de sus palabras.

—Eres un grano en el culo testarudo, incorregible y sin discernimiento. ¿Por qué demonios no lo entiendes?

Me dio una tercera bofetada. Esta vez en la otra nalga.

Abrí ligeramente las piernas para aliviar la dulce presión que se acumulaba entre mis piernas.

—Mierda, a ti también te gusta —susurró excitado Landon al notar mis muslos ligeramente abiertos y húmedos—. No quiero que te guste tu castigo, joder.

Me dio otro golpe, pero esta vez su mano golpeó la zona sensible y suave entre mis piernas.

Se me cortó la respiración y jadeé.

—Sigue así —gemí entre dientes apretados.

Landon soltó un gruñido desenfrenado.

—¡No depende de ti!

—Bien. Entonces no sigas —me burlé de él, ganándome otra bofetada dolorosa que se convirtió en placer caliente y hormigueante en mi piel.

—Cállate, Violet —retumbó Landon.

Le oí desabrocharse la hebilla del cinturón y bajarse la cremallera con fuerza. El crujido del envoltorio del condón me hizo estremecer.

Los dedos de Landon se deslizaron entre mis piernas y se encontraron con mi coño húmedo y goteante, que palpitaba casi tan rápido como mi corazón.

—No puedes hablar en serio, salvadora del mundo. No quiero que disfrutes de tu puto castigo.

—No lo disfruto. Lo odio —mentí, ante lo cual Landon metió su polla a lo largo en mi apretada entrada sin previo aviso.

—Me estás mintiendo. Pero no esperaba otra cosa de una puta mentirosa como tú —gruñó y empezó a bombear con fuerza dentro de mí.

—Dame un momento para acostumbrarme —jadeé, buscando desesperadamente el aliento mientras la polla de Landon me lo robaba por completo.

—¿Por qué crees que se te permite poner condiciones, Vi? Mantén los ojos abiertos cuando elijas una carrera. Estoy pagando para usarte.

Me mordí el labio inferior, comprendiendo que la ira de Landon estaba lejos de agotarse. Me hacía sentir con cada empujón lo mucho que le había decepcionado, asustado y disgustado.

El hecho de que hubiera conseguido desestabilizar hasta tal punto a aquel hombre duro, seguro de sí mismo e increíblemente atractivo me hizo reflexionar. Aunque eso no era del todo cierto. Me hubiera gustado pensar por qué yo, de entre todas las personas, había conseguido alterarle tanto. Pero Landon me estaba follando literalmente. Se clavaba furiosamente en mí y no conocía la piedad. ¿Quién podía pensar, por favor?

Alimentado por su primitiva y cruda excitación, mi deseo aumentaba con cada embestida, dando vida a mis instintos más bajos y profundamente ocultos.

Dejé el pensar para más tarde y me concentré en sentir. Y joder, qué bien me sentía. Increíblemente bien.

—A la cama. ¿Dónde está tu cama? —preguntó Landon con la respiración agitada y tiró de mí hacia arriba.

Me giró hacia él, me agarró y me sentó sobre la mesa. Sin vacilar, volvió a deslizarse dentro de mí y empezó a penetrarme con embestidas rápidas y certeras.

Eché la cabeza hacia atrás y saboreé la deliciosa presión de sentirle tan dentro de mí.

Landon me agarró del cuello y me obligó a mirarle.

—Deja de disfrutar y dime dónde está tu cama. En esta vida, si es posible.

Señalé con la barbilla el espacio que había detrás de él, a la derecha.

Me levantó sin esfuerzo y me llevó rápidamente a mi dormitorio.

Allí me arrojó sobre la cama y se subió encima de mí.

Le abrí las piernas de buena gana y me saqué la camiseta por la cabeza para entregarme a él completamente desnuda.

—Odio estar castigándote y que te guste —maldijo mientras me penetraba—. Obviamente, tengo que esforzarme más e ir más fuerte para que tu castigo sea efectivo.

Mi cama, que crujía rítmicamente contra la pared con cada una de las potentes embestidas de Landon, correspondía a sus palabras con hechos. Todos en este piso y en los pisos vecinos acababan de presenciar nuestro sexo duro y sucio. Mis vecinos me lincharían para siempre después de este alboroto. Eso estaba claro.

Clavé las uñas en el culo apretado de Landon y arqueé la espalda para recibir sus embestidas.

—Te odio, Landon —gemí con lujuria—. Este castigo es tan cruel.

Hizo una pausa y me miró.

Sus rasgos congelados se descongelaron ligeramente y casi me pareció ver un atisbo de sonrisa en sus labios.

Pero para entonces ya me había agarrado de las caderas y nos había girado para que yo estuviera tumbada encima de él.

—No queremos arriesgarnos a que tengas un orgasmo, ¿verdad? Al fin y al cabo, se trata de un castigo y no de un premio, aunque eso no parezca sentarle bien a tu indoblegable testarudez —me amonestó.

Hizo todo lo posible por sonar severo y gélido. Pero no pude evitar darme cuenta de que el sexo dominante le había relajado visiblemente y de que había perdido mucha presión en los últimos minutos.

Así que nos estábamos acercando al punto en el que podíamos dejar atrás los acontecimientos de esta noche, que nos habían conmocionado a ambos de maneras completamente diferentes.

—Vamos, Vi. Y no te atrevas a correrte.

Me incliné hacia él para que mi cara quedara directamente sobre la suya.

—¿O si no qué? ¿O me castigarás? Ya hemos visto lo bien que lo has hecho.

La parte superior del cuerpo de Landon se levantó. Succionó mi labio inferior entre sus dientes y le dio un mordisco. Al mismo tiempo, me agarró el culo con las manos y me penetró con pequeños y rápidos empujones.

Solté un gemido de impotencia, que Landon agradeció con un gruñido oscuro.

—¿Qué pasa ahora, Vi? ¿Necesitas una invitación extra o simplemente no estás a la altura?

Me liberó y me enderecé para montarle.

—No te atrevas a correrte. ¿Lo has entendido? —repitió una vez más con voz autoritaria.

¿Que no me atreviera a correrme?

Iba a correrme.

Y él no podía hacer nada al respecto.

Lo cabalgué sin prisas, saboreando la visión del hombre hermoso, aunque increíblemente feroz, que tenía debajo.

Tenía las manos agarradas a las sábanas y evitaba con vehemencia tocarme. Pero perdería este juego.

Sabiendo lo mucho que le gustaban mis pechos, empecé a rodearlos y a acariciarlos con los dedos índice y pulgar.

—Deja eso, Vi. Deja de tocarte —graznó con voz ronca.

Sentí cómo se hinchaba aún más dentro de mí e ignoré su tibia objeción. Lascivamente, dejé que mi mano derecha se pasara hasta mi clítoris, separé mis labios y empecé a frotar mi dulce perlita mientras seguía cabalgando a Landon con fruición y saboreaba ansiosamente su dura polla dentro de mí.

Dios, qué bien me sentía.

Empecé a gemir y aumenté el ritmo, cabalgándole con más fuerza.

Los gemidos de Landon se mezclaron con los míos cuando por fin soltó las sábanas y centró su atención en mis pechos. Los masajeó con una mirada llena de lujuria y observó con la boca ligeramente abierta cómo subían y bajaban bajo mi cabalgata.

—Eres tan increíble... —empezó, pero se detuvo bruscamente.

—¿Qué? —jadeé sin aliento por mi cabalgada sobre el poderoso y furioso semental que yacía bajo mí—. ¿Qué soy?

—Increíblemente molesta —susurró, estremeciéndose mientras frotaba mi húmedo clítoris contra su bien tonificado vientre.

—¿Ah, sí?

—Sí —murmuró y se sentó.

Me rodeó la espalda con los brazos y me estrechó contra él.

Seguí cabalgándole con sensibilidad y me retorcí bajo los besos y mordiscos que me propinaba en el cuello.

En esta posición tan íntima, mi perla se frotaba contra su vientre con cada movimiento de sus caderas, estimulándome además de su polla profundamente dentro de mí, sus labios en mi cuello y las yemas de sus dedos en mi columna vertebral.

—Increíblemente molesta e increíblemente atractiva —murmuró Landon contra mi oído—. Increíblemente testaruda e increíblemente sexy. Increíblemente temeraria e increíblemente seductora. Increíblemente voluntariosa e increíblemente cachonda.

Me mordió el hombro y gimió con fuerza cuando mi coño se apretó alrededor de su polla, atrayéndolo más adentro.

Sus palabras al oído, profundamente eróticas y jadeantes, me llevaron al límite. Clavé las uñas en sus musculosos hombros y anulé su orden de no correrme.

Me corrí.

Y de qué manera.

Lo cabalgué como si mi vida dependiera de ello, saboreando cada chispa de esta gigantesca explosión, prolongándola hasta que ya no pude sentir mis muslos.

Landon me siguió con no menos intensidad, desatando su rabia, su miedo, su desesperación, su excitación y su anhelo con un grito animal en la oscuridad de la noche.

CAPÍTULO 17

Landon

EL CORAZÓN me latía tan deprisa en el pecho que temí que me diera un infarto.

Violet se desplomó sobre mí y enterró la cabeza contra mi cuello. Su aliento caliente e irregular me rozó la piel por debajo de la oreja y me provocó un escalofrío por el cuerpo sudoroso.

Me quedé inmóvil, mirando sin habla al techo del vetusto piso.

¿Cuándo exactamente mi plan de regañar a Violet se había convertido en la decisión de echarle un buen polvo?

¿De dónde había surgido ese terrorífico impulso de poseerla? ¿De marcarla? ¿De hacerle sentir mal?

¿Tenía a la mujer más complicada, molesta e irrazonable que jamás había conocido tumbada encima de mí y no tenía nada mejor que hacer que meterle la polla y correrme dentro de ella?

¿Pero qué coño...?

—¿En qué estás pensando? —me ronroneó Violet al oído con satisfacción.

—En lo molesta que eres —refunfuñé y le pasé suavemente el pulgar por la espalda.

—Al parecer te gustan las mujeres molestas —susurró, mordiéndome juguetonamente el lóbulo de la oreja.

—No me gustan.

—¿Entonces por qué te acostaste conmigo?

Solté un gruñido molesto, sin querer pensar en la respuesta a esa pregunta.

—No sólo eres increíblemente molesta, sino que definitivamente hablas demasiado después del sexo, Vi —respondí bruscamente, con la esperanza de ahuyentarla.

Pero, por supuesto, mi brusco intento de deshacerme de ella fracasó. Vi se limitó a resoplar divertida y se acurrucó a mi lado. Resistí el impulso de detenerla para poder seguir sintiendo su cálido cuerpo contra mi piel húmeda.

—¿Qué? —pregunté indignado, mientras podía sentir literalmente su mirada cómplice clavada en mí.

—Nathan, mi cliente... —empezó, pero la interrumpí bruscamente.

—¿Puedes, por favor, no volver a mencionar el nombre de ese bastardo?

Violet me agarró de la barbilla y me obligó a mirarla. De mala gana, volví la cara hacia ella.

—No habría llegado a los extremos, Landon. Cuando pasas la mayor parte del día en el Bronx como yo, estás preparada para situaciones como ésta y sabes cómo defenderte.

—Pero no te defendiste —grazné, odiándome por mi voz quebradiza que hacía saber a Violet lo perturbado que me sentía al ver su indefensión.

—Porque no quería montar una escena. Esperaba que Nathan entrara en razón por sí mismo. Por desgracia, no lo hizo.

—Si no te hubiera encontrado... —Me interrumpí, la voz me fallaba.

—Entonces le habría dado una patada en las pelotas, le habría hincado el codo en el cuello y me habría liberado. Puedo enfrentarme fácilmente a un oponente como Nathan, Landon.

Me callé, intentando desterrar de mi mente las espantosas imágenes de Violet acosada y amenazada.

—No corría ningún peligro, Landon. La verdad es que no. Y siento muchísimo haberte asustado así.

Me puse de lado y apoyé la cabeza en la mano. Perdido en mis pensamientos, escruté a Violet, cuyos ojos color avellana me acariciaban suavemente con la mirada.

—¿Por qué no acudiste a mí? Te habrás dado cuenta de lo peligroso que es este trabajo de acompañante y de que rara vez se queda en una cena platónica.

—Mi amiga lleva años haciendo este trabajo y apenas ha tenido malas experiencias. ¿Cómo iba a saber que me tocaría un cliente tan prepotente en mi primer trabajo?

—¿Por qué este trabajo entre todos los trabajos que existen?

—Porque paga muy bien y necesito mucho dinero muy rápido.

—No quiero que hagas esto. Este Nathan fue tu primer y último cliente. Asunto cerrado.

Violet me besó el omóplato y dejó que sus uñas me recorrieran el pecho hasta el estómago. Tragué saliva e intenté mantener la cordura y no ceder a la ferviente lujuria que volvía a recorrerme las venas. Su mano me acarició los huevos y los masajeó con la presión justa.

Joder, esta mujer era la encarnación del diablo.

—¿Landon?

—¿Eh?

—Que vengas a mi piso y te corras encima de mí no significa que estés a cargo de mi vida.

Me incorporé de un tirón y me sacudí vigorosamente su mano.

La lujuria y la ira estaban tan unidas con esta mujer que me costaba controlar los nervios.

Me levanté y me quité el condón de la polla.

¿Te vas? —preguntó Violet detrás de mí.

—Sí —refunfuñé, molesto—. Al baño.

—Bonito culo —comentó riendo y dejó escapar un silbido sugestivo y apreciativo mientras yo salía de la habitación a pasos agigantados y me dirigía en dirección a donde creía que estaba el baño.

Me habría encantado darme la vuelta en el acto y ponerla de nuevo sobre mis rodillas por su descaro. Por desgracia, era evidente que disfrutaba al máximo de este castigo erótico. Por lo visto, en el futuro tendría que utilizar armas más duras.

Tiré el condón a la papelera y me lavé las manos.

De vuelta, me fijé en un aparador sobre la vieja chimenea del salón. En él había numerosos marcos de fotos.

Me acerqué y reconocí una versión más joven de Violet como una orgullosa primera bailarina. Su cuerpo menudo y frágil estaba envuelto en seda rosa y terciopelo. Su rostro parecía concentrado e inaccesible. Llevaba el pelo recogido en un moño. Tiene los brazos estirados horizontalmente, al igual que la pierna derecha. Sólo se apoyaba en la punta del pie izquierdo. ¿Cómo podía mantener el equilibrio en esa posición acrobática?

Me estremecí cuando dos brazos me rodearon las caderas por detrás.

—Eso fue hace mucho tiempo —susurró Violet, escondiendo su cara contra mi espalda desnuda.

—No sabía que fueras tan flexible. Desde luego aún no lo he notado durante el sexo —bromeé, porque no podía soportar la melancolía de su voz y el suave temblor de sus brazos.

Joder, es que no soportaba verla triste y vulnerable.

Preferiría mil veces discutir con ella y enfadarme con tal de que sus ojos chispearan de diversión en lugar de formar un destello plateado de lágrimas.

—Me guardaré el número acrobático sexy para los tíos que me traen helado en vez de robármelo —replicó burlona y me pasó la nariz suavemente por la piel.

—Eres bastante fácil de conseguir —salté ante su burla.

—¿Te das cuenta ahora? Si tuviera alguna expectativa del mundo de los hombres, difícilmente me iría a la cama contigo —replicó con calma.

Apreté los labios con fuerza y luché contra la amplia sonrisa que quería dibujarse en mi cara. Por desgracia, no pude evitar que mi cuerpo temblara bajo la vibración de la risa creciente.

Negué amistoso con la cabeza.

—Eres realmente insufrible, Vi.

—Tú también, señor imbécil pretencioso —resopló y me dio una palmada en el trasero, que hizo un fuerte ruido de bofetadas en el silencio nocturno del piso.

—Uhhh, sexy —soltó una risita— lo haré otra vez.

Me volví hacia ella y le sujeté las muñecas, riéndome.

—No hagas eso, provocadora. Será mejor que me prometas que dejarás tu trabajo de chica de compañía con efecto inmediato.

Violet respiró hondo y dejó salir el aire de sus pulmones ruidosamente. —Necesito el trabajo, Landon. Lo siento.

Le solté las muñecas y me pasé las manos por el pelo, frustrado. —¿Y si no lo necesitaras?

—¿Y si no lo necesitara?

—Sí —afirmé—. Si no lo necesitaras porque haya una alternativa. Una alternativa segura, bien pagada y más agradable.

CAPÍTULO 18

Violet

—**NO ME ACUESTO** contigo por dinero, Landon, si eso es lo que entiendes por alternativa—suspiré, dando un paso atrás.

—No, no me refiero a eso —comentó secamente—. Si alguien aquí debería pagar por sexo, deberías ser tú.

—¿Perdona? —me reí y crucé los brazos bajo el pecho, sabiendo muy bien que esa postura exhibiría hábilmente mis activos y despistaría a Landon.

—Me has oído bien. Sería justo que me pagaras por cabalgar mi polla hasta el orgasmo tan descaradamente.

—No me había dado cuenta de que además de abogado eras Playboy —bromeé y le aparté la mano de un manotazo cuando intentó agarrarme los pechos.

—No sabes muchas cosas —murmuró Landon y volvió a mi dormitorio donde recogió su ropa del suelo.

Le seguí y me apoyé en la puerta. —Entonces, ¿cuál es esa alternativa de fábula? ¿Me lo dirás?

Ignoré obstinadamente la sensación de hundimiento que se extendió por mi estómago al ver a Landon con ganas de marcharse.

—Ya conoces a Colton, el chico de The Outgang.

—Sí, claro. ¿Pero qué está haciendo?

—Está organizando un casting en el que busca una tripulación que le acompañe en sus conciertos por todo el país.

—¿Un equipo? —Enarqué las cejas con asombro.

—Un equipo de baile.

—Vale —respondí, estirándome.

—Grace usó sus contactos y te consiguió una audición con Colton. Si le convences a él y a los jueces, estarás en el programa.

—Pero... espera un momento. —Sacudiendo la cabeza, levanté la mano y traté de encontrarle sentido a lo que Landon estaba diciendo—. ¿Audición? ¿Presentación? No entiendo nada.

—Así que no sólo eres molesto, sabelotodo y testarudo, sino que también eres corta de entendederas. ¿En qué me he metido? —gimió Landon, ganándose un codazo juguetón de mi parte.

—Ahora ponte serio, Landon. Y si me permites decirlo: para ser abogado, tus declaraciones

son extremadamente imprecisas y poco estructuradas. Quizá deberías dejar tu trabajo de abogado y concentrarte en tu negocio de Playboy.

—Pero eso no me llevaría muy lejos si todos mis clientes son insolventes —resopló, señalándome con el dedo.

—¿Te refieres a tu trabajo como abogado o como chico de compañía?

—A los dos. Porque como cliente, eres un completo fracaso en ambos casos.

Hice una mueca y me dejé contagiar por la sonrisa traviesa de Landon. El tipo era un puto cabrón. ¿Y a mí? Me gustaba mucho.

Joder. Demasiado para ser una feminista independiente y fuerte.

Landon me hizo un gesto para que le escuchara. Asentí con la cabeza y escuché sus palabras con interés.

—He aquí un resumen para los mentalmente discapacitados de entre nosotros: The Outgang está organizando un casting en el que buscan un equipo que les acompañe como bailarines en su próxima gira por Estados Unidos y posiblemente más allá. Los distintos conciertos de este espectáculo se emitirán por televisión. Y el equipo ganador de este programa puede aspirar a un contrato bien remunerado, grandes premios en metálico y mucha publicidad. Grace ha hablado con Colton y ha organizado una audición para ti y tu equipo. Iréis allí, le mostraréis la actuación de gánster hip-hop que hicisteis en el Slash y os aseguraréis un puesto en el programa... —Se interrumpió y miró a su alrededor—. ¿Oigo el ruido de los engranajes de tu cabeza, que por fin empiezan a moverse, o es el lavavajillas?

Me atraganté con sus palabras y empecé a toser. Se me llenaron los ojos de lágrimas y se me nubló la vista. Intentar reír y gritar al mismo tiempo no era, obviamente, una buena idea.

—Tía, Vi. —Landon me dio una torpe palmada en la espalda—. Mírate. Eres la única persona que conozco que se suicida sin querer. Tienes que ser capaz de hacer algo así. ¿Cómo demonios has sobrevivido durante cuarenta años?

—Yo... soy... —jadeé, interrumpiendo mi frase con otro ataque de tos.

—Eres como una cucaracha. No se te puede matar. ¿Es eso lo que ibas a decir?

Meforcé por respirar mientras tosía y me reía al mismo tiempo.

—No, idiota. No tengo cuarenta años. Eso es lo que iba a decir.

—¿Ah no? —Landon fingió sorpresa.

—No. A diferencia de ti —contraataqué, sabiendo muy bien que aún le faltaban unos cuantos años para llegar a los temibles cuarenta.

Me guiñó un ojo y se sentó en la cama para ponerse los calzoncillos.

—¿Qué te parece la idea? Creo que deberías darle una oportunidad.

—¿Porque te impresionó tanto nuestra actuación en el Slash?

Landon me miró, haciendo que me estremeciera instintivamente. Había un fuego en su mirada que me hacía arder hasta el fondo del alma con sólo mirarle.

—Voy a decir esto exactamente una vez, Vi. Así que será mejor que me escuches con atención.

—Eso suena terriblemente teatral —sonreí con satisfacción.

Sin embargo, mi risa se desvaneció de repente cuando Landon se levantó inesperadamente y se puso tan cerca de mí que podía sentirle claramente, aunque ni siquiera me estaba tocando.

Me estremecí y saqué el cálido escalofrío que me recorrió la espina dorsal.

Joder.

¿Por qué demonios su proximidad provocaba en mí esas celestiales y dulces sensaciones de pudín de chocolate?

Ahora era el turno de Landon de sonreír. —Vaya. ¿Qué tímida de repente?

Me callé y miré fijamente a un punto de la pared detrás de él.

—Mírame, salvadora del mundo. Vamos. Por una vez no muerdo. A menos que me lo pidas, claro.

Levanté la cabeza a cámara lenta y clavé las uñas en las palmas de las manos para impedir que el nervioso aleteo de mi estómago me hiciera despegar.

Landon me pasó el pulgar por la mejilla y me dedicó una sonrisa que me hizo suspirar soñadoramente. Por suerte, tenía el suficiente amor propio para no hacerlo. Sin embargo, me cautivó con su mirada y me mantuvo completamente cautiva.

—Lo tienes todo, Vi, y estoy convencido de que vas a arrasarlo —susurró, bajando sus labios a los míos con tanta delicadeza durante una fracción de segundo que pensé que acababa de imaginarme el beso.

—¿Hablas en serio? le susurré y me humedecí los labios con la esperanza de que me diera otro beso.

—¿Qué si lo digo en serio? —repitió en voz baja, pasándome el dedo índice por los labios húmedos.

—Contigo nunca se sabe.

—¿Quieres decir que tengo una cara de póquer inescrutable?

—Quiero decir que dices tonterías la mayor parte del tiempo.

Landon soltó una carcajada y me estrechó entre sus brazos. Sentí la vibración de su risa extenderse por mi cuerpo y me sentí increíblemente cerca de él.

Demasiado cerca si no quería poner mi corazón en peligro.

—Esta es tu oportunidad de volver a los escenarios de los grandes espectáculos, Vi. No con un tutú rosa y con esas zapatillas planas y sin cordones, pero de todas formas ya estás fuera de la edad del ballet.

Me mordí el labio inferior para evitar soltar un grito ahogado. Por desgracia, las comisuras de mi boca, que se curvaron hacia arriba como una U perfecta, me delataron.

—Nadie piropea mejor que tú. Eso es seguro. Llegan directamente al corazón de una mujer —me burlé.

—¿Hay sarcasmo en tu voz?

—Nunca. Hablo muy en serio sonreí, con la voz cargada de sarcasmo.

—Muy bien, entonces. ¿Qué te parece mi propuesta? ¿Te apuntas? La audición es la semana que viene. El espectáculo empieza justo después. —Landon me agarró de los hombros y me fijó con fuerza.

—Déjame pensarlo, ¿vale?

—No. ¿Por qué quieres pensarlo ahora?

—Porque es algo muy importante, Landon. Por eso. Porque no me pediste que fuera a tomar un helado contigo, me pediste que hiciera una audición para un programa de televisión con una de las mayores estrellas del hip-hop de este país. Con mi equipo.

—¿Saldrías a tomar un helado conmigo?

Puse los ojos en blanco, molesta. —Eso ni siquiera está sobre la mesa ahora mismo.

—¿Por qué no? ¿También tienes que pensártelo?

Me encogí de hombros. —Posiblemente.

—¿Posiblemente? ¿Alguna vez te han analizado el flujo de corriente de tus sinapsis? Tardas un tiempo sorprendentemente largo en tomar las decisiones más simples, Vi.

—No —grité, dándole a Landon un jugueteón golpe de puño contra su musculoso brazo.

—No, ¿no te has hecho revisar la sinapsis? Entonces ya va siendo hora.

—No, no voy a ir a tomar un helado contigo.

—¿Por qué no?

—¿En serio estás preguntándome eso de verdad?

—Sí, claro que sí. Soy un tío guay. ¿Quién no querría tomar un helado conmigo?

Negué con la cabeza, divertida por su inquebrantable confianza en sí mismo unida a su alocado sentido del humor, y rebusqué en la cama mi camiseta para ocultarle el efecto empapado que estaba teniendo en mí su atractivo carácter.

—¿Entonces qué pasa con The Outgang, Vi? ¿Te apuntas? ¿Vais a hacer una audición? —me preguntó implacable.

—Lo pensaré, ¿vale?

—De acuerdo. Nos vemos mañana. Y como alguien tiene que comprobar que tus sinapsis no están holgazaneando hasta entonces, me quedaré aquí y veré cómo te lo piensas.

—¿Perdona? —me reí.

—Ya me has oído.

—No sé si puedo pagarte una noche entera. ¿Cuánto cuesta un Playboy como tú por una noche?

—Por una vez, me tienes gratis.

—¡Oh wow! Me siento como Richard Geere en Pretty Woman cuando le pide a Julia Roberts que se quede con él, no porque le pague, sino porque ella quiere por voluntad propia.

—¿Es esa la película en la que él es un rico hombre de negocios y ella es la prostituta de la que se enamora?

—Exacto.

—¿Así que me estás comparando con Richard Geere? —Landon se rio entre dientes.

No, con Julia Roberts. O más bien con la prostituta que interpreta en la película —respondí con calma.

—¿Así que tú eres Richard Geere? —La risita de Landon se convirtió en una amplia sonrisa.

—En cierto modo.

La sonrisa de Landon se ensanchó un poco más. —Aparte del hecho de que nada en ti me recuerda a Richard Geere y de que tú, queridísima Violet, eres claramente la prostituta de los dos, ¿significaría eso que estás en proceso de enamorarte de mí?

—Es sólo una película, Landon. Pura utopía —rebatí, esperando que no se diera cuenta de las marcas rojas que se me estaban formando en el cuello por sus aventuradas especulaciones.

—Por una vez, estoy de acuerdo contigo. El amor es pura utopía. —Hizo una mueca pensativa y se frotó la barbilla con la mano—. Excepto quizá para Grace y Damian. Pero supongo que las excepciones confirman la regla.

Permanecí en silencio, ya que no se me ocurría qué responder.

Afortunadamente, Landon interrumpió el sofocante silencio que reinaba entre nosotros con su animada charla, con lo que el tenso ambiente se desvaneció en un instante.

—¿Qué te parece la siguiente sugerencia, Vi? te vigilaré mientras piensas y no te quitaré ojo de encima. Y cuando tu cabecita bonita y testaruda empiece a echar humo de tanto pensar, nos daremos unos toqueteos y morreos para distraerte.

—Toqueteos y morreos, ¿eh? Así que eso es lo que quieres —me reí e intenté en vano poner cara de reproche.

Landon me guiñó un ojo conspirador y me tiró a la cama con él. Luego se puso encima de mí y acercó su boca caliente a mi oreja.

—Puede que tenga ganas de más. Corramos el riesgo.

CAPÍTULO 19

London

ESTABA de pie junto a la ventana de mi despacho, contemplando la noche, sumido en mis pensamientos, cuando oí el sonido de la puerta abriéndose detrás de mí.

Por un momento tuve la esperanza de que Violet me estuviera haciendo otra visita nocturna a la oficina. Pero cuando me di la vuelta, era Jameson y no Violet.

—Hola —suspiré y me metí las manos en los bolsillos del pantalón.

—Vaya, alguien está de buen humor —bromeó Jameson, entrando en mi despacho sin invitación—. ¿Qué tal si te levantamos un poco el ánimo y hacemos un viaje a Deseo Profundo? Ver bailar a un par de tías buenas hace maravillas.

No es una buena idea —suspiré un poco más resignado y me aparté de Jameson, volviendo a la ventana.

—¿Me vas a decir por qué no es una buena idea?

El roce de la silla en el suelo me indicó que Jameson había tomado asiento en mi escritorio. No me desharía de él tan rápidamente. Parecía estar de buen humor. Por desgracia, no me apetecía nada hablar. Y menos con Jameson.

—¿Qué te pasa, colega? —intentó una vez más hacerme hablar—. ¿Por qué no te apetece un baile caliente?

—Es que no me apetece nada que tenga que ver con el baile en este momento —respondí vagamente.

—¿Y por qué no?

—¿Tiene que haber una razón concreta?

—No. Pero mi instinto me dice que, en tu caso, hay una razón específica. Así que dímelo. ¿Cuándo dejaron de gustarte las bailarinas sexys?

Saqué las manos de los bolsillos del pantalón y me las pasé cansadamente por la cara.

—Cualquier cosa que tenga que ver con bailar me recuerda inevitablemente a Violet —gemí.

—Ya veo —dijo Jameson, estirándose—. Así que el problema no es que ya no te gusten las bailarinas sexys, sino que te gusta una bailarina sexy en particular.

—No —refunfuñé malhumorado—. Es más bien que una bailarina sexy en particular me molesta mucho y me pone de los nervios. Cada vez que veo a una bailarina, pienso en ella e inevitablemente me enfado. Jesús, incluso evito a Grace...

—Amigo, ¿estás enamorado de la chica del Bronx o qué?

—¿Estás loco? —gemí indignado y me giré hacia Jameson—. No estoy enamorado.

—¿Cómo?

—¿No me estás escuchando? Estoy enfadado.

—¿Molesto por qué? ¿Por tener que pensar en Violet todo el tiempo? ¿Que no puedes quitártela de la cabeza? ¿Que tu polla esté visiblemente cómoda en su apretada y cálida cueva?

—Por el hecho de que ella se mete constantemente en problemas o en peligro con su terquedad.

—¿Y qué si lo hace? ¿Qué te importa eso? Básicamente, ya no es asunto tuyo. Tú la ayudaste, Landon. Incluso te ofreciste a prestarle el dinero para las reparaciones. Ella no lo quiso. Ese es tu deber cumplido. Entonces, ¿por qué te importa?

—No lo sé —murmuré impotente.

—Entonces déjame ayudarte a averiguarlo. Te importa porque te gusta —dijo Jameson, tamborileando alegremente sobre la mesa.

—Tonterías. ¿De qué estás hablando?

—Coincidí con Brittany cuando recogí mi traje nuevo de la tienda. Me dijo que te habías peleado con una latina guapa y enfadada en la calle, a la salida de Da Marco, y que habías mandado a Brittany a casa poco después porque querías ver cómo estaba la señorita. ¿Por casualidad la latina no es Violet Simonelli?

Me desplomé en la silla de mi escritorio y martillé con rabia la contraseña de mi ordenador en las teclas al recordar aquella noche.

—Bien. Así que la señora era Violet. ¿De qué discutíais? —dedujo Jameson sin que yo le afirmara.

—No quiero hablar de ello, ¿vale? —siseé.

—¿Fue sobre el nuevo trabajo a tiempo parcial de Violet y el caballero con el que estaba?

—¿Cómo...? —empecé, pero luego me detuve, porque sabía perfectamente lo astuto que era Jameson recopilando información.

—Fue él quien había revelado la verdad sobre la mujer de Damian tras la repentina desaparición de Grace.

—El tipo intentó obligarla a realizar actos sexuales. Intervine. En lugar de darme las gracias, Violet salió furiosa del restaurante. Fui tras ella y ya conoces el resto de la historia de Brittany.

—Temías por ella, ¿eh? —Cualquier burla en la voz de Jameson dio paso a una sincera simpatía.

—La visión de esa escoria acosando a Violet hizo saltar todos mis fusibles. Creí que iba a explotar de rabia.

—¿Volviste a hablar con ella después de vuestra discusión? ¿Fuiste a verla?

—Sí —revelé secamente.

—¿Y?

—¿Y qué?

—¿Habéis arreglado las cosas?

—Más o menos.

—Landon —gruñó Jameson indignado—. Si tengo que seguir sacándote todo de la boca, mañana seguiremos aquí sentados.

—Tuvimos una pelea y luego follamos. ¿De acuerdo?

Jameson cruzó las manos formando un triángulo en su regazo. Me escrutó pensativo y asintió estoicamente.

—Follasteis, ¿eh?

—Sí, follamos. ¿Qué tiene eso de malo? le espeté enfadado.

—¿Te has quedado a pasar la noche?

—¿Eso es importante?

—Sí —contestó Jameson, chasqueando la lengua.

—¿Por qué?

—Porque tú nunca pasas la noche con una mujer.

—En este caso, no había otra forma. Después de todo, tenía que asegurarme de que Violet no volviera a meter la pata.

—¿En medio de la noche?

—Con ella nunca se sabe. Provoca el caos las veinticuatro horas del día.

Jameson apretó los labios con pesar.

—¿Por qué me miras así? ¿A qué viene esa mirada? —Resoplé enfadado.

—¿A quién intentas engañar, Landon? ¿Me mientes a mí o te mientes a ti mismo? Violet Simonelli se te mete bajo la piel. Estás a punto de perder tu corazón por ella.

Me reí amargamente y me incliné hacia mi mejor amigo y socio del bufete.

—Estás completamente equivocado. Violet me desprecia a mí y a mi estilo de vida. Desprecia el mundo en el que vivo. No quiere tener nada que ver con él.

—Y sin embargo parece que se involucra contigo —contraatacó Jameson—. Varias veces.

—Es sólo sexo —exclamé.

—¿Es eso lo que es? ¿Sólo sexo?

—Sí, tío. Sabes que no estoy de humor para una relación. No quiero tener que trabajar por sexo ni que me castiguen con privarme de sexo si llego tarde a casa o me dejo los calcetines en el suelo. Quiero diversión. Sexo caliente. Sin obligaciones. Hay tantas chicas sexys ahí fuera. ¿Por qué debería comprometerme con una de ellas y dejar que todas las demás tías buenas se me escapen de las manos?

Jameson sonrió. —Sólo Damian puede responderte a esa pregunta, amigo. Yo tampoco entiendo cómo se supone que funciona eso. Pero es evidente que Grace y él llevan años viviendo una vida muy sana, plena y feliz con esto de la monogamia.

—Hmm —coincidí con él distraídamente y sonreí al recordar a la pareja de enamorados de ensueño, que eclipsaban al sol sin esfuerzo con su felicidad.

Tal vez debería hablar con Damian sobre el amor.

Hipotéticamente, claro.

CAPÍTULO 20

Violet

LOS ÚLTIMOS DÍAS habían pasado literalmente volando sin que me diera cuenta.

Entré en el estudio de danza antes de que saliera el sol por la mañana y salí mucho después de que desapareciera en el horizonte.

Los preparativos para la audición estaban en pleno apogeo.

Y sí, mi equipo y yo participaríamos. Gracias a la inteligente persuasión de Landon.

La mañana siguiente a nuestra noche juntos, Landon se había arrodillado entre mis piernas en la ducha y me había mimado divinamente con su lengua afilada. Sin embargo, me negó el orgasmo.

Una y otra vez.

En algún momento, me hundí impotente contra la pared de la ducha porque mis piernas temblorosas ya no podían sostenerme.

Di que vas a la audición y haré que te corras, susurró Landon contra mi pubis.

Al principio, su descarado intento de chantaje se topó con una decidida resistencia. Pero, por desgracia, su descarada boca no se limitó a burlarse de mí. La lengua de Landon acarició mi perla con tanta devoción que me olvidé de respirar, tragar y protestar.

Di que vas a la audición y no sólo tendrás mi boca en tu coño, también tendrás mis dedos en tu coño, nena, había murmurado, enterrando de nuevo su cara entre mis piernas.

Yo había cedido con un gemido agónico y me había visto obligada a aceptar el casting.

Entonces Landon se había levantado de un tirón, había apartado la cortina de la ducha y me había arrastrado de vuelta a la cama. Allí, su lengua corrió entre mis piernas con la mayor de las ansias.

Estaba al borde del orgasmo y empecé a gemir con fuerza el nombre de Landon cuando, inesperadamente, se impulsó hacia mí y se hundió en mi húmedo coño de un potente empujón. No hicieron falta más de tres embestidas de su polla dura como una roca y sus deliciosos labios en mi boca para hacerme añicos.

El gruñido triunfal de Landon, unido a mi clímax fenomenal, me puso la piel de gallina incluso hasta hoy.

Cuando Landon siguió follándome después, cogiendo lo que necesitaba con ruidos primitivos, me corrí por segunda vez aquella mañana bajo su cruda pasión.

—Me has chantajeado. Eso ha sido injusto, jadeé exhausta al volver en mí.

—Si hay algo injusto aquí, es que tú te corriste dos veces y yo sólo una. Ahora voy a

ducharme y luego puedes chupármela —me respondió con una sonrisa diabólica y se apartó de mí.

Se dirigió a la puerta y tiró el preservativo a la papelera.

Antes de salir de la habitación, se volvió hacia mí y se mordió el labio inferior, mirándome el pecho desnudo. Sabes qué, Vi, ronroneó, antes de chuparme la polla, puedes darle un buen masaje con tus bonitos pechos. Después de todo, no queremos descuidar las dulces manzanas, ¿verdad?

—¿Todo bien, Vi? Tus mejillas están brillantes. ¿Estás enferma?

La voz preocupada de Bree me hizo dar un salto en la silla como si me hubiera picado una tarántula.

Carraspeé avergonzada y me apresuré a apartar de mi mente la imagen del Landon desnudo, sudoroso y gimiendo lujuriosamente.

—Todo genial. ¿Y tú?

—¿Yo? tengo una audición mañana, de la que siento que todo depende. Pero es bueno saber que tú estás genial. ¿Así que no tengo que preocuparme de que tengas fiebre con tus ojos febriles y tus mejillas rojas?

—No. —Tragué saliva sorprendida y me obligué a sonreír con confianza—. No tienes por qué. Todo está bien.

—Está bien entonces. ¿Cómo te va con el grupo? ¿Crees que te las arreglarás mañana?

—No sé lo buenos que son los otros grupos que han hecho audiciones con Colton, pero estoy orgullosa de lo que están haciendo mis chicos. Se han lucido en los ensayos y están bailando mejor que nunca. Veremos si eso es suficiente.

—Es muy amable por parte de Landon organizar esto para ti —empezó Aubree de nuevo con la misma vieja retahíla con la que llevaba días arengando.

—Sí, muy amable —respondí y me levanté rápidamente.

—Deberías agradecersele alguna vez. Con una cena o algo.

—Primero pasemos la audición. Todo lo demás es secundario en este momento.

—De acuerdo. Te lo volveré a recordar mañana después de la audición. Por si acaso se te olvida —me dijo alegremente y volvió al ordenador.

Sacudí la cabeza divertida por su insistencia y salí del despacho en dirección al estudio donde entrenaba con mi grupo.

Aunque siempre intentaba no pensar en mí y en Landon, y los ajetreados días de entrenamiento jugaban a mi favor en este empeño, Bree se aseguraba de que Landon ocupara un lugar destacado en mi conciencia cada día.

Constantemente hacía hincapié en lo amable y generoso que había sido al conseguirme este puesto para la audición. Y que difícilmente haría eso por cada uno de sus clientes. Me acribillaba a preguntas sobre nuestra relación y mis sentimientos. Y me instó a que le llamara y concertara una cita con él con el pretexto de querer darle las gracias.

Cuanto más me bloqueaba y callaba, más insistía.

Esto, a su vez, me llevó inevitablemente a pensar en Landon todo el tiempo.

Algo que no me venía nada bien en la situación actual. Porque la audición de mañana no se trataba sólo de la posibilidad de estar un pasito más cerca de salvar la escuela. Se trataba de mucho más.

Para los talentosos, ambiciosos y esperanzados miembros de mi compañía, la audición era una oportunidad única de cambiar sus vidas para siempre. Les ofrecía la oportunidad única de ganar dinero con su pasión, el baile, y de catapultarse fuera del Bronx directamente hacia una

vida mejor.

Había mucho en juego para mis cinco chicos con talento. Todo, para ser precisos.

Se lo debía a ellos para conseguir hacer esta audición con confianza, con seguridad y sin problemas. Y para hacerlo, tenía que desterrar a Landon de mis pensamientos.

Al menos por el momento.

—Hola chicos. Último día de ensayos. ¿Cómo os sentís? ¿Listos? —Saludé a mi equipo, que ya estaba calentando en el estudio, y centré mi atención en lo que importaba en las próximas 24 horas: la audición.



A la mañana siguiente, cuando abrí de golpe la puerta de casa para salir pitando hacia la estación de metro, me topé de frente con Landon, que estaba a punto de llamar a mi timbre.

—¿Qué haces aquí? —pregunté sin aliento y cerré la puerta tras de mí—. Tengo que irme. Llego tarde.

—Claro que sí. Pensé que te acobardarías —me guiñó un ojo con descaro.

—¿Me estabas esperando?

—Claro. —Se encogió ligeramente de hombros—. Después de todo, tenía que asegurarme de que no perdías los nervios en el último momento. Así que pensé que sería mejor llevarte yo mismo al casting. Una buena decisión, por lo que veo.

—Nunca me acobardo —me defendí.

—Entonces vamos. Antes de que cambies de opinión. Contigo nunca se sabe.

—Gracias por la confianza —me burlé con un matiz profundamente irónico.

—¿Qué confianza? —se burló Landon y me agarró la mano como si nada.

—Puramente una medida de seguridad. No quiero que te caigas por las escaleras y te rompas una pierna —se justificó al notar mi mirada interrogante de reojo.

—En ese caso, tal vez sea mejor que me cargues —comenté secamente y chillé sorprendida cuando Landon me alzó en brazos y bajó las escaleras conmigo.

Me puso de pie delante de su Porsche y me abrió la puerta del copiloto.

—Sube, princesa bailarina.

La caballerosa entrada de Landon me dejó sin habla, así que me deslicé sin decir palabra en el asiento del copiloto y esperé a que Landon subiera al otro lado y arrancara el motor.

—¿Estás nerviosa? —me preguntó mientras conducía el coche a una velocidad de vértigo hacia Brooklyn.

—Sí —confesé.

—¿Porque no habéis entrenado lo suficiente?

—Hemos entrenado más que suficiente.

—¿Entonces porque crees que no has hecho todo lo humanamente posible para prepararte para hoy?

—No —respondí, entrecerrando los ojos con suspicacia—. Realmente hemos hecho todo lo posible para prepararnos para hoy.

—Hmmm... ¿así que es porque no confías en que una o más personas de tu equipo puedan conseguirlo?

—Tonterías. El equipo es increíble.

—Entonces es cosa tuya. Crees que ya no lo llevas dentro.

—No, Landon —le contradije con firmeza—. Todavía lo tengo. Y cómo.

—Bueno, si ese es el caso, no deberías tener nada de qué preocuparte, Vi —se alegró Landon y pulsó el botón del volante para la música que sonaba por los altavoces del lujoso deportivo al momento siguiente.

Le miré con picardía de reojo y me di cuenta con alivio de la enorme presión que sentía sobre los hombros.

Landon me había hecho comprender, a su manera, que hoy podía hacerlo.

Como las palabras y los gestos emotivos y sentimentales no iban con su naturaleza, utilizó su propio lenguaje para demostrarme que creía en mí y que me apoyaba.

Me recogió en casa con el pretexto de que temía que me acobardara, y me quitó el miedo a la inminente audición con burlas y bromas dirigidas.

Le puse suavemente la mano en la mejilla y se la acaricié suavemente con el pulgar. Landon acurrucó su cara contra mi mano y cerró los ojos durante un pequeño instante.

—Gracias —susurré, sintiendo cómo la calidez y el afecto sustituían al frío miedo y al nerviosismo de mi corazón.

CAPÍTULO 21

London

—ADIVINA LO QUE TENGO AQUÍ —sonrió Damian significativamente, agitando una memoria USB delante de mi nariz.

—¿Qué es eso?

— La actuación de Violet. Partes de ella se mostrarán en el primer episodio de la serie de televisión —me informó, sin dejar de sonreír.

—¿Eso significa...? —empecé.

—Que ella y su compañía lo han conseguido —respondió Damián a mi pregunta no formulada.

Me levanté de la silla con las dos manos y me puse de pie.

—Sí —susurré aliviado y respiré hondo—. ¡Sí, sí, sí!

—Alguien está contento. —La sonrisa de Damian se ensanchó un poco más.

—Pura autoprotección —respondí, sorprendido—. Si el equipo de Violet gana, su escuela se salvará y por fin recuperaré la tranquilidad.

—¿Así que tu felicidad no tiene nada que ver con el hecho de que Violet obviamente signifique algo para ti?

—¿Qué se supone que significa para mí? No significa nada más que problemas y preocupaciones, Damian.

—En ese caso, ahora que he vuelto de Europa, estoy encantado de asumir su representación legal pro bono. Ambos sabemos que la marea ha cambiado a nuestro favor con su participación en el espectáculo. Así que, si me das el número de la empresa de gestión, haré las llamadas necesarias y me encargaré a partir de ahora —se ofreció.

—Es muy amable por tu parte, pero no es necesario. Acabaré lo que he empezado.

Damian enarcó una ceja, divertido. —¿Incluso un caso pro bono sin beneficio con un cliente que, según confiesas, no te trae más que problemas y preocupaciones?

—Soy un profesional, Damian. Puedo tratar incluso con clientes difíciles —dije con la mayor neutralidad posible.

La sonrisa traviesa de Damian me dijo que no se creía mis excusas.

Genial.

—No me cabe duda de que dominas a Violet, querido —rio ambiguamente.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Claro. Adelante —respondió con curiosidad y cruzó los brazos delante del pecho.

—Tu libertad solía ser extremadamente importante para ti. Tenías sexo satisfactorio y regular con mujeres hermosas que te deseaban, admiraban y mimaban.

—Si eso es una pregunta, no la entiendo, amigo.

—¿Por qué estabas tan centrado en Grace? ¿Qué había en ella que te fascinaba tanto que desde entonces renunciaste a todas las demás mujeres?

Damian me miró en silencio durante un rato y frunció el ceño. Casi pensé que no iba a contestarme, pero entonces se aclaró la garganta y empezó a hablar.

—Antes de conocer a Grace, pensaba que el concepto del amor era un invento cursi de la industria del cine y la música. No creía que mi felicidad dependiera de otra persona. Que la felicidad podía experimentarse a través de otra persona. Al fin y al cabo, yo ya vivía una vida muy feliz. Tenía un trabajo genial, buenos amigos y bellas compañeras de juegos que satisfacían mis necesidades sexuales. No fue hasta que Grace entró en mi vida que me di cuenta de que la satisfacción y la felicidad son mundos aparte.

—¿En qué sentido?

—Sus besos me daban vida, su sonrisa iluminaba mi alma, su tacto me volvía adicto. Desde el momento en que la conocí, pensaba en ella cada segundo libre y la anhelaba tanto que me dolía físicamente. No había nada que quisiera más que estar con ella.

—¿Y eso no ha cambiado? Después de todo, ya lleváis varios años juntos e incluso estáis casados.

—Sí, claro que ha cambiado. Han cambiado muchas cosas.

—Claro, ¿Cómo qué?

—Todos esos sentimientos y emociones que acabo de describirte... han crecido. Incluso son más fuertes. Más intensos. Grace ya no forma parte de mi vida, es mi vida.

Me quedé mirando asombrado a mi amigo, cuyos ojos habían adquirido un brillo de ensueño mientras hablaba con tanto amor y felicidad de su esposa.

—¿Así que no te arrepientes de haber tenido que renunciar a tu libertad por Grace?

—¿Por qué renunciar a nada? No tengo que renunciar a ninguna libertad. Grace me permite toda la libertad que quiero.

—¿Te permite acostarte con otras mujeres? —murmuré, visiblemente desconcertado.

—No. Claro que no. ¿Por qué iba a hacerlo? No tengo ningún interés en divertirme con otras mujeres. ¿Y por qué iba a tenerlo? Mi esposa es hermosa, sexy, aventurera, sensual, seductora y divertidamente picante. Yo saco provecho de eso.

—¿Y si discutes? ¿Si ella te pone en abstinencia sexual?

—Entonces follaremos después como animales salvajes y voraces para descargar toda esa lujuria contenida.

—Ya veo.

—Landon —suspiró Damian—. ¿Qué quieres preguntarme en realidad?

—Tengo miedo de haberme enamorado de Violet —revelé resignado.

—¿Miedo? ¿Por qué tienes miedo?

—Porque la mujer es una pesadilla.

—¿Eso crees?

—Sí. Me molesta constantemente la forma en que quiere atravesar la pared con la cabeza. Hace lo que quiere, no escucha a nadie y, para colmo, es terriblemente molesta. Pero aun así me gusta. Eso no tiene sentido.

—No te gusta a pesar de eso, Landon, te gusta por eso. Te gusta Violet por todas las razones que me acabas de dar.

—¿En lenguaje llano?

—Te gusta porque es un reto. Porque te tienta, te mantiene a raya, no se rinde ante ti sin voluntad. La mujer es una luchadora dura y sexy que te hace querer arrancarte los dientes a mordiscos. Está claro que no puedes quitártela de la cabeza. Y para decirlo en tu propio idioma: Estoy casado con una bailarina profesional. Sé lo flexibles y hábiles que son en la cama. Así que créeme, amigo, entiendo que seas completamente adicto a ella.

Damian colocó la memoria USB sobre mi escritorio y se levantó.

—No tan rápido —le detuve—. ¿Qué voy a hacer ahora?

—Hacer las llamadas. Creía que querías seguir trabajando en el caso.

—No me refiero a eso.

—¿Entonces qué quieres decir?

—Sabes exactamente lo que quiero decir.

—Landon, tío. Eres una de las personas más inteligentes y urbanitas que conozco. Pero estás actuando muy torpe ahora mismo. Pídele una cita a Violet.

—¿Y si se niega?

—¿Qué te hace pensar que dirá que no?

—¿Por qué iba a decir que sí?

—Landon West me está preguntando en serio por qué una mujer tendría una cita con él. No puedo creer que todavía esté viviendo esto, ¡guau! —Damian se rio entre dientes, sujetándose el estómago de la risa—. Violet Simonelli es definitivamente la mujer que pasará a los libros de historia como la domadora de dragones. Ha conseguido hacer mella en la inquebrantable confianza en sí mismo de Landon West. ¡Increíble!

—Eso no tiene gracia —siseé, ofendido.

—Sí, la tiene. Y mucha —continuó Damian riendo imperturbable—. Llámala e invítala a salir. No es tan difícil, Landon.

—Y si se niega...

—Eres abogado, ¿verdad? Un abogado de éxito. Si ella se niega, haz lo que siempre haces en la corte: negocia. Argumentar. Convince.

Con estas palabras, me guiñó un ojo y salió de mi despacho.

Hice girar la memoria USB entre mis dedos mientras en la otra mano sostenía mi móvil. Acababa de recibir un mensaje de texto de Violet.

Lo hemos conseguido. ¡¡¡Estamos en el programa en directo!!! xoxo.

La alegría continua de su éxito y el hecho de que me lo estuviera contando en persona me impulsaron a coger el teléfono.

—Hola, soy Landon West. El abogado de Violet Simonelli, la inquilina de su propiedad en Underwood Street, en el Bronx —saludé al hombre al otro lado de la línea.

—La situación ha cambiado. La señorita Simonelli va a participar en un casting con un equipo de baile que ella ha entrenado, que se emitirá en directo por televisión en toda América. Los ganadores pueden esperar un gran premio en metálico y un atractivo contrato profesional. Pero incluso si el grupo de la señorita Simonelli no gana, el espectáculo dará publicidad en todo el país, que la señorita Simonelli utilizará para sus propios fines. Como no soy un monstruo, quería avisarle por adelantado de la inmensa tormenta de mierda que pronto caerá sobre su

empresa. A saber, cuando América se entere de que usted quiere arrebatarse la casa de este grupo extremadamente talentoso, aunque social y trágicamente desfavorecido, con fines lucrativos, para vendérselas a un tiburón inmobiliario ávido de poder.

Hubo un silencio incómodo al otro lado de la línea.

—Voy a conectar. Un momento —dijo por fin la voz entrecortada.

—Muchas gracias —sonreí triunfante y cerré el puño victorioso.

—¿Qué quieres, West? —la voz alarmada del administrador llegó a través del auricular unos segundos después.

—Muy buenos días para usted también. Lo que quiero es una ampliación inmediata del plazo.

—¿Por qué?

—La vida a veces nos sorprende con giros inesperados. Vamos a ver qué le depara el espectáculo a la señorita Simonelli. Hasta entonces, no pasará nada con el edificio de la escuela de danza. No está vendido. No hay ningún contrato firmado y tampoco ningún contrato preliminar. Todo está en suspenso. ¿Trato hecho?

—¿Cómo sé que no vas de farol, West?

—Una semana a partir del viernes. A las veintiuna, hora estándar del este. Canal E-Tainment. Sintonízalo y compruébalo por ti mismo o recházalo y verás tu farol. Así que, pregunto de nuevo, ¿tenemos un trato?

—Eres un perro descarado, West.

—Me lo dicen mucho. Pero sigue sin responder a mi pregunta. ¿Sí o no? No tengo todo el día.

—Sí —refunfuñó contrariado el hombre.

—Eso es maravilloso. Suena razonable.

Le di las gracias con demasiada educación y colgué.

Ahora que había terminado la parte más ajetreada, era hora de divertirse.

Introduje la memoria USB en el ordenador y pinché en el clip con la actuación de la compañía de Violet. Luego me recosté en la silla y suspiré mientras la seductora salvadora del mundo aparecía en la pantalla, moviendo rítmicamente su seductor cuerpo al compás de la música.

Todo el grupo ofreció un magnífico espectáculo. Se notaba su determinación y su pasión por el baile en cada movimiento.

No es de extrañar que Colton los incluyera en el espectáculo en directo. El grupo tenía lo que había que tener. Especialmente mi propia chica gánster.

Paré el vídeo y tracé la silueta de Violet con el dedo índice. ¿Debería llamarla e invitarla a salir? La última vez que la invité a tomar un helado, me rechazó de inmediato. ¿Y si esta vez volvía a hacerlo? ¿Y si volvía a rechazarme?

Tamborileé con los dedos sobre el escritorio y pensé en ello. Pero pensar no me ayudaba. Sólo averiguaría lo que Violet sentía por mí si me armaba de valor y le preguntaba exactamente eso.

En un arrebato de impaciencia, cogí el móvil y pulsé su nombre, que se iluminó en la pantalla. Mi dedo se posó sobre el botón de llamada, dispuesto a llamarla e invitarla a salir.

Pero en el último momento me detuve y aparté el móvil de mí.

No, decidí. No llamaría a Violet para hacerle la pregunta que tanto temía.

Si iba a hacerle esa pregunta tan importante, lo haría cara a cara. Porque si realmente quería rechazarme, tendría que decírmelo a la cara.

Así que me limité a contestarle y felicitarla por su éxito. Añadí la información de que el plazo para reparar los daños en la escuela acababa de ampliarse debido a su participación en el espectáculo y a la publicidad que conllevaba.

Su respuesta no se hizo esperar: una carita sonriente con ojos de corazón y un agradecimiento escrito en mayúsculas.

CAPÍTULO 22

Violet

LOS ÚLTIMOS DÍAS me han llevado al límite.

Además de mi trabajo en la escuela de danza, tenía que viajar todos los días a los ensayos de televisión en Brooklyn, donde el equipo ensayaba la actuación para el primer programa en directo del viernes con un coreógrafo profesional.

Aunque estaba acostumbrada a entrenar mucho y duro por mi época de primera bailarina, este reto era física y mentalmente exigente para los miembros de mi equipo.

No sólo tenía que asegurarme de memorizar la secuencia de pasos y conocer la coreografía al dedillo, sino que también actuaba como mentora para el resto de mi compañía. Les animaba, elogiaba sus progresos, les aseguraba que era perfectamente normal estar nerviosos y asustados y que, con un alto nivel de agotamiento, todo podía parecer aburrido y gris.

Afortunadamente, me permitieron aplazar indefinidamente mis turnos en Slash. Y después de mucho deliberar, también había decidido renunciar a mi trabajo a tiempo parcial como acompañante. La violenta reacción de Landon y el miedo que se había manifestado en su rostro, me hicieron tomar la decisión de no continuar con este trabajo.

En otras palabras: Había dejado el trabajo de acompañante por el bien de Landon.

Pero él nunca lo sabría. Porque no tenía intención de decírselo cuando volviéramos a vernos. Cuando fuera...

No nos habíamos visto en persona desde que me llevó a la audición hacía menos de una semana.

En realidad, debería alegrarme por ello, porque mi equipo y yo habíamos estado entrenando día y noche desde entonces para ponernos a la altura de los equipos que ya habían sido elegidos antes que nosotros.

Sin embargo, no podía negar que echaba de menos la compañía de Landon. Cada vez que me enviaba un mensaje de texto o me llamaba, mi corazón daba saltos de alegría. Y cada vez que sus mensajes y llamadas no se materializaban, mi pecho se estremecía.

Al principio, atribuí mis sentimientos de felicidad provocados por sus llamadas y mensajes al hecho de que la misión de rescate de la escuela volvía a estar en marcha gracias a su movimiento táctico. Pero pronto me di cuenta de que había algo más en mis endorfinas.

Mucho más.

Sin embargo, evité con vehemencia pensar en ello. Porque, en primer lugar, no tenía tiempo y, en segundo lugar... ¿Landon? De todos los hombres del mundo, ¿mi corazón eligió a Landon

West? ¿Un abogado capitalista orientado a los beneficios, con una gran boca, un ego aún mayor y un corazón espantosamente pequeño?

Completamente impensable.

A pesar de las aleccionadoras conclusiones que mi mente transmitía ansiosamente a mi corazón, éste parecía decidido a latir más deprisa exclusivamente por Landon.

Suspiré y me senté en el suelo del estudio de danza para estirarme ampliamente.

Esta mañana, hasta primera hora de la tarde, mi equipo y yo habíamos pasado en Brooklyn practicando una vez más con el coreógrafo que nos había proporcionado la cadena de televisión para el programa en directo. A continuación, tuvo lugar el segundo ensayo de vestuario y una segunda sesión informativa. Tras un almuerzo rápido, el equipo y yo entrenamos juntos unas horas más en el Bronx.

A mis protegidos les ayudó entrenarse a solas conmigo. Sin cámaras, sin ajetreo, sin presión. Aquí, en el entorno seguro de la escuela de danza, podían ser ellos mismos. Mostrar sus debilidades. Hacer preguntas. Expresar sus miedos. Dejarse abrazar.

Este equilibrio era muy importante para ellos, para que no se derrumbaran ante la presión cada vez mayor.

Después de que mis chicos, que en realidad tenían todos entre veinte y veinticuatro años, se despidieran a primera hora de la tarde, me ocupé del papeleo que se había quedado en la oficina, y Aubree, por suerte, se encargó de casi todo por mí. No sólo eso, sino que Aubree también había contratado a dos nuevos profesores de danza, buenos y baratos, para sustituir parcialmente a los profesores que había cazado furtivamente y a mí, al menos durante las próximas semanas. Cómo lo había conseguido era un misterio para mí. Pero por algo Aubree era una de las mejores personas que conocía.

Cuando terminaba el trabajo de oficina, solía seguir entrenando sola hasta bien entrada la tarde. Me preparaba física y, sobre todo, mentalmente para el espectáculo que se avecinaba.

Tras dejar Broadway, había asumido que mi carrera en los focos se acabaría para siempre. Esta reposición inesperada y no del todo voluntaria me puso en alerta interior. Intenté calmar el torbellino que llevaba dentro cada día de nuevo. Pero era más fácil decirlo que hacerlo.

Un susurro al final del pasillo me hizo incorporarme y prestar atención.

Aubree se había despedido de mí hacía una hora y no había nadie más en la escuela de danza a esas horas de la noche, aparte de mí.

Me maldije por no haber cerrado después de Aubree. Mi fe inquebrantable en el bien de las personas me había metido en muchos problemas últimamente. Esperaba que esta vez no fuera así.

La luz del pasillo se encendió y unos pasos enérgicos que se acercaban rápidamente crujieron en el viejo suelo de parqué. Contuve la respiración tensa y me agaché. ¿Quién podría ser? ¿A estas horas de la noche?

Dejé escapar un silbido cuando salió nada menos que Landon, mirando a su alrededor. Cuando me vio en el estudio, su expresión de preocupación se transformó en una sonrisa de alivio.

—¿Has oído hablar alguna vez de cerrar con llave? —me saludó con reproche mientras empujaba la puerta del estudio.

—Si lo hubiera hecho, no habrías entrado —repliqué levantándome del suelo—. ¿Es pizza ese olor que me hace cosquillas en la nariz? —Levanté la barbilla encantada y vi la voluminosa bolsa que Landon llevaba en la mano.

—Sí —respondió, dejando la bolsa frente a mí—. Aubree me ha dicho que últimamente

trabajas más tiempo y más duro de lo normal, y que comes menos y de forma más irregular de lo habitual. Así que pensé en venir de improviso y asegurarme de que no te mueres de hambre antes de la primera función.

—Ahí lo tienes. ¿Así que te preocupas por mí? —sonreí.

—Me preocupa mi reputación. Si sale a la luz que una de mis clientes se murió de hambre en lugar de brillar en un programa de televisión de difusión nacional, se reflejará negativamente en mí. No puedo arriesgarme.

—Claro que no —resoplé eufórica, sabiendo perfectamente que la afirmación de Landon sólo era parcialmente cierta.

No sabía qué o cuánto significaba yo para él, pero después de su aparición en el restaurante, su aparición nocturna fuera de mi piso y la oportunidad única de hacer una audición para Colton, era difícil negar que al menos no me era completamente indiferente. Eso me reconfortó el alma y el corazón.

—¿Vamos a mi despacho?

—Ve tú delante. Yo te seguiré los pasos.

—Sólo quieres mirarme el culo —sonreí.

Landon se rio a carcajadas y me dio una palmada juguetona en el trasero. —¿Qué te hace pensar eso?

Le guiñé un ojo y me puse en marcha. —Sólo una corazonada.



—¿Qué tal va todo? —preguntó mientras nos sentábamos en la pequeña cocina de mi despacho y comíamos hambrientos la pizza de pepperoni y la cerveza fría que había traído.

—Bien —murmuré, masticando la pizza y bebiéndome un trago—. El trabajo duro está dando sus frutos. Deberíamos estar listos para mañana por la noche.

—Ya he reservado asientos para Damian, Grace, Jameson, Aubree y para mí en el espectáculo final —me informó Landon, masticando.

Sacudí la cabeza divertida. —Y yo que pensaba que habías venido aquí para quitarme presión. No para ponerme más.

—¿De qué presión hablas? Creo que ya tienes a las otras bestias voladoras en el bolsillo, Vi.

—Gracias —sonreí y me limpié la boca.

—¿Por la pizza? No hay de qué.

—Por la pizza también, sí. Pero me refiero a todo lo que has hecho por mí en las últimas semanas. Tu insignificante corazón debe haberse multiplicado fácilmente por diez.

Landon levantó una comisura de los labios. —No tengo corazón. Y en realidad supuse que ya te habrías dado cuenta, salvadora del mundo.

—¿Entonces qué es esto? —Puse suavemente mi mano sobre su fuerte pecho y pude oír inconfundiblemente su cálido corazón, latiendo fuerte y regularmente.

Landon puso su mano sobre la mía y me miró con anhelo en los ojos. Con los dedos de la otra mano, me acarició el pelo por detrás de los hombros. Un gesto íntimo e inocente que me provocó un cosquilleo en el cuero cabelludo.

Me incliné lentamente hacia él y le agarré la nuca con la mano, atrayéndolo hacia mí.

—Bésame —susurré contra sus labios y suspiré de placer cuando su boca me liberó de mi tormento tras días de interminable espera.

Landon gimió y me agarró la cara con ambas manos, devorándome con sus besos como si estuviera al borde de la inanición.

—Ven aquí —murmuró contra mis labios y tiró de mí hacia su regazo.

Inclinó la cabeza y me cubrió el cuello de besos y mordiscos calientes y ávidos. Sus caricias lascivas enviaron frenéticas sacudidas de electricidad directamente a mi coño de placer y al instante me empezó a palpar excitado. Impaciente, me froté contra él y me apresuré a deslizar los tirantes de mi ajustada camiseta deportiva por encima de los hombros para liberar mis pechos de su repentina prisión.

—No —jadeó Landon con excitación—. No hagas eso.

Agarró los tirantes de mi top y los volvió a colocar en su sitio.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté, visiblemente confusa.

—Me estoy castrando —gimió Landon con agonía, impidiendo firmemente que me desnudara—. Mierda, Vi, esto no es como estaba planeado.

—¿Así no es como estaba planeado qué?

—Mi visita. No he venido a acostarme contigo, joder.

—¿Qué?

Landon se pasó los dedos por el pelo y siguió maldiciendo en voz baja.

—¿Por qué has venido?

—Yo... —empezó y se interrumpió.

—¿Tú?

—Como dije antes, quería vigilarte para que no te derrumbaras sobre mí antes de la primera función de mañana por la noche. Así que esta noche nos limitaremos a besuquearnos y meternos mano. Vestidos. Porque si sacas tus tetas, tendré que follarte hasta la extenuación. Y eso sería extremadamente contraproducente para tu rendimiento en el show.

—¿Puedes hacer eso? —me burlé, perpleja por su inesperada solicitud.

—¿Que si puedo qué?

—¿Besarme y manosearme sin que degenera en sexo?

—Bésame para que pueda evaluarte —gruñó y me acercó.

Puse mis labios sobre los suyos y me ahogué en una embriagadora vorágine de deseo, anhelo y felicidad.

Nos besamos durante minutos, estrechamente entrelazados, mientras nuestros dedos recorrían inquietos el cuerpo del otro, esperando más.

—Es tarde —anunció finalmente Landon—. Deberíamos irnos para que al menos puedas dormir un poco.

Sus manos se posaron en mis pechos, apretándolos posesivamente a través del ajustado top.

—Pronto cuidaré bien de vosotras, chicas sexys. Os lo prometo —susurró con aire conspirador.

Puse los ojos en blanco divertida y vi con pesar cómo se levantaba conmigo sobre su regazo y me ponía en pie.

—Yo te llevo —dijo mientras tiraba la caja de pizza a la papelera, se deshacía de las botellas de cerveza y se lavaba las manos.



Media hora más tarde, nos detuvimos frente a mi edificio en Queens.

—Gracias por la pizza y por traerme a casa —Le acaricié la mejilla cariñosamente.

Me cogió la mano y se la llevó a los labios.

—Buenas noches, Vi. Que duermas bien. Y buena suerte mañana.

—Gracias, Landon. Buenas noches. Me giré para salir del coche, pero Landon no hizo ningún movimiento para dejarme ir.

—Vi... —empezó.

Me volví hacia él e incliné la cabeza, esperando.

—¿Recuerdas cuando te pregunté si querías ir a tomar un helado conmigo y me dijiste que no?

—¿Lo hice? —Las comisuras de mis labios se crisparon traicioneramente mientras luchaba por mantenerme seria.

—Sí, lo dijiste. Supón, hipotéticamente, que te volviera a hacer la misma pregunta ahora. ¿Seguirías negándote a tomar un helado conmigo?

—Supongo que no lo sabremos hasta que me hagas la pregunta de nuevo, ¿verdad? —sonreí con satisfacción.

—De verdad que no me lo pones fácil —se quejó Landon con frustración, mordiéndose el labio.

Le guiñé un ojo.

—Porque sé lo mucho que te gustan los retos.

—En absoluto —se rio—. Sabes muy bien que me gusta lo sencillo y sin complicaciones con las mujeres.

—¿Entonces por qué quieres pedirme que vaya a tomar un helado contigo? Según tu propia declaración, no soy ni sencilla ni sin complicaciones.

—¿Quizás podríamos discutir esto tomando un helado juntos?

—¿Me estás invitando a salir ahora mismo?

—Te estoy pidiendo que vayas a tomar un helado conmigo. No le demos más importancia de la que tiene —rebatí, apretando los labios con fuerza.

Ver a Landon West tan nervioso y torpe hizo que mis hombros temblaran bajo la risa reprimida.

—¿Vas a visitar a una de tus muchas novias esta noche?

Landon arrugó la frente con irritación. —No.

—¿Y mañana?

—Tampoco.

Fruncí los labios e intenté no dejar traslucir lo mucho que me aliviaba este conocimiento.

—¿Por qué no? Seguro que no todas tienen un programa de baile en directo mañana por la noche para el que tienen que estar en forma. Seguro que muchas de ellas estarían encantadas de que te metieras en su cama esta noche.

—Puede ser. Pero no tengo intención de saltar a su cama. Ni hoy, ni mañana ni pasado mañana, ¿vale?

—¿Por qué no?

—Por qué, por qué, por qué... ¿Tú qué crees? Hombre Vi, ¿de qué va esto?

—¿Por qué no respondes a mi pregunta?

—Sabía que ibas que hacerlo tan complicado. Un simple sí o no sería demasiado fácil para ti —refunfuñó.

—¿Por qué no, Landon? —repetí mi pregunta implacablemente, atravesándole con la mirada.

—Tía, Vi. Eres un maldito grano en el culo, ¡pero a quién se lo voy a decir!

—¿Por qué no, Landon?

Sus manos agarraron el volante de su Porsche con tanta fuerza que sus nudillos se volvieron blancos bajo su duro agarre.

—Porque eres la única mujer con la que quiero tomar un helado, ¿vale? —siseó, exhalando ruidosamente—. Entonces, ¿vas a tomar helado conmigo o no?

El corazón me saltó de alegría en el pecho y, como si nada, toda la tensión se desvaneció.

—Sí —sonreí y planté un dulce beso en su acalorada mejilla—. Cuando acabe el espectáculo, me encantaría tomar un helado contigo, Landon West.

CAPÍTULO 23

Violet

ATRÁS QUEDABAN tres semanas agotadoras y sin dormir. Después de la primera función, habíamos conseguido pasar a octavos bailando. También habíamos pasado a cuartos de final casi sin esfuerzo. Pero para llegar a la semifinal de hoy, hemos tenido que trabajar muy duro.

Así que aquí estábamos, bailando con todas nuestras fuerzas. De los cinco grupos restantes, tres llegarían hoy a la gran final.

La presión de los medios de comunicación me apretaba el cuello con cada actuación.

Mi equipo y yo éramos reconocidos por la calle, fotografiados y abordados allá donde íbamos.

Me sentía como una cría de oso polar en el zoo, a la que todo el mundo miraba y fotografiaba mientras intentaba desesperadamente abrirse camino en este nuevo mundo.

Curiosamente, la marea de nerviosismo parecía haber cambiado mientras tanto. Porque mientras a mí no me gustaba especialmente la enorme cantidad de atención que me rodeaba, los miembros de mi equipo disfrutaban al máximo del protagonismo.

El número de seguidores en sus páginas de Instagram se disparó y los primeros socios de cooperación lucrativos habían llamado a la puerta recientemente.

Siguiendo el consejo de Landon, yo también había creado un perfil público en Instagram y me sorprendía la cantidad de ofertas comerciales que llegaban cada día. Desde productos para el cuidado de la piel hasta nutrición, ropa, aplicaciones y servicios de entrega, había de todo.

Nos subiremos a esta ola hasta la playa, había dicho Landon.

Comprobó las ofertas por mí, habló con las empresas e hizo sus recomendaciones de ofertas notables.

Yo había dejado claro que solo entraba en cooperaciones que coincidieran con mis valores y que mi principal objetivo seguía siendo el espectáculo. Sin embargo, estuve de acuerdo con Landon en que sólo podía ser beneficioso para salvar la escuela que me creara un segundo pilar con mi presencia en las redes sociales mientras durara el revuelo que me rodeaba.

Incluso me ofrecieron un contrato para un libro. Debía escribir sobre mi carrera como primera bailarina, el repentino final de mi carrera debido a una lesión y la dura lucha por volver a la liga profesional.

Toda esa atención, que aumentaba cada día que pasaba, hacía que corriéramos el riesgo de distraernos de nuestra misión. Así que me centré sin descanso en entrenar y mantener en marcha

al equipo, que a su vez se apoyaba en el bufete de abogados Landon, Damian y Jameson para representar sus intereses y asegurar el futuro de la escuela.

He tenido poco tiempo para mi vida personal desde que empezaron los discos y la fama se disparó de la noche a la mañana. Cuando me reunía con Landon, era en su despacho o en la escuela y siempre por motivos profesionales.

Ninguno de los dos quería arriesgarse a que nos fotografieran besándonos accidentalmente y llenáramos los titulares sin querer. Al menos no mientras el futuro de la escuela siguiera abierto y no nos diéramos cuenta de lo que sentíamos el uno por el otro.

Así que nos limitamos a roces fugaces y besos inocentes robados en secreto. Sin embargo, como estos dulces besitos despertaban más anhelos de los que satisfacían, los mantuvimos al mínimo absoluto.

Llevábamos así varias semanas y aún no había rescate a la vista. Al contrario, cada semana era más difícil.

No me refiero sólo al duro entrenamiento para vencer a los cada vez más fuertes rivales y pasar a la siguiente ronda, sino también al deseo por Landon.

Nos comíamos literalmente con nuestras miradas hambrientas, nos susurrábamos al oído que pensábamos el uno en el otro mientras nos dábamos placer durante las noches solitarias y ansiábamos la cercanía y el calor del otro.

La semana que viene, todo esto llegaría a su fin.

Hasta entonces, sin embargo, tenía que aguantar y hacer todo lo posible para llegar a la final. Por mi escuela. Por mis niños. Y por Landon, que me había dado esta oportunidad única.

Me enderecé y reuní a mi equipo para que pudiéramos intercambiar motivación y energía por última vez antes del gran espectáculo.



—Vamos, Bronx Beasts, ¿estáis listos? —gritó Colton con voz exuberante cuando entramos en el escenario.

Los invitados del estudio aplaudieron, silbaron y gritaron con entusiasmo.

Con cada actuación, el ambiente en el estudio de cine se caldeaba más.

Si había pensado que el nivel máximo de ruido se había alcanzado hacía tiempo en los cuartos de final, me había equivocado.

Me temblaban los tímpanos bajo los aplausos y me sudaban las palmas de las manos.

Miedo escénico.

Mierda.

Inspiré y espiré profundamente y forcé una sonrisa alegre en mi rostro.

—A rodar —gritó mi equipo, ganándose un aplauso salvaje y aprobatorio.

—Entonces veamos si mereceis estar en la final —intervino el colega de Colton, que estaba sentado a su lado en el jurado, mientras el nivel de ruido se iba apagando poco a poco.

Las luces del estudio se apagaron y aproveché la completa oscuridad que nos envolvía para cerrar los ojos, sintonizar con la música y bloquear todo lo que nos rodeaba.

Era nuestra oportunidad. El billete para la final. Justo delante de nosotros. A nuestro alcance. Sólo teníamos que aprovecharlo. Era lo único que importaba.

Mientras los focos del suelo y el techo iluminaban el escenario y las máquinas envolvían a los bailarines en nubes de humo, desconecté mi mente y dejé que mi cuerpo tomara las riendas,

dejándome llevar por el ritmo.



Dos angustiosas horas más tarde, volvimos a subir al escenario, ansiosos por que el veredicto del jurado y los votos de los invitados del estudio y del público nos favorecieran.

Ya se había admitido a dos grupos en la final, aunque el orden en que se nombraba a los finalistas no se correspondía necesariamente con la clasificación real. Esto significaba que ninguno de los equipos sabía en qué lugar estaba realmente.

Las clasificaciones reales no se anunciaron hasta la final. Hasta entonces, lo único que importaba era pasar. Ya fuera primero, segundo o tercero.

Nos colocamos junto a los otros dos grupos en el escenario y miramos embelesados el marcador.

¿Qué equipo quedaría en tercer lugar? ¿Qué equipo se aseguraría el último puesto en la final?

Sean, uno de los miembros de mi equipo, me puso las manos en los hombros y me apretó con fuerza.

Puse mi mano sobre la suya y poco después sentí la mano de un segundo miembro del equipo sobre ella, seguida de tres manos más.

Una sonrisa se dibujó en mi rostro.

—Estoy muy orgullosa de vosotros, sea cual sea el resultado de hoy —susurré, parpadeando una lágrima incipiente—. Sois geniales. Prometedme que nunca dejaréis que nadie os diga lo contrario. Nadie.

La respuesta de mi equipo fue engullida por los fuertes vítores de los espectadores, que saltaron de sus asientos gritando y aplaudiendo eufóricos.

—Estamos dentro —gritó Deleila y tiró de nosotras en un exuberante abrazo.

—¡Oh, Dios mío! —jadeé de alegría y apenas podía creer lo que se leía en letras resplandecientes en el marcador: Bestias del Bronx - Bienvenidos a la final.

CAPÍTULO 24

Landon

—VIOLET, hola —saludé a Vi en la zona de bastidores y tiré de ella para darle un abrazo tranquilizador.

Violet llevaba el pelo largo y castaño trenzado en innumerables coletitas, que quedaban muy chulas.

—Bonito pelo, chica gánster —le susurré al oído.

—Estás aquí —dijo aliviada.

—¿Lo dudabas?

Como de costumbre, tuve que dejarla marchar demasiado rápido.

Afortunadamente, este juego del escondite pronto llegó a su fin. Justo a tiempo para salvarme de volverme completamente loco.

Violet negó con la cabeza en respuesta a mi pregunta. —No. Sólo esperaba verte antes del espectáculo.

—¿Por qué?

—Porque realmente necesitaba ese abrazo.

—Puedes tener otro ahora que estoy aquí —respondí, visiblemente más relajado de lo que me sentía por dentro y la atraje conmigo a un rincón tranquilo—. Sal ahí fuera y disfruta del espectáculo, cariño. No te preocupes por la escuela. Damian, Jameson y yo hemos hecho provisiones. Nadie te la va a quitar, ganes o no. Los ingresos por publicidad cubrirán con creces los gastos de los próximos años. Así que sal ahí fuera y diviértete, ¿vale?

Asintió contra mi pecho y me rodeó la cintura con los brazos—. Chocolate y pistacho.

—¿Eh?

—Chocolate y pistacho. Mis sabores para nuestra cita de helados, que en realidad no es una cita de helados. ¿Cuál vas a tomar tú?

Le sonreí.

—Chocolate y pistacho suenan bien. Yo también quiero.

—De acuerdo.

—Vale —susurré, soltando a Violet de mi abrazo con el corazón encogido—. Hasta luego, nena. —Acaricié su mejilla con el pulgar para despedirme y me dirigí de nuevo a nuestros asientos cerca del escenario, donde Damian, Grace, Jameson y Aubree ya me estaban esperando.

—¿Cómo está Vi? —quiso saber Aubree.

—Está bien —respondí y me senté entre Jameson y Damian.

Aubree se sentó al lado de Grace, que a su vez se sentó a la derecha de Damian.

—Estás nervioso, colega —se rio Jameson suavemente.

—Tonterías. ¿Por qué iba a estarlo?

—Porque tu novia gánster baila hoy en la final y parece que medio EEUU la está mirando.

—Quiero que se divierta. Que lo disfrute. Se lo merece. Cada segundo.

Damian me dio una palmada simpática en el hombro. —He oído que van a poner un puesto de helados en la fiesta de después del espectáculo.

—Chocolate y pistacho —murmuré.

—¿Qué dices?

—Quiere chocolate y pistacho.

Jameson lanzó una mirada significativa a Damian, que sonreía ampliamente, y soltó un bufido.

—No seas tan malo con Landon —intervino Grace—. ¿Puedo recordarte el pastel de plátano con virutas de chocolate que me pediste, tímido como un ciervo, sólo para huir de mí, querido?

Damian se sonrojó y agachó la cabeza, lo que provocó una risita divertida de Grace y Aubree.

—Parece que soy el único hombre de nuestra empresa que es completamente inmune al amor.

—La mujer que te robe la inmunidad también vendrá, Jameson. Cuenta con ello —Grace le guiñó un ojo—. Y cuando lo haga, me reiré mucho a tu costa.

Antes de que Jameson pudiera replicar, nos recordaron que el espectáculo estaba a punto de comenzar. Las luces se atenuaron y los jueces subieron al escenario en medio de un atronador aplauso.

—Que empiece el espectáculo —susurré e intenté hacer lo que acababa de decirle a Violet: disfrutar del espectáculo.



Cuando el equipo de Violet subió al escenario por segunda vez aquella noche, me dejé contagiar por la euforia de los demás miembros del público y salté de mi asiento, vitoreando.

Grace y Aubree hicieron lo mismo y Damian y Jameson también se levantaron silbando.

La compañía de Violet había llegado hasta el final. El tercer clasificado ya había sido eliminado tras la primera ronda de la noche. Los dos grupos restantes bailarían ahora por la victoria en una actuación final.

De mala gana, dejé que Damian y Jameson tiraran de mí hacia la silla y apoyé los codos en las rodillas para ver lo más de cerca posible el espectáculo que tenía delante en el escenario.

Como de costumbre, el equipo de Violet montó un mega espectáculo.

El estudio estaba patas arriba y yo me encontraba entre la fascinación soñadora, el orgullo desmedido y la admiración sin límites.

Desgraciadamente, el segundo equipo restante también cumplió y, aunque no le envidié la victoria a Violet, me pareció que los dos equipos bailaron a la par.

Las dos estaban en una liga diferente. Dos equipos con mucho talento, pero sólo uno de ellos podía ganar.

Resistí el impulso de saltar de mi asiento en mitad del programa en directo y pasear sin descanso arriba y abajo por el estudio. En lugar de eso, di golpecitos nerviosos con los pies y

deseé que se anunciara el ganador.

Pasó una eternidad hasta que terminó la votación y se contaron los votos.

Finalmente, el jurado invitó a los dos grupos restantes a subir al escenario para anunciar al ganador: El grupo que ganaba el considerable premio en metálico y que se iría de gira con The Outgang.

—Tranquilo, colega —se rio Jameson—. Tienes que volver a follar, con lo nervioso que estás.

—Cállate —siseé, lo que Jameson reconoció con un bufido burlón.

—Muy bien, muy bien, muy bien —Colton moderó la decisión final—. Una gran final con dos merecidos equipos ganadores, en mi opinión. Por desgracia, sólo uno puede ganar esta noche. Así que vamos a ver lo que los espectadores han decidido.

Todos los ojos se volvieron hacia el gigantesco marcador situado encima del escenario, donde se iluminaron los nombres de ambas tripulaciones.

—La voz en mi oído me dice que ha sido una carrera muy reñida. El equipo ganador está por delante por sólo 52 a 48 por ciento. ¡Santo cielo! Y el ganador es...

Un rugido ensordecedor seguido de explosiones de confeti comenzó al iluminarse el nombre del equipo contrario.

Un gemido de descontento recorrió nuestra fila.

¡Joder!

Me hubiera gustado de todo corazón que ganara Violet.

La admiraba a ella y a su equipo por la forma en que abrazaron al grupo contrario y lo felicitaron justamente.

En mi opinión, en este escenario sólo había ganadores. Cada uno de ellos merecía ganar. Así lo confirmó la ajustada votación de 52 a 48.

Violet recorrió el estudio con la mirada. Cuando su mirada se detuvo en mí, sonrió. Era una sonrisa feliz. Una sonrisa que hizo que mi corazón latiera más rápido.

Me levanté y me incliné ante ella, dándole a entender lo mucho que me había impresionado.

Empezó a moverse para acercarse a nosotros, pero una voz autoritaria que resonó en el estudio la hizo detenerse.

—¡Aún no ha terminado!

El murmullo de voces se apagó cuando el público se dio cuenta de que la voz autoritaria no era otra que la de Big Terrell.

Big Terrell era uno de los confidentes más cercanos de The Outgang y una de las estrellas del hip-hop más famosas del país. No tenía nada que envidiar a The Outgang en cuanto a fama.

Colton sonrió satisfecho mientras miraba las caras atónitas de los espectadores y golpeaba a Big Terrell.

—Eh, tío, ¿qué pasa?

—¿Qué hace Big Terrell aquí? —me siseó Jameson.

—Eso me gustaría saber a mí.

—Parece que tenemos una sorpresa, Terrell —rio Colton.

—¿Vamos a iluminarlos?

—Sí, hermano. Hagámoslo.

Un ayudante del director se acercó corriendo y le entregó un micrófono al Gran Terrell.

—Cuando acabo de decir que para mí hay dos equipos ganadores, lo decía en serio. Y mi compañero Big T piensa lo mismo —empezó Colton.

—Eso es, tío. ¡Quiero a las Bestias del Bronx! Tenéis mucho talento y, como siempre estoy

buscando bailarines jóvenes con talento, invierto en vosotros. Esto me garantiza grandes bailarines y me da la oportunidad de echar una mano a mi hogar, el Bronx. Nunca olvidéis de dónde venís.

El silencio sofocante en el estudio se convirtió en un aplauso atronador y una ovación en pie. La gente saltó de sus asientos y celebró la iniciativa de Big T.

Colton estaba de pie junto a Big Terrell, sonriendo ampliamente y dándole palmaditas en la espalda a su compañero.

Los dos saldrían mañana en todos los periódicos del país.

Junto con Vi.

¡Vaya!

¡Qué increíble giro de los acontecimientos!

Grace me abrazó y vitoreó emocionada. Le devolví el abrazo y la hice girar salvajemente.

—Dale un respiro y guárdatelo para tu propia mujer, colega —se burló Damian y apartó a Grace de mí, que le dio un juguetón manotazo lateral. —De todas formas, no sé a qué estás esperando.

CAPÍTULO 25

Violet

LA FIESTA posterior al espectáculo se llenaba por momentos.

Mi equipo formaba un círculo alrededor de Big T, charlando animadamente, completamente aturdidos de que uno de sus mayores ídolos los apoyara a ellos y a la escuela de ahora en adelante.

Le indiqué a Big T que tendríamos una charla tranquila más tarde y me retiré con una sonrisa.

Buscando, escudriñé la amplia sala en busca de una pista para llegar a los lavabos y finalmente la encontré. Seguí las flechas y poco después empujé la pesada puerta de madera que daba a la antesala de los aseos.

De los altavoces del techo salía una suave música de salón que contrastaba con el hip-hop que azotaba la puerta desde el exterior.

Había un toque de jazmín en el aire que relajó mis nervios. Me incliné hacia la costosa fragancia de la habitación e inhalé profundamente el aroma que emanaba de los palitos.

La encantadora voz de Grace me hizo estremecerme.

—Lo siento, Violet. No pretendía asustarte.

Levanté la vista y vi la cara alegre de Grace. Sus cálidos ojos me escrutaron con una mezcla de preocupación y alegría.

—No pasa nada. Sólo necesitaba un respiro —rebatí y dejé que me estrechara en un amistoso abrazo.

—Enhorabuena. Deberías estar muy orgullosa de ti misma y de tu equipo. Os espera un futuro apasionante lleno de aventuras.

—Gracias —respondí, exhalando con un silbido—. Todavía no lo he asimilado todo. Son tantas cosas a la vez...

—Créeme, conozco muy bien esa sensación —confesó Grace—. Por ahora, basta con darse cuenta de una cosa: ¡lo has conseguido, Violet! Has salvado tu escuela. Landon está ultimando los detalles. ¿No es genial?

Las palabras de Grace se filtraron en mi conciencia y me dibujaron una sonrisa en la cara.

Tenía razón. Tenía toda la razón.

Con la promesa de Big T de apoyar económicamente a la escuela a partir de ahora, por fin estábamos fuera de peligro.

Teníamos los medios financieros, la atención de los medios y el potencial para continuar con

la escuela y, por tanto, con el refugio para niños y jóvenes socialmente desfavorecidos. Es más, teníamos la oportunidad de convertir la escuela en un centro de formación del Bronx y dar a las personas con talento que asistan a ella la oportunidad de un futuro lleno de esperanza y sueños.

Devolví el abrazo a Grace y la estreché con fuerza.

—Nada de esto habría sido posible sin ti, Grace. No sé cómo podré agradecértelo.

—Podrías llevarme a tomar un helado. He oído que está muy de moda —bromeó.

Me sonrojé y desvié la mirada.

—Te gusta Landon, ¿verdad?

—Inimaginable, ¿verdad? —reí nerviosa.

Los ojos de Grace brillaron divertidos.

—Pensaba que era bastante inimaginable que Landon se enamorara completa e irrevocablemente de una mujer. Pero se ha demostrado que estaba equivocada al respecto en las últimas semanas.

Crucé los brazos delante del pecho y me apoyé en el lavabo de mármol blanco.

—¿Enamorado, dices?

—¿No tienes ojos en la cara, Violet? —Grace sonrió—. El pobre está perdidamente enamorado de ti.

¿Ah, sí? Con sus constantes burlas, cualquiera diría lo contrario.

—Lo que se ama, se burla. No creo que haya tanta verdad detrás de ese dicho como con vosotros dos. Los dos os estáis resistiendo al afecto que os tenéis y sólo os estáis poniendo trabas a vosotros mismos.

—No es exactamente así —protesté—. Le prometí a Landon que le llevaría a tomar un helado.

—Chocolate y pistacho.

—Sí, lo sé. —La sonrisa de Grace se ensanchó. —Una cita.

—Una cita no. Al menos según Landon.

—Claro que es una cita. Y una concesión enorme. Te puede gustar mucho.

No contesté a Grace y suspiré.

—¿Qué pasa, Violet? ¿Qué te preocupa?

—Es un asunto arriesgado, perder mi corazón por un playboy como Landon.

Grace se inclinó a mi lado y me estudió de reojo con interés.

—El amor siempre es arriesgado, Violet. Puedo decirte un par de cosas al respecto, créeme. Un día tú y yo iremos juntas a tomar un helado y te contaré la historia de Damian y mía.

Asentí con la cabeza y me callé.

—Dale una oportunidad a Landon. Es una persona maravillosa, aunque él mismo no se dé cuenta. Siempre actúa como un gato salvaje, pero en realidad no es más que un gatito domesticado que quiere que le quieran y le acaricien.

Mis ojos se cruzaron con los de Grace y estallamos en carcajadas.

—Que Dios te oiga —solté una risita y me volví hacia el lavabo para dejar correr agua fría sobre mis muñecas.

—Por lo que he visto ahí fuera, eres una mujer muy valiente, Violet. Por eso sería una pena que el miedo te ganara cuando se trata de Landon.

El sonido de la puerta al abrirse, acompañado por el tintineo de unos tacones altos, puso fin a nuestra íntima conversación.

—Oh, ahí estáis. Pensaba que os habíais caído por el retrete —la voz de Aubree resonó en la habitación—. Ven aquí, gánster —me llamó, dándome un fuerte abrazo—. Sé que no eres de las

mimosas, Vi, pero esto es imprescindible —murmuró—. Además, hay un abogado bastante nervioso y guapo esperándote al otro lado de la puerta que también quiere un abrazo.

Sentí cómo se me calentaban las mejillas y se me humedecían las palmas de las manos.

—Ahora vete —me instó Aubree—. Ve y sálvalo.



Cuando salí del lavabo, Landon ya me estaba esperando, apoyado en la pared con las manos metidas despreocupadamente en los bolsillos de sus vaqueros negros.

—Pensaba que ibas a pasar la noche ahí —me saludó.

Ignoré su comentario descarado y le rodeé el cuello con los brazos. Entonces, sin mediar palabra, posé mis labios sobre los suyos y le robé el beso íntimo que en aquel momento necesitaba más que el aire para respirar.

Landon gruñó excitado y me apretó contra él. Sus manos vagaron impacientes por mi espalda hasta que finalmente se posaron en mi trasero, que agarró con fuerza. Su lengua buscó entrar en mi boca, y yo se la concedí encantada.

Dios, cuánto deseaba a este hombre...

—¿Te apetece uno rapidito en el lavabo, salvadora del mundo? —susurró con voz temblorosa contra mi oído.

—Lo deseo —le susurré con una sonrisa. —Pero Bree y Grace siguen ahí dentro.

—Aquí no hay donde descansar —refunfuñó Landon, pero el tic divertido en la comisura de los labios lo delató.

Me soltó y se colocó a una distancia adecuada de mí. —Más vale prevenir que curar.

—¿Me tienes miedo? —me burlé de él.

—Eres una célebre muñeca gánster que sacude el escenario ante millones de telespectadores. Eso es bastante intimidante para un abogado pequeño y desconocido como yo.

—Sabes que no eres pequeño y desconocido. Además, Grace me dijo que acabas de asegurar el futuro de nuestra escuela. ¿Es eso cierto?

—Lo has asegurado, Vi. Sólo aclaré las formalidades por teléfono, que pondremos por escrito mañana. Entonces será oficial.

—Eres maravilloso. Gracias —me alegré.

—¿Eso significa que todavía quieres salir a tomar un helado conmigo? —bromeó Landon.

—Por supuesto.

—¿De pistacho y chocolate? ¿O es demasiado vulgar ahora que eres famosa?

—Pistacho y chocolate nunca será vulgar.

—¿Y yo?

—Tú tampoco —sonreí y atraje a Landon hacia mí para darle otro beso.

CAPÍTULO 26

Landon

A LA MAÑANA SIGUIENTE, quedé con Violet en la puerta del edificio de administración de fincas para hacer el papeleo con ella.

Big T había cumplido su palabra. Su equipo de gestión puso a disposición de Violet y Aubree un par de personas capacitadas para ayudarlas a elaborar un plan sobre cómo estructurar y gestionar la distribución de tareas en la escuela en el futuro.

Big T quería que Violet se centrara en los chicos. Bailar con ellos, entrenarlos, estar a su lado. Se iba a contratar a dos especialistas formados para apoyar a Aubree en el área administrativa. Big T también aumentó el sueldo de los profesores de danza para que su compromiso social se viera recompensado con seguridad económica.

Dos aspectos que aprecio mucho en las personas son la lealtad y el valor. Has demostrado ambas cosas, Bronx Girl, le había dicho Big T a Violet, dándole una palmada apreciativa en la espalda.

No pude más que darle la razón. Violet había luchado por lo que era importante para ella. Incansablemente. Sin miedo.

Se podía aprender mucho de la dura salvadora del mundo, como tuve que darme cuenta a regañadientes en las últimas semanas.

—Bueno, ¿has dormido bien? —la saludé cuando cruzó la calle y se acercó a mí con paso ligero.

La fiesta de ayer duró hasta altas horas de la madrugada y Violet se había desmelenado. Me sorprendió cómo podía alternar entre la obstinada salvadora del mundo, la chica gánster y la seductora princesa bailarina.

—Sí, como una roca. ¿Y tú? —respondió, sacándome de mis pensamientos.

—Hubiera preferido acostarme contigo —admití abiertamente.

Se encogió de hombros con pesar. —Es culpa tuya. Te lo ofrecí. Tú lo rechazaste.

—Porque no quiero estropearlo. Primero iremos a comer este estúpido helado juntos y haremos lo que hacen las parejas en una cita. Hablar y cosas así.

—¿Pensé que comer helado juntos no era una cita? No le demos más importancia de la que tiene. Esas fueron tus palabras exactas, ¿no? ¿Y cuándo nos convertimos en pareja? ¿Me he perdido algo?

Suspiré resignado, lo que provocó una sonrisa pícara de Violet.

—¿Tienes que torturarme así? Sabes que no se me dan bien esas cosas.

—¿Qué cosas?

—Bueno, esto de las citas.

—¿Entonces por qué lo haces?

—Eso es lo que me pregunto todos los días desde que te lo pedí —respondí secamente.

Violet soltó su preciosa y sincera carcajada y yo sucumbí al impulso de enterrar mi nariz en su pelo e inhalar profundamente su aroma.

—¿Lista? —murmuré.

—Claro que lo estoy. Completemos juntos la misión de rescate.

Me cogió de la mano y se dirigió decidida hacia el edificio conmigo a su lado.



Una hora más tarde, salimos del mismo edificio cogidos de la mano y respiramos profundamente bajo el brillante sol de verano, que reflejaba a la perfección nuestro estado de ánimo.

—Lo hemos conseguido —vitoreó Violet y me echó los brazos al cuello.

Me encantaba verla tan eufórica y feliz. Su euforia y felicidad me contagiaron y me calentaron por dentro y por fuera.

Los propietarios del edificio donde se encontraba la escuela de Violet habían cedido a la presión de los medios de comunicación y Construcciones Stellar no quería quemarse los dedos en un importante proyecto social que era la comidilla de gran parte de América y que daría una oportunidad profesional en el futuro a muchas personas que no la habrían tenido en circunstancias normales.

Los ingresos publicitarios de Vi y sus niños, la inversión y garantía de Big T, así como su plan de negocio, hicieron el resto.

La salvación de la escuela estaba oficialmente sellada.

—¿Qué tal un helado para celebrarlo? —le guiñé un ojo.

—Nada mejor que eso. Tengo que volver a la escuela, pero media hora puedo.

—¿Media hora para una cita? Vaya. Hay que reconocer que no sé mucho del tema, pero ¿no es poco?

—Es perfectamente adecuado para una primera cita. Lo normal es conocerse primero para ver si una segunda cita es siquiera una opción.

—Ah, es verdad —me reí entre dientes—. Si ese es el caso: Estoy deseando olerte, Vi. Y en cuanto a una segunda cita, ¿qué tal esta noche?

Violet se mordió el labio con picardía. —Eso depende de cómo estés en nuestra primera cita.

Sonreí. —Pues vamos a la mejor heladería de Nueva York. Como sólo tenemos media hora, tendré que improvisar. En realidad iba a llevarte a Central Park y a traer un puesto de helados de Italia con diferentes sabores de helado de pistacho y chocolate, pero...

—¿Qué querías? A Violet casi se le salen los ojos de las órbitas.

—¿Qué estás mirando? Es que de verdad quiero una segunda cita contigo.

—¿Por qué?

Me detuve y metí las manos en los bolsillos del pantalón.

Violet ladeó la cabeza y luchó por mantener las comisuras de los labios bajo control.

—No vas a aflojar hasta que te diga que estoy enamorado de ti, ¿verdad? —Suspiré, fascinado por el brillo que bailó en los ojos de Violet al oír esas palabras.

—¿Estás enamorado de mí?

—Sí, estoy enamorado de ti, Violet Simonelli. ¿Eres feliz ahora?

—¿Te ha dolido mucho decir eso?

Entrecerré los ojos y me lo pensé.

—La verdad es que no.

—Entonces seguro que no te importa volver a repetirlo, ¿verdad?

Hice una mueca arrogante y me incliné hacia ella.

—Estoy enamorado de ti, salvadora del mundo. Estoy enamorado de ti —le susurré al oído y aproveché para acercarme a su dulce cuello.

—Hmmm —ronroneó— menos mal que yo también me enamoré de ti, Landon West.

—¿En serio? —sonreí contra su cuello, embriagado por su suave piel y su seductor aroma.

—Sí —respiró excitada—. Ahora vamos a comernos ese helado antes de que me desmaye en medio de la calle.

—Vale, nena. —Mis palabras sonaron roncadas y ásperas—. Pararé. Pero sólo si cenas conmigo esta noche.

—Me estás colando tu segunda cita por lo bajo. Eso es injusto —soltó una risita y estiró el cuello hacia mí para que pudiera cubrir cada centímetro de él con mis besos.

—¿Qué quieres que te diga? En la guerra y en el amor, todo vale. Entonces, ¿tengo ahora mi segunda cita?

—Hmm —murmuró Violet.

—¿Hmm? ¿Eso es un sí?

—Sí, la tendrás —gimió ella, encantada por mi calvario y se separó de mí con el corazón encogido.

—Entonces nada se interpone en el camino de nuestro helado. Vamos. —Le ofrecí mi mano y caminé a su lado bajo el cálido sol de verano en busca del mejor helado que este barrio podía ofrecer.



Cuando, una hora más tarde, detuve el coche frente al edificio del colegio, éste bullía de actividad.

Aubree ya nos había avisado de que Big T se había dejado caer por allí para una improvisada visita sorpresa. Como resultado, había un montón de cámaras y reporteros agolpados frente a la entrada del edificio.

Desde el coche llamé a Damian, especializado en derecho de los medios de comunicación. Él organizaría las solicitudes de entrevista para Violet, su equipo y Big T, junto con la dirección de Big T, ya que yo me enfrentaba a una larga tarde en los tribunales.

—Nos vemos esta noche —me despedí de Violet—. ¿Aún quieres que te acompañe?

Ella negó con la cabeza. —No es necesario. Puedo arreglármelas. Además, Damian ya ha llegado —me indicó con un gesto de la cabeza hacia la entrada.

—Hasta luego, entonces —susurré contra sus labios y me perdí en un último y dulce beso del que no me cansaba.

—Sí, hasta luego —susurró ella, pero no hizo ningún movimiento para terminar el beso.

No fue hasta que Damian llamó a la ventanilla de la puerta del pasajero con una gran sonrisa e imitó una señal de tiempo muerto con las manos que nos separamos de mala gana.

—¿Landon?

Violet ya se había bajado, pero volvió a asomar la cabeza por la puerta del coche.

—¿Sí?

—Para ser la primera cita, no ha estado tan mal. Estoy deseando que llegue la segunda cita esta noche —me reveló con una sonrisa traviesa.

CAPÍTULO 27

Violet

CUANDO CERRÉ la puerta de la escuela de baile después de un día largo y agotador y salí a la calle, Landon ya había llegado.

A diferencia de sus primeras visitas al Bronx, parecía haber desarrollado cierta confianza en este barrio, a veces rudo.

En cualquier caso, ya no temía que le robaran su querido coche deportivo cada vez que lo visitaba.

Como siempre que le veía, hablaba con él o simplemente pensaba en él, se me dibujaba una sonrisa en la cara.

En presencia de Landon, siempre vacilaba entre una mueca divertida y una sonrisa exultante. Un estado de ánimo inusualmente alegre y confiado que, sinceramente, me gustaba mucho. ¿A quién no le gusta caminar sobre las nubes?

—Hola —le saludé mientras abría la puerta de su coche y le miraba a los ojos.

—Hola ¿Cómo te ha ido?

—Bien —respondí. —Y ahora estoy lista para el fin de semana.

—Ha sido una semana larga —dijo Landon y me acarició la mejilla tiernamente con el pulgar—. Tanto mejor que empieces el fin de semana en mi compañía. No podría haberte pasado nada mejor, ¿verdad?

—Qué bien que hayas traído tu inquebrantable confianza en ti mismo a nuestra segunda cita.

—Sólo para ti. Porque sé cuánto te gusta, Vi. —Movié las cejas significativamente, lo que provocó una de mis reacciones habituales en presencia de Landon: una sonrisa divertida, que él devolvió con descaro.

—Entonces, ¿qué te apetece? ¿Adónde te gustaría ir a cenar?

Me recosté en el asiento del copiloto y miré a Landon. —¿Te importaría si compramos comida para llevar y cenamos en casa? ¿Quizá mientras vemos una película?

—Depende de la película —bromeó Landon, pasándome la mano por la pierna para dejar claro en qué tipo de película estaba pensando.



Sorprendentemente, después de recoger la comida para llevar de mi restaurante chino favorito, Landon no se dirigió en dirección a mi piso de Queens, sino que se encaminó decididamente hacia Manhattan.

—¿Adónde vamos? —pregunté.

Me miró rápidamente de reojo. —A casa. Eso es lo que querías, ¿no?

—Pero para llegar a Queens, tendrías que haber girado a la derecha en el último cruce.

Landon me guiñó un ojo y me puso la mano en la rodilla. —No queremos volver a privar del sueño a tus vecinos y arriesgarnos a ponerlos aún más en tu contra, ¿verdad?

Me sonrojé al recordar a Landon golpeando con rabia la puerta de mi casa a altas horas de la noche y llamando al timbre enfadado. Y de Landon, que poco después, igual de enfadado y con un golpeteo no menos furioso, se aseguró de que el armazón de mi cama golpeará contra la pared de mi dormitorio con un ritmo rápido y sonoro.

—Bien pensado —susurré y coloqué mis frías manos sobre mis acaloradas mejillas, lo que Landon agradeció con una suave carcajada.

Nos dirigimos hacia el Alto Manhattan, dejando Central Park a nuestra derecha, bañado por la luz dorada de la cálida tarde de verano.

Al cabo de un rato, Landon se detuvo frente a un imponente edificio justo al lado de Central Park y apagó el motor.

—¿Te causaría impresión si te abriera la puerta del coche y te ayudara galantemente a salir de él?

—Ambos sabemos que eres cualquier cosa menos un caballero, Landon West. —Sacudí la cabeza con una sonrisa y salí del coche.

Landon me siguió con una sonrisa y, agradecido, lanzó las llaves del coche al conserje, que ya esperaba pacientemente en la entrada.

Cogidos de la mano, atravesamos el hall de entrada y tomamos el ascensor hasta una de las plantas superiores. Debería haberme puesto nerviosa que Landon me llevara a casa con él. Pero mientras estábamos uno al lado del otro en el ascensor y hablábamos de los últimos días, no sentí nada más que una unión familiar unida a la expectación por la velada que nos esperaba.

Era como..., casi como volver a casa...



Landon abrió la puerta de su piso y me invitó a entrar. Recorrí el elegante y acogedor piso con curiosidad.

Los colores cálidos dominaban las distintas estancias y daban la impresión de no estar en el corazón de Nueva York, sino en una cabaña de madera en la naturaleza canadiense.

El aroma especiado y amaderado, que recordaba a un tranquilo paseo por el bosque, encajaba a la perfección.

Landon dejó la bolsa de comida para llevar en la isla de la cocina y se acercó a mí.

—Ya es hora de deshacerse de esa ropa incómoda —dijo, empujándome a una habitación que al parecer servía de vestidor.

Rebuscó en los cajones y me tendió una de sus camisetas.

—¿Me das también un pantalón?

—No los necesitas, nena —dijo Landon con ligereza y sacó una camiseta y un pantalón de chándal para él.

Luego se quitó la chaqueta y empezó a desabrocharse la camisa.

Cuando se dio cuenta de que le estaba mirando, se detuvo. —¿Qué pasa?

—Nada. Sólo estoy echando un vistazo a mi cita. Después de todo, necesito saber si me apetece una tercera cita o no.

Landon tiró descuidadamente su camisa a un lado y se deshizo de sus pantalones. Vestido sólo con calzoncillos bóxer, se detuvo frente a mí y empezó a posar de forma tonta con un brillo beligerante en los ojos.

—Entonces, ¿cumpló los requisitos para una tercera cita, chica gánster?

—A primera vista, puede que cumplas los requisitos —solté encogiéndome de hombros—. Pero para hacer un juicio significativo, primero tendré que echar un vistazo más de cerca a tu cuerpo.

—Eres bienvenida a tocar lo que ves si te ayuda a juzgar —susurró Landon y dio un paso hacia mí hasta detenerse frente a mí.

Alargué la mano hacia él y acaricié con devoción sus pronunciados músculos pectorales. Mis dedos dejaron puntitos en la piel de Landon y lo sorprendí cerrando los ojos un momento y mordiendo el labio inferior con un suspiro.

Su cálida piel me animó a acurrucarme cerca de él y a depositar anhelantes besos en su hombro.

En silencio, Landon me rodeó con sus brazos y saboreó la tierna atención que estaba recibiendo. Sin embargo, no intentó desnudarme ni atraerme a su cama.

Al contrario.

No se movió ni un milímetro mientras yo cubría su cálida piel de besos y caricias y absorbía con avidez su seductora mirada.

Landon mantenía los ojos cerrados y la cabeza ligeramente inclinada hacia atrás. Sus labios entreabiertos me decían lo mucho que le gustaba que le tocara. Que ansiaba esta embriagadora cercanía tanto como yo.

Permanecimos inmóviles en nuestro estrecho e íntimo abrazo hasta que Landon se separó de mí a regañadientes.

—Te esperaré en el salón mientras te cambias y mientras tanto preparo la cena —susurró y salió de la habitación, casi a toda prisa.

CAPÍTULO 28

London

ME PARÉ EN LA COCINA, obligándome a centrar mi atención en la comida para llevar que estaba calentando en la cocina y no en Vi que estaba en la habitación cambiándose.

Me desconcertaba lo mucho que disfrutaba estando con ella. Lo desesperadamente que había deseado volver a sentirla. Lo dependiente que me hacía su tacto. Lo feliz y a gusto que me sentía en su presencia, incluso en los momentos en que me sacaba de quicio.

—Hmm, ¡cómo huele!

Dejé a un lado los pensamientos sobre su aterrador atractivo y alcé los ojos, sólo para perderme irremediabilmente en la visión de ella en el acto.

Llevaba puesta una de mis camisetas, que le llegaba a medio muslo y dejaba al descubierto sus tonificadas y largas piernas. Llevaba el pelo sedoso recogido en un nudo suelto.

Cuando se puso a mi lado e inclinó la parte superior del cuerpo sobre la encimera para olisquear la sartén de pasta frita, la camiseta dejó al descubierto su culo redondo y prieto, que sólo llevaba un fino tanga.

Cerré los ojos para no hundir al instante los dedos en sus dulces nalgas y amasarlas a conciencia.

Me di la vuelta a toda prisa y cogí dos platos.

—¿Por qué no vas al salón y eliges una película? Yo llevaré la comida.

—Realmente vas a por todas. Podría acostumbrarme fácilmente —sonrió alegremente y se marchó descalza.

La seguí con la mirada, lleno de deseo y maldiciendo mi voraz virilidad, que empezó a palpar aún más violentamente al ver el sexy trasero de Violet.

Si quería que Violet nos diera la oportunidad de un futuro juntos, tenía que demostrarle que no era sólo sexo.

Por desgracia, eso resultaba extremadamente difícil con una mujer como ella.

¿Cómo iba a pasar una tarde relajada con Violet sin pensar en sexo apasionado y sucio?

Quizás mi idea de vestirla simplemente con una de mis camisetas no fue tan brillante después de todo. Porque la tentación de levantar dicha camiseta y deslizarla por debajo de su tanga hasta su húmedo coño me ahogó literalmente.

—Cuando me miras así, me asusto —se rio mientras equilibraba los platos con nuestra cena en el salón.

—¿Cómo te miro?

—Como un tigre hambriento que mira a su presa.

—Eso es porque al ver a mi presa se me hace la boca agua. ¿Has encontrado una película que te guste?

Asintió satisfecha y pulsó el play mientras yo me acomodaba a su lado en el amplio y cómodo sofá, mi mueble favorito.

Comimos en silencio mientras mirábamos una película de comedia que hacía reír constantemente a Violet. Yo no me fijaba mucho en ella, ya que estaba demasiado ocupado observándola en secreto.

Apenas la había visto en las últimas semanas y, aunque tenía que admitir en secreto que la echaba de menos, fue en ese momento cuando me di cuenta de lo mucho que la echaba de menos.

—¿Has terminado? —me sacó de mis pensamientos melancólicos y cogió mi plato.

—Sí, gracias.

Se levantó y sacudió la cabeza cuando intenté hacer lo mismo. —No te muevas y sigue mirando. Llevaré esto a la cocina.

Hice todo lo posible por obedecer su orden y concentrarme en la película, pero no pude.

Cuando Violet volvió poco después, se acurrucó en mi brazo y se arrimó a mí como un gatito que espera un achuchón. Dejé que mis dedos se deslizaran tranquilamente por la parte baja de su espalda y su paradisíaco trasero que, para mi deleite, estaba al descubierto por la camiseta que se había subido.

La respiración de Violet se volvía cada vez más regular y me di cuenta de que le costaba mantenerse despierta.

Le aparté el pelo de la cara y le pasé la mano por la mejilla. Había sido una semana agotadora, angustiada y llena de acontecimientos para ella.

—Si te duermes, tendrás que quedarte otra noche para que podamos terminar de ver la película —le dije con indiferencia. —También hay una segunda parte de esta película. Eso te solucionará el fin de semana. Conmigo.

Soltó una risita suave. —No sé si podré aguantarte todo un fin de semana.

—Probablemente al revés —me reí entre dientes y le di una palmada juguetona en el trasero.

Sonrió y cerró los ojos. Menos de cinco minutos después, se había dormido.

Disfruté viéndola dormir y acariciando su sedoso pelo. La salvadora del mundo parecía aparentemente tranquila y mona mientras dormía. Pero no era ni lo uno ni lo otro. Al contrario.

Cuando terminaron los créditos de la película y la pantalla negra del televisor envolvió la habitación en la oscuridad, intenté levantarme y llevarme a Violet a mi dormitorio. Pero Violet frustró una vez más mis planes y no se movió ni un milímetro.

Suspirando, busqué la manta que había debajo de la almohada a mi lado y la extendí sobre nosotros. Luego cambié mi peso para que estuviéramos tumbados uno al lado de la otro en el sofá.

Violet gateó hacia mí y apoyó la cabeza en mi pecho. Pasó una pierna por encima de mi cadera y me rodeó con un brazo.

En resumen: me capturó. Se apoderó de mí. Me ató con su cuerpo. Y tuve que admitir que me gustó mucho.



Tardé un momento en reconocer que el ruido que me despertó a la mañana siguiente era el de la cafetera. Parpadeé somnoliento y me di cuenta de que estaba en mi salón.

Irritado, me incorporé y descubrí a Violet haciendo café.

Su presencia me trajo recuerdos de la noche anterior.

Me levanté y entré sigilosamente en la cocina, donde estaba echando leche en el café.

Violet estaba tan absorta en la cafetera que sólo se dio cuenta de que yo estaba allí cuando bajé la boca hasta su seductor cuello y le di un buen mordisco.

Se sobresaltó y casi se le cae la leche.

—Buenos días —murmuré y me arrodillé.

Le levanté la camiseta con una ráfaga de movimientos y gemí de dolor al ver su hermoso trasero enmarcado por un fino tanga negro.

Dejé que mis dedos se deslizaran por sus curvas pecaminosas y finalmente hice lo que llevaba semanas deseando: amasé con avidez su trasero y lo cubrí de besos ardientes.

Violet emitió un jadeo audible y separó ligeramente los muslos. El brillo húmedo que apareció en el interior de sus muslos me reveló su lujuria.

Mi novia gánster lo necesitaba.

Necesitaba esta atención matutina.

Igual que yo.

Tiré del tanga por la fina cintura y liberé a Violet del único obstáculo que me separaba de su lujurioso coño.

—Abre las piernas, nena —susurré con voz ronca y tragué saliva cuando ella cumplió inmediatamente mi orden.

Con un gruñido primitivo, enterré mi cara entre sus piernas y tomé lo que había estado deseando durante las últimas semanas.

Violet se aferró a la cafetera y gimió de placer bajo mi lengua y mis besos. El jugo del placer goteaba de su dulce coñito a mi boca y me mostraba lo cachonda y lo preparada que estaba para mí.

Me enderecé y pasé las manos por debajo de su camiseta, recorriendo la parte superior de su cuerpo hasta llegar a sus pechos y agarrarlos posesivamente.

—Me encantan tus tetas de manzana, Vi —afirmé sin aliento y le di vueltas a sus duros y redondos pezones.

Violet se subió la camiseta por la cabeza con un movimiento fluido y se giró para mirarme. Tenía las mejillas sonrojadas. Sus ojos brillaban febrilmente. Su pecho subía y bajaba con una rapidez llamativa.

—Te deseo —confesó y me cogió la mano.

—¿Te refieres en la cama o posiblemente más allá? —Hice un atrevido avance y utilicé la última gota de sangre que me quedaba en el cerebro para hacerle la pregunta que llevaba tiempo molestándome.

Ella sonrió descaradamente. —¿Quieres decir si quiero comer helado contigo más a menudo?

—Sí. Comer helado, ver películas y todas las demás cosas de pareja de las que no tengo ni idea. Pero seguro que eso lo puedes buscar en Google.

—A ver cómo te va en nuestra tercera cita de esta mañana antes de negociar más citas —se burló de mí.

Me reí suavemente.

—Me estás poniendo a prueba.

—Claro que sí. ¿Qué te parece? ¿Y ahora qué? ¿Vas a quedarte ahí mirándome más tiempo o

podemos ir al grano?

Levanté una comisura de los labios divertido, la agarré en un santiamén y me la eché al hombro.

—Eh, ¿qué haces? —chilló sorprendida y se retorció en mis brazos mientras caminaba decidido hacia el sofá con ella.

—¿Cómo que qué hago? Vamos al grano. Esto es lo que querías, ¿no?

La arrojé al sofá y me deshice de la camiseta y el pantalón de jogging en un tiempo récord. Luego me subí sobre ella y separé sus muslos con la rodilla.

Sin previo aviso, me deslicé dentro de ella y gemió con fuerza cuando la penetré.

—Tan agradable y húmeda, Vi —murmuré y saboreé la cálida y reconfortante presión que mantuvo mi polla en un apretado agarre por un momento.

Bajé los labios hasta los suyos y empecé a penetrarla con ligeros y pausados empujones, además de besarla.

Nos perdimos en nuestro íntimo y dulce beso y nos olvidamos de todo lo que nos rodeaba.

A diferencia de otras veces, hoy nos lo tomamos con calma. Nada de sexo primitivo, cachondo y sin sentido. Nada de follar duro, rápido y furioso.

Disfrutamos de la cercanía del otro, nos acariciamos, nos exploramos. Nos tomamos nuestro tiempo para descubrir y mimar las zonas erógenas del otro.

Cuando Vi me pidió que me sentara y ella se sentó en mi regazo, tuve que tragar saliva para contenerme y no eyacular mi semen demasiado rápido.

La personificada, mezcla única de salvadora del mundo, novia gánster y princesa bailarina, se sentó en mi regazo y dejó caer la cabeza hacia atrás, excitada, mientras mordisqueaba mi polla dura como el acero con su coño hinchado, ordeñándolo y apretándolo sin piedad. Estiró hacia mí sus pechos de ensueño, cuyos pezones pedían literalmente a gritos mi boca. El nudo de su pelo se había deshecho, de modo que su larga cabellera volaba alborotada alrededor de su cuerpo mientras empezaba a cabalgarme.

Puse el pulgar sobre su perla y empecé a frotarla en pequeños círculos.

—¿Te gusta? —le pregunté con voz ronca.

—Sí. Me encanta. Jodidamente increíble.

Sus gemidos me hicieron estremecer y me acercaron peligrosamente mi límite.

Violet aumentó su ritmo pausado hasta convertirlo en una cabalgada rápida y, cuando alcanzó la cima del placer, me arrastró.

Su sensual visión, unida a las fenomenales sensaciones que evocaba en mí, me hicieron explotar. Apoyé la cabeza en el respaldo y me entregué a las oleadas de liberación que me inundaban.



Mi corazón, que latía desbocado, tardó en calmarse y Violet también jadeaba sin aliento en mi regazo.

El pitido de la cafetera, que nos recordaba que el café de la mañana se estaba enfriando, me hizo abrir los ojos.

—Esto es lo que yo llamo un buen comienzo del día, salvadora del mundo —bromeé—. ¿Te apetece café?

—Esa sería nuestra cuarta cita. ¿O aún cuenta como una tercera cita?

Me encogí de hombros y la abracé con fuerza, impidiendo que se levantara. —¿Por qué no dejamos de contar y acordamos que me encuentras tan guapísimo e irresistible que estás desesperada por tener una relación conmigo?

—¿Es eso una oferta, Landon West?

—Más bien una declaración inequívoca. Así que no tienes que contestar.

—Ya veo —se rio y se inclinó para darme un largo beso. —Entonces busquemos en Google qué hacen juntos los novios y las novias el fin de semana, aparte de comer helado y ver películas.

Epílogo ~ Violet

1 AÑO DESPUÉS

CUANDO SUBÍ al coche de Landon aquella tarde, parecía inusualmente nervioso e inquieto. Sólo parecía escucharme con una oreja y tenía el ceño fruncido de preocupación.

—¿Qué pasa, cariño? ¿Te ha pasado algo? ¿Has perdido un caso importante?

Landon forzó una sonrisa y sacudió la cabeza muy despacio.

—No, cariño. Todo va de maravilla. Estoy deseando que llegue nuestra noche de cine.

Me puso la mano en la rodilla y me la apretó suavemente, lo que me tranquilizó un poco.

Nos habíamos acostumbrado a ir al cine o a cenar juntos todos los jueves por la noche.

Esta noche había una nueva película protagonizada por Landon y mis actores favoritos y teníamos entradas para el estreno.

Llevaba toda la semana esperando con impaciencia la película y Landon sonreía con ilusión cada vez que salía el tema de la noche de cine.

Era extraño que esta expectación se viera ahora empañada por su nervioso estado de ánimo.

Miré por la ventana al cielo nocturno de Nueva York y me perdí en mis pensamientos al ver las estrellas plateadas brillar a muchos años luz de nosotros.

Hoy Landon y yo celebrábamos nuestro primer aniversario como pareja.

No creía que a Landon le importaran este tipo de aniversarios. Sinceramente, estaba convencida de que ni siquiera recordaba que hoy hacía un año que habíamos cambiado oficialmente el noviazgo por una relación.

Pero yo sí. Lo recordaba. Y me llenó de una sensación de calidez y felicidad.

El último año con Landon a mi lado fue sin duda uno de los más emocionantes de mi vida. Porque nunca había un momento aburrido con él.

Se burlaba de mí sin parar, me tomaba el pelo donde y cuando podía. Se burlaba de mí, me engañaba y le encantaba desafiarme.

Jugábamos al gato y al ratón todos los días y nos lo pasábamos en grande.

El sentido del humor desenfadado y descarado de Landon hacía que mi corazón latiera cada vez más rápido. Al igual que sus seductores besos, sus tiernas caricias y su irrefrenable deseo de sexo fuera de lo común.

Aunque al principio había creído que no podríamos tener una vida juntos a largo plazo, ya no sabía cómo funcionaría la vida sin Landon.

Había tomado mi corazón por asalto con sus modales descarados, impacientes y groseros.

Me había encantado con sus bromas.

Con sus comentarios descarados y provocadores, me espoleaba cada día para dar lo mejor de mí.

Luchaba a mi lado. Me animaba en lo que hacía. Me alababa por lo que conseguía y me admiraba en secreto por la tenacidad y perseverancia que mostraba en lo que era importante para mí.

Hizo todo eso y mucho más, aunque a su manera.

En el último año, gracias a la ayuda de Big T, habíamos mejorado mucho la escuela y creado un espacio para todos los niños que necesitaban un santuario en esta parte del Bronx o querían dedicarse a su gran pasión, el baile, en un entorno seguro.

Big T apoyó a los jóvenes talentos y les ofreció la oportunidad de convertir su pasión en una profesión. Había cumplido su palabra. Y tenía que reconocerlo: A pesar de su compromiso social, tenía un gran sentido de los negocios. Los chicos estaban tan concentrados y disciplinados en su formación que era como si sus vidas estuvieran en juego. En cierto modo, era cierto. Porque percibían la posibilidad de una vida mejor y hacían todo lo posible por hacer realidad sus sueños. Gracias a su dedicación y talento, Big T consiguió las mejores bailarinas, las más leales y trabajadoras que podía desear.

Y en lo que a mí respecta hice todo lo que pude para acompañar a los chicos en su viaje. Los preparé mentalmente para su futuro en los escenarios del mundo. Les motivé. Creí en ellos, porque casi nadie más lo hacía. Les atrapaba cuando se caían y les ayudaba a levantarse de nuevo y seguir adelante.

Me encantaba mi trabajo.

Me encantaba trabajar con los niños. Cuidarlos. Verlos crecer.

Desde el programa de televisión del año pasado, millones de fans seguían la página de la escuela en las redes sociales, así que mi trabajo era diferente ahora que hace poco más de un año.

Un hecho al que tuve que acostumbrarme. Pero gracias al entrenador de medios sociales que nos había dado Big T, me acostumbré relativamente rápido al foco de atención en el que nos encontrábamos.

La empresa de Landon nos ayudó a negociar lucrativos acuerdos publicitarios y contratos que encajaban con nuestros valores. Esto nos permitió hacer provisiones para el futuro a largo plazo de la escuela y, potencialmente, abrir una segunda escuela en otra parte del Bronx para apoyar a un número aún mayor de personas socialmente desfavorecidas.

Con tanto trabajo y proyectos apasionantes, nunca me aburrí. Al contrario. Como las preocupaciones financieras ya no se cernían sobre la escuela como una nube oscura, por fin pudimos concentrarnos en lo esencial: Las personas que asistían a ella.

Estaba tan sumida en mis pensamientos que no me di cuenta de que Landon conducía el coche hasta el aparcamiento subterráneo situado justo al lado del cine y lo aparcaba en una plaza libre.

Sólo cuando me quitó la mano de la rodilla levanté la cabeza y me di cuenta de que habíamos llegado a nuestro destino.

Landon me miró preocupado y salió del coche.

—¿Seguro que todo va bien? —le pregunté por segunda vez mientras salíamos a la calle y caminábamos hacia el cine.

—Sí, todo bien —respondió secamente.

No le creí.

En absoluto.

Algo no iba bien.

Pero antes de que pudiera detener a Landon y molestarle en un rincón tranquilo, ya había entrado en el concurrido edificio que albergaba el cine y caminaba decidido hacia la sala.

Me costó seguirle a un ritmo tan rápido.

A cada paso que dábamos en silencio, me sentía más y más inquieta.

¿Qué le pasaba?

Tomamos asiento en nuestra acogedora butaca, pero cuando intenté acurrucarme junto a Landon, él se apartó de mí y tecleó en su teléfono móvil, frunciendo el ceño.

—¿A quién escribes? —quise saber y sentí que el corazón me latía más deprisa en el pecho.

¿Es posible que se haya enamorado de otra mujer?

Para un Playboy como Landon, un año con la misma mujer debía parecerle toda una vida.

¿Se había aburrido de mí? ¿Estaba deseando volver a la caza de mujeres guapas?

¿Posiblemente me estaba engañando?

No, ¡eso es imposible! ¿Lo hacía?

—¿Landon?

—¿Hm? —murmuró distraídamente, sin apartar los ojos de la pantalla del móvil.

—¿Me vas a decir con quién te estás mensajeando?

—Damian —murmuró, frotándose la cara con inquietud.

Suspiré y me contenté con observarle furtivamente por el rabillo del ojo.

Cuando se apagaron las luces del cine, guardó el móvil y empezó a deslizarse inquieto de un lado a otro de la butaca.

No dejaba de mirarme y de observarme críticamente.

Al cabo de un rato, no pude soportarlo más y me levanté. Apenas me había enterado de nada de la película hasta el momento porque el nerviosismo de Landon me contagió y provocó que se me helara el corazón.

—¿Podemos hablar un momento, por favor? —le siseé.

Frunció el ceño sorprendido.

—¿Ahora?

—Sí, ahora. Esperaré en la puerta.

Sin esperar su respuesta, me abrí paso en la oscuridad hasta la salida y abandoné el cine.

Con el corazón desbocado, me detuve a pocos metros.

—¿Qué pasa, Vi? ¿Por qué quieres hablar en mitad de la película?

—¿Estás con otra, Landon? —Fui directa al grano y me puse la mano sobre el corazón, que se me apretó ansiosamente en el pecho.

—¿Otra? ¿Otra qué?

Puse los ojos en blanco, molesta.

—¿Otra qué? Otra mujer.

—¿Qué te hace pensar eso? Claro que no —exclamó asombrado.

—¿Quieres romper?

—Cielos, no. ¿Quieres romper?

—No —respondí con rotundidad—. No, no quiero.

—Bien. —Landon exhaló ruidosamente—. Si no, habría sido bastante embarazosa para mí esta noche.

—¿Embarazosa? ¿Por qué?

—Tengo que decirte algo, Vi.

Landon caminó inquieto de un pie a otro, provocándome un escalofrío.

—¿Quieres que terminemos con la relación?

—No. —Sacudió la cabeza con firmeza.

—Entonces, ¿qué tienes que decirme?

—Bueno... para ser sincero, es más bien una pregunta que quería hacerte.

—¿Qué clase de pregunta?

—Probablemente no lo recuerdes, nena, pero hoy hace un año que somos pareja.

Alcé las cejas sorprendida. —¿Te has acordado?

—Claro. Google dice que los aniversarios son importantes en una relación —respondió encogiéndose de hombros.

Google era el mejor amigo de Landon cuando se trataba de consejos sobre relaciones. Sonreí, aunque seguía sintiéndome mareada porque no podía entender a dónde quería llegar.

—¿Qué te ha parecido el último año conmigo, Vi? ¿Ha sido muy malo o soportable?

—Duro, pero soportable —bromeé.

Landon resopló sarcásticamente.

—Gracias por las flores.

—¿Era eso lo que querías preguntarme? ¿Qué pensaba de nuestro primer año juntos?

—Entre otras cosas.

—¿Entre otras cosas?

—También quería preguntarte qué pensabas de pasar nuestro segundo año juntos bajo el mismo techo.

Mis ojos se abrieron de sorpresa. —¿Bajo el mismo techo? Quieres decir...

—Quiero decir, ¿quieres mudarte conmigo, Vi? ¿Quieres irte a dormir conmigo todas las noches y despertarte a mi lado todas las mañanas?

Landon contuvo la respiración y me miró con una mezcla de miedo y esperanza.

Por eso había estado tan nervioso. Quería dar el siguiente paso en nuestra relación y temía que yo lo rechazara.

Pero, ¿cómo iba a no hacerlo?

No había nada mejor que dormirse acurrucada contra su pecho y ser despertada por su lujuriosa erección a la mañana siguiente con la esperanza de un buen polvo matutino. Despertarme y contemplar su hermoso rostro dormido, o mirar sus ojos ávidos y centelleantes, salvaba cada uno de mis días antes incluso de que empezaran.

—Te quiero, Landon West —sonreí, caminando hacia él—. Tanto que duele.

—¿Tanto que duele? ¿Eso es bueno o malo? —respondió dubitativo.

—Es fantástico. Absolutamente fantástico.

—¿Así que dices que sí?

Asentí dichosa.

—Sí. Sí, digo que sí.

Landon soltó un silbido de aire y se pasó una mano por el pelo en señal de alivio.

—Gracias a Dios.

Su expresión preocupada se transformó en una sonrisa traviesa.

Me cogió la mano y se la llevó a la boca. —¿Volvemos a entrar y retomamos donde lo hemos dejado?

—¿Por dónde íbamos? —fingí ignorancia, enterrando mi cara sonriente contra el cuello de Landon.

—Eso fue la semana pasada, cuando te dije lo mucho que te quiero. Después de eso, nos besamos salvajemente en el cine y nos enrollamos bastante lujuriosamente.

—¡Claro! Ahora me acuerdo —me reí, divertida—. Me encantaría volver a hacerlo.

—Entonces, ¿por qué no empezamos diciéndote lo mucho que te quiero, Violet Simonelli?
—me susurró Landon seductoramente al oído, empujándome impaciente contra la fría pared que teníamos detrás, donde continuó con devoción los besos hambrientos de la semana anterior.



La tercera parte de esta serie se publicará en junio. Puede reservarla [AQUÍ](#) o escanear este código QR:



Resumen de la serie

LOS IRRESISTIBLES ABOGADOS MULTIMILLONARIOS DE NUEVA YORK

Volumen 1:

Salvada por el multimillonario
(Damian & Grace)

Volumen 2:

Seducida por el abogado
(Landon & Violet)

Volumen 3:

Enamorada del adversario
(Jameson & Kennedy)

Puede acceder a la serie haciendo clic [AQUÍ](#) o escaneando este código QR:



MIS NOVELAS DE UN VISTAZO

¿Conoces ya mi **serie Titan Racing**? Aquí puedes encontrar de un vistazo los 5 volúmenes de esta apasionante serie de automovilismo. A los fans de Drive to Survive les encantará.

Titan Racing 1 – Nunca te enamores del jefe: Allegra & Hunter

Titan Racing 2 – Nunca beses al adversario: Riley & Dante

Titan Racing 3 – Nunca te cases con el multimillonario: Dakota & Grayson

Titan Racing 4 – Nunca te acuestes con el enemigo: Kenzie & Cesare 1

Titan Racing 5 – Nunca tengas un bebé con el director general: Kenzie & Cesare 2

La serie Colorado College:

Amor prohibido sobre el hielo

Besos prohibidos sobre el hielo

Segundo chance sobre el hielo

Para no perderte ninguna novedad, **sígueme en Amazon** haciendo clic en "Seguir" junto a mi foto de autor. Sólo te llevará 5 segundos. También puedes **suscribirte a mi boletín** y recibir un relato gratis.

Puede encontrar todas mis novelas [AQUÍ](#). También puedes escanear este código QR.



LIBRO Y CAPÍTULO GRATIS

Suscríbete a mi boletín y recibe **la precuela** de la serie Colorado College **e un capítulo extra del segundo volume** de esta serie, como agradecimiento. Esto no se puede comprar en ningún sitio, sólo en el boletín.

Suscríbete aquí y empieza a leer ahora:

[HAGA CLIC AQUÍ](#)

o escanea este código QR:



También puedes encontrarme en las redes sociales:

Ava en Instagram: [avaavery.autorin](#)

Ava en TikTok: [@avaavery.books](#)

Antes de partir

¿Te ha gustado esta historia?

Me encantaría que dejaras una reseña en Amazon. No importa la extensión. Agradeceré cualquier reconocimiento hacia mis novelas.

Muchas gracias por tu tiempo.

Hasta pronto.

Ava

Derechos de portada

Source: depositphotos.com

Photo ID & Credit: 12742175, neuron

Pie de imprenta:

Ava Avery

c/o WirFinden.Es

Naß und Hellie GbR

Kirchgasse 19

65817 Eppstein

Contacto:

avaavery.romane@gmail.com